

1
CI

BELOT

LOCA

DE AMOR

P02193

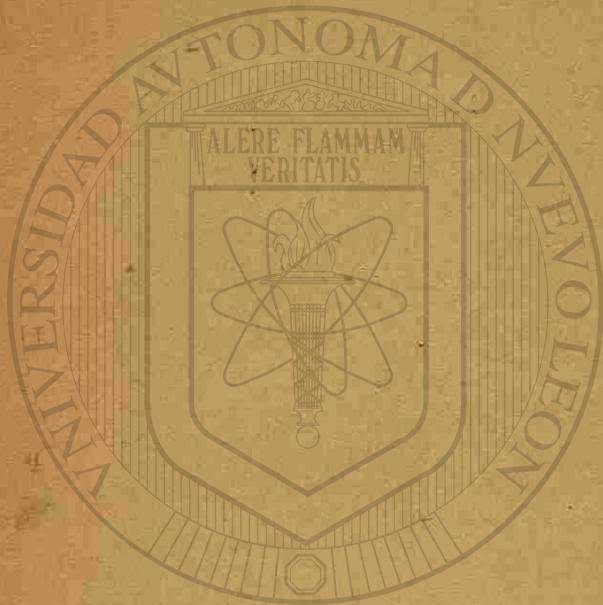
.B7

L68

1887



1020026094

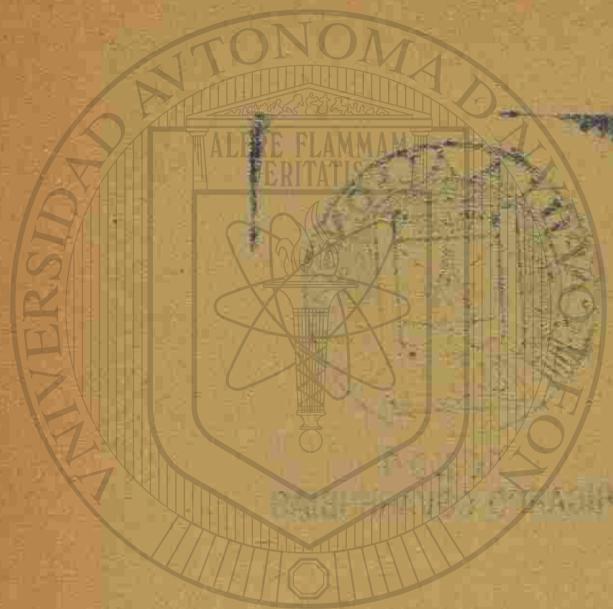


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOCA DE AMOR.

Núm. Clas	
Núm. Autor	B. U. S.
Núm. Adg.	29759
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasific.	
Catálogo	

LIBRERÍA
DE
EL COSMOS EDITORIAL.

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN
DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

Julio Simon.—*Dios, Patria y libertad*: un tomo, 5 pesetas.

Edouard Delplé.—*Las represalias de la vida*: un tomo, 2,50.

Uibach.—*El Suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote*: un tomo, 2,50.

Ennery.—*El Principio de Moria*: un tomo, 2,50.

X*.**—*Al lado de la dicha*: un tomo, 2,50.

Henri Rivière.—*El Combate de la vida*:—Tres tomos.

1.ª parte.—*La juventud de un desesperado*: un tomo, 2,50.

2.ª id.—*El Coronel de Breslao*: un tomo, 2,50.

3.ª id.—*Las Fatalidades*: un tomo, 2,50.

Edmond.—*La Leñadora*: un tomo, 2,50.

Cubas.—*El Angel del presidio*: un tomo, 1,50.

Cubas.—*La Mortaja de limosna*: un tomo, 1,50.

Ortega Munilla.—*Orgía de hambre*: un tomo, 2,50.

Zaccane.—*Los dramas de la Bolsa*: un tomo, 2,50.

Gautier.—*Fortunio y La Muerta enamorada*: un tomo, 2,50.

Vascano.—*Javier Malo*: un tomo, 2,50.

Bouvier.—*Las Borgoñas del día*: dos tomos, 5.

Arsène Houssaye.—*La Comedianta*: un tomo, 2,50.

Jorge Ohnet.—*Lise Fleuron*: un tomo, 2,50.

Cuentos escogidos de varios autores: un tomo, 2,50.

Cañizo.—*Justicia y Providencia*: un tomo, 2,50.

Barbey d'Aurevilly.—*Lo que no muere*: un tomo, 2,50.

Cubas.—*El Panal de miel*: un tomo, 2,50.

Arambilet.—*Agnes* (narración del día): un tomo, 1 peseta.

J. de La Cerda.—*La Tela de Araña*: un tomo, 1 peseta.

Dickens.—*Días penosos*: un tomo, 2,50.

Fortunio.—*La Virgen de Belem*: un tomo, 2,50.

J. de La Cerda.—*El gran problema*: un tomo, 2,50.

Soles Eguilaz.—*En el quinto cielo*: un tomo, 2,50.

Eca de Queiros.—*El Primo Basilio*: dos tomos, 5 pesetas.

Mahallu.—*La Bella Horchatera*: dos tomos, 5 pesetas.

1.ª parte.—*La Víctima inocente*.

2.ª parte.—*El Castigo del culpable*.

Trucha.—*El Gabán y la Chaqueta*: dos tomos, 5 pesetas.

Enault.—*Gabriela de Céléstango*: un tomo, 2,50.

E. Zola.—*Germinal*: dos tomos, 6 pesetas.

Jorge Ohnet.—*El Gran Margal*: 2.ª edición: un tomo, 3 pesetas.

Ossorio y Bernard.—*Romanos de ciegos*: un tomo, 1 peseta.

Galería de desgraciados, por varios escritores y escritoras: un tomo, 1 peseta.

Ossorio y Bernard.—*Cuadros de género trazados á pluma*: un tomo, 2 pesetas.

Ossorio y Bernard.—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: un tomo, 2 pesetas.

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LOCA DE AMOR

POR

ADOLFO BELOT

VERSIÓN CASTELLANA

DE

JUAN J. DE LA CERDA.

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID:
EL COSMOS EDITORIAL,
Montera, núm. 24.

1887

098157

29759

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO ROYES"
1825 MONTERREY, MEXICO

843

B.

PQ2193

B7

L68

L887



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1887.—Imp. de A. Pérez: Flor Baja, núm. 22.

721880

LOCA DE AMOR.

I.

El día 5 de Noviembre de 188....., poco después de las ocho de la mañana, la portera del núm... de la calle Blanche quedó sorprendida al ver que una mujer desolada, presa de extraordinario espanto, pudiendo respirar apenas, penetraba, ó, mejor dicho, se precipitaba en su estrecha habitación, después de abrir las vidrieras violentamente.

Era Aurelia, la doncella de la señora Laura Vivian, hermosa hembra, que aseguraba ser actriz, y ocupaba el tercer piso de la casa.

—¿Qué tiene V.? ¿Qué sucede?—exclamó la portera, admirada al propio tiempo que inquieta, al ver así invadido su domicilio.

Pero Aurelia nada contestó. En pie delante de la puerta, temblando como una epiléptica, hacía esfuerzos para hablar, y no conseguía pronunciar palabra: un movimiento nervioso agitaba sus mandíbulas y hacía chocar sus dientes, produciendo extraño castañeteo.

—¿Pero qué tiene V.? (volvió á preguntar la portera.) ¿Se siente V. mal?

Y visto que no obtenía respuesta, la buena mujer llamó á su marido, que acababa de vestirse en la alcoba inmediata.

—Jerónimo (dijo); trae un vaso de agua. Pero en seguida.... Date prisa.

El aludido obedeció maquinalmente, por costumbre, sin saber ni importarle de lo que se trataba, y acudió con el vaso de agua pedido.

Su mujer se lo arrebató de las manos, hizo sentarse á Aurelia, y poniéndole entre los dientes el borde del vaso, la obligó á beber algunos sorbos, mientras Jerónimo sacaba de una alhacena un frasco lleno de

vinagre y lo aplicaba luego á las narices de la enferma.

Estos cuidados produjeron el resultado apetecido: el semblante de la joven se coloró, y el temblor disminuyó poco á poco. La portera aprovechó el momento oportuno para reiterar sus preguntas:

—Vaya: tranquilícese V., y díganos qué le pasa.

Aurelia intentó levantarse; alzó un brazo, señalando hacia arriba, y, por fin, haciendo un gran esfuerzo, murmuró con voz sorda y estrangulada:

—¡Arriba!.... ¡Arriba!.... ¡Mi ama!.... ¡Muerta!.... ¡Muerta!....

—¿Cómo? ¿Qué dice V.?—exclamaron á un tiempo los porteros.

—¡Muerta!.... ¡Muerta!.... ¡Asesinada!.... ¡Asesinada!—repitió la doncella.

—¡Asesinada! ¿Pero por quién?

—¿Cómo? ¿Cuándo?

Aurelia, presa de la crisis nerviosa nuevamente, permanecía muda. Jerónimo la miró unos instantes con lástima, y luego exclamó:

—Es inútil preguntarle; nada conseguiremos. Preciso es subir y enterarnos....

— Pero no podemos dejarla sola....
Mira ; va á desmayarse otra vez.

— Bueno. Quédate tú con ella. Yo subiré solo.

Y así diciendo, Jerónimo tomó escalera arriba con una agilidad impropia de sus años, y no paró hasta el piso tercero.

Al huír, Aurelia había dejado la puerta depar en par ; Jerónimo pudo, pues, penetrar en la casa sin demora, y desde la antesala descubrió en el salón un cuadro espantoso. La señora Vivian, inanimada, cubierta de sangre, yacía sobre la alfombra. Su primer movimiento, á la vista de semejante espectáculo, fué escapar ; pero pensó que quizás aquella pobre mujer vivía aún, que tal vez pudiera ser socorrida, y haciendo de tripas corazón, animándose con el recuerdo de la época en que fué soldado, logró vencer su terror.

Andando con tiento para no pisar sobre la sangre que inundaba gran parte de la estancia, penetró en el salón : se acercó al cuerpo inerte de la infeliz mujer ; le palpó el rostro y la frente yertos ; trató de levantarla por los hombros ; pero la rigidez y el peso le convencieron de que estaba muerta,

y la soltó con miedo, y escuchó con espanto el ruido sordo que produjo la cabeza al chocar contra el pavimento.

Entonces salió precipitadamente, bajó la escalera con mayor rapidez aún que la había subido, y fué á reunirse con su mujer.

— ¿ La has visto ? ¿ Qué sucede ? — le preguntó ésta, no bien le vió aparecer en el zaguán.

— Sí. La pobre señora está muerta hace ya mucho tiempo sin duda.

— ¿ Pero de qué puede haber muerto ?

— Deben haberla asesinado.

— ¿ Y quién puede haber subido sin notarlo nosotros ?

— ¿ Qué sé yo ? Lo que más urge, es ir á dar parte al Comisario de policía.

— Tienes razón ; ve sin perder un instante. ¡ Ay, Dios mío ! ¡ Qué desgracia ! ¡ Qué desdicha ! ¡ En una casa como esta ! ¡ Qué dirá el amo !....

Y dirigiéndose á Aurelia, la portera prosiguió:

— ¿ Quién pudo entrar anoche en casa de su señora ? ¿ Á quién recibió ? ¿ Qué sabe V. ?

Pero Aurelia callaba, igual que antes. Desde el regreso de Jerónimo, su emoción había aumentado, y sin punto de reposo era víctima de un verdadero ataque de nervios.

Así transcurrió media hora. Por fin llegó el Comisario de policía, seguido de susecretario, y en la escalera se reunieron con un médico de la vecindad, á quien se había llamado de antemano.

Éste, en cuanto entró en el lugar del suceso, se acercó al cadáver, lo examinó atento, y sin moverla, la palpó y reconoció cuidadosamente.

—¿Y bien? (preguntó el Comisario, después de un momento invertido en examinar á primera vista la estancia.) ¿Cuánto tiempo le parece á V. que hace de la muerte de esta señora?

—Diez ó doce horas lo menos, —repuso el médico poniéndose en pie.

El comisario consultó su reloj.

—Son las nueve (dijo). De modo que, según lo que V. opina, el accidente debió ocurrir anoche, entre diez y doce.

—Me parece que no nos equivocaremos afirmándolo.

—¿Fué instantánea la muerte?

—Sí. No tiene más que una puñalada en la región cardíaca.

—¿Y cree V. que se trata de un suicidio?

El médico reflexionó un instante, comprendiendo desde luego toda la gravedad de la pregunta, y acabó por responder con acento de convicción profunda:

—No lo creo. El golpe fué demasiado violento para ser obra de una mano delicada como son las que vemos cubiertas de sangre.

Además (añadió, fijándose en un objeto caído junto á la chimenea), si se tratara de un suicidio, el arma, que produjo una muerte instantánea, hubiera quedado en la herida, y vea V. ese puñal en el suelo, y lejos del cadáver. El asesino, luego de perpetrar el crimen, arrojó el cuchillo de que se sirvió para ejecutarle.

—¿No hay huellas que indiquen si hubo lucha, ni existe alguna otra herida oculta?

—preguntó el comisario.

El médico se arrodilló de nuevo junto á la muerta, le desabrochó la bata, desgarró la camisa de batista, toda sangrienta, que le

envolvía el cuerpo, y descubriendo el seno, replicó:

—Véalo V., señor Comisario. No tiene más que una herida. Bastó con la puñalada primera, que atravesó el corazón.

El Comisario había recogido el puñal, y presentándoselo al Doctor, interrogó de nuevo:

—¿Cree V., pues, que ésta fué el arma con que se perpetró el delito?

El médico lo examinó atento; después comparó la anchura de la hoja con la de la herida, y por fin exclamó:

—Indudablemente, el asesino se valió de este puñal. Esto creo, y, no sólo me fundó en la coincidencia de la anchura de la hoja con la de la herida, sino que también me lo hace creer el verlo cubierto, mejor dicho, impregnado de sangre.

—¿Y no pudiera haber caído sobre la sangre casualmente?

—Entonces habría manchas sobre el mango..., y obsérvelo V.; está limpio, y la huella que dejó la sangre no llega más que hasta la mitad de la hoja, como para indicarnos la profundidad de la herida que produjo.

—Es verdad. Vaya la última pregunta.

—Estoy á las órdenes de V., señor Comisario.

—Á su entender de V., ¿esta mujer fué herida por sorpresa, ó antes de morir luchó con su adversario para defender la vida?

—Me inclino á creer lo segundo. Vea V. esas sillas por el suelo, el *chiffonnier* ese caído también. Todo esto prueba que la infeliz pretendió huir.

—Es cierto; pero tales indicios no bastan para afirmarlo en concreto, y la justicia no puede conformarse con probabilidades. Examinando mejor el cadáver, ¿no llegaríamos á una afirmación positiva en absoluto?

—Quizás. Si V. quiere, puedo intentar.

—Sí lo quiero.

El médico se acercó al cuerpo de la señora Vivian, examinó el cuello y los hombros, y en seguida dijo:

—Sí; hubo lucha. Aquí sobre la nuca se ve un arañacito, producido sin duda por la uña del asesino al sujetar á la víctima. Mire V., señor Comisario; fíjese en esta gotita de sangre, y observe que la debió verter la pequeña herida cuyos extremos salen por uno y otro lado de la semiesferilla sangrienta.

—¿No procederá de la puñalada del pecho?

—Es imposible. Á causa de la posición del cuerpo, la sangre corrió toda hacia abajo. El cuello, la garganta y los hombros están completamente limpios.

—Muchas gracias, Doctor. Puede V. retirarse, si quiere hacer la declaración escrita en su casa. Pero le ruego que me la entregue lo antes posible.

El médico se retiró, y el Comisario, sin perder un momento, redactó dos oficios, comunicando el hecho que llevamos relatado al Prefecto de policía y al Procurador de la República. Llenas estas formalidades, creyó deber entregarse á dar los primeros

pasos en el camino de las investigaciones sobre la pista del asesino, que más tarde debían servir para fundar el proceso. Las respuestas de las personas interrogadas inmediatamente después de ocurrido un crimen, son consignadas con todos sus detalles, y frecuentemente tienen gravísima importancia, porque bajo la influencia de la primera emoción no hay espacio para recapacitar, y, por lo tanto, estas declaraciones revisten toda la importancia de lo que se hace obedeciendo á un movimiento natural. Fuera del juramento que el Juez exige al testigo, la información del Comisario de policía envuelve tanto valor como la de aquél.

La portera y su marido fueron los primeros á quienes se tomó declaración. Contaron lo que sabían, y el Comisario, enterado de la manera cómo Aurelia les avisó lo ocurrido, mandó llamar á ésta.

—Pensando que desearía V. oír á esa muchacha, la mandé subir ya, y espera en la antesala (observó el Secretario). Pero se encuentra tan afectada, á tal punto está conmovida, señor Comisario, que temo muchísimo que la emoción la prive si entra en

este salón y ve de nuevo el cadáver de su ama.

—Entonces será menester interrogarla ahí fuera, dijo el Comisario.

Y salió de la estancia, seguido de los demás espectadores de aquella escena lúgubre, en busca de Aurelia.

Cuando estuvo en su presencia, se le acercó, y con acento cariñoso para infundirle ánimos, comenzó así:

—Voy á dirigirla unas cuantas preguntas. Es preciso, indispensable, que se tranquilice V., que haga un esfuerzo para recordar los menores detalles que haya observado anoche y esta mañana, y los referentes á la manera de vivir de la señora Vivian. ¿V. estaba al servicio de esta señora?

—Sí, señor, — murmuró Aurelia.

—¿Desde cuándo?

—Hace un año, poco más ó menos.

—¿Cómo se llama V.?

—Aurelia Toussaint.

—¿Casada?

—No, señor Comisario.

—¿Viuda?

Señal negativa con la cabeza.

—¿Siempre fué el servicio la ocupación á que se dedicó V.?

—No, señor; antes trabajaba en mi casa. Sólo he servido á dos amos.

—¿Cuándo tuvo V. noticia de lo ocurrido en casa de la señora Vivian?

—A las ocho, cuando bajé de mi cuarto.

—¿Es decir, que no dormía V. en la misma casa?

—No, señor; en el sotabanco.

—¿Y no bajaba V. hasta las ocho de la mañana?

—La señora se levantaba tarde, y me tenia prohibido comenzar la limpieza antes de esa hora.

—¿No tenía más criada que V.?

—No, señor.

Todas estas contestaciones fué menester adivinarlas: la pobre mujer apenas si podía sostenerse sobre el asiento, y las palabras salían de sus labios con torpeza suma.

—¿Por lo visto, apenas bajó V., se dirigió al salón, primero que á ninguna otra pieza?—prosiguió el Comisario.

—Todos los días hacía lo mismo. Co-

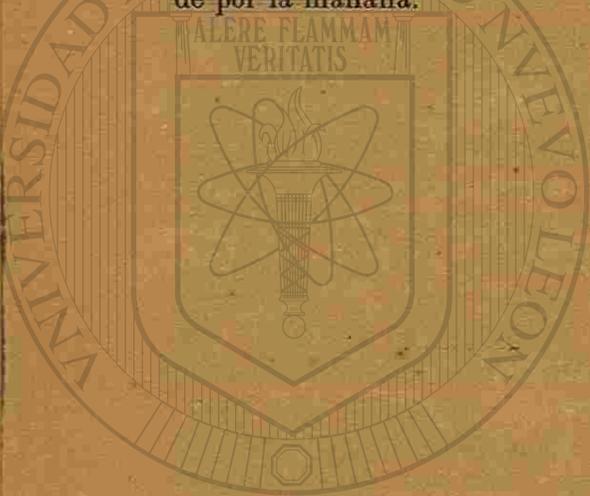
menzaba por el salón, para no molestar á la señora.

—Y al entrar vió V....

—Todos los muebles en desorden... unos caídos.... otros fuera de su sitio ordinario.... y á la señora en el suelo.... llena de sangre.... toda llena de san.... gre....

El temblor volvió á apoderarse de Aurelia, y el Comisario se detuvo en sus preguntas para dejarla reponerse, aprovechando aquel descanso para observarla minuciosamente. Era una muchacha de veintidos á veintitres años, bajita, de talle gentil y delicadas formas; bonita, pero con una belleza imperfecta, de *conjunto*, sólo de conjunto. Los ojos pequeños, pero vivos, y la nariz remangada, eran más bien feos que otra cosa; pero los cabellos rubios muy brillantes, la boca graciosísima y la dentadura muy blanca, aunque los dientes adolecieran de ser un poco puntiagudos como los de los perros, armonizaban lo incorrecto, y hasta lo convertían en gracioso, sin excluir de esto ciertas manchitas rojas que de ordinario alteraban la continuidad de la blancura del cutis. En aquel momento el semblante resultaba alteradísimo. Tenía el

sello de una profunda fatiga; los ojos abotagados y la frente fruncida; pero todo esto se explicaba por la serie tan continuada de emociones que venía padeciendo desde por la mañana.



III.

—¿ Á qué hora subió V. ayer á su cuarto? — comenzó de nuevo el Comisario, tan pronto como juzgó que Aurelia, ya repuesta, estaba en condiciones para contestarle.

— Á las diez de la noche.

— ¿ Y dejó V. sola á su ama?

— Sí, señor.

— ¿ No esperaba á nadie?

— No lo sé.

— ¿ La mandó á V. acostarse ella misma,

ó fué que, concluidas sus faenas, pidió V. permiso para hacerlo?

—Después que la ayudé á desnudarse, se puso una bata, y me dijo: «Se puede V. retirar si quiere.»

—¿Luego de marcharse V. sucedió algo que pudiera hacerla sospechar lo que estaba ocurriendo?

—No, señor; nada.

—¿Qué género de vida era el de su señora.

—Una vida muy tranquila y muy retirada. Salía muy poco de casa, sobre todo en estos últimos tiempos.

—¿Por qué decís que sobre todo últimamente?

—Porque el señorito no venía ya para llevarla á comer á la fonda ó para acompañarla al teatro.

—¿Á quién llama V. «el señorito?»

Aurelia dudó un instante.

—¡Diga V. lo que sepa! — exclamó el Comisario con acento enérgico.

—Al señor Pedro de Morlain, — balbuceó la joven.

—¿Qué vive?...

—En la calle de Villers, núm. ***....

—¿Era el amante de la señora Vivian?

—Creo que sí, señor Comisario.

—Diga V. que está segura. ¡La doncella de una mujer sabe todos los detalles de la vida íntima de su ama!.... Además, estoy perfectamente enterado de los antecedentes de su señora, porque habitaba en el barrio hace mucho tiempo, y me es conocido su nombre, nombre de guerra, que tomó al entrar en el teatro y conservó al abandonarle. Sus costumbres eran, en efecto, muy regulares en la última época de su vida; pero antes fueron bastante airadas, y no cometerá V. ninguna indiscreción contestando categóricamente á mis preguntas. ¿Recibía á otros hombres además del señor Morlain?

—No, señor; á ninguno más.

—¿Ni con el carácter de amigos?

—Ni así tan sólo.

—Y mujeres, ¿la visitaba alguna?

—Muy raras veces: tanto, que me sería imposible citar el nombre de ninguna.

—De esto ya hablaremos luego. Ahora continuemos por este camino. Me ha dicho V. que el señor Morlain no venía á buscar

á su señora de V. para acompañarla al *restaurant* ó al teatro. ¿Desde cuándo era eso?

—Desde hace más de un mes.

—Se habían enfriado mucho sus amistades!

—Creo que el señorito tra taba de romperlas por completo... y la señora parecía muy disgustada por esto.... ¡Muchas veces la encontré llorando!....

—¿Eran, pues, antiguas esas relaciones?

—¡Oh sí! De dos ó tres años por lo menos. El señorito la conoció cuando aún estaba en el teatro, y fué quien la hizo retirarse.

—Pero aunque no viniese á buscarla para pasar con ella las veladas, ¡seguiría visitándola!....

—Cada vez más de tarde en tarde, y sus visitas eran cortísimas.

—¿Cuándo le hizo la última?

—Hace tres días. El viernes último, á cosa de las diez de la noche.

—¿V. no había subido aún á su cuarto?

—No, señor. La señora me mandó esperar.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! ¿Quizás por temor á que el señorito...?

—¡Ah! ¿Solían reñir?...?

—Sí, señor.

—¿Y aquella noche?...?

—Tuvieron una fuerte querrela, igual que quince días antes. Desde el comedor, donde yo estaba ocupada en mis quehaceres, se oían los gritos....

—¿Recuerda V. lo que se dijeron?

—Sí, señor.

—Repítalo V.

—La señora decía: «No se deja así á una mujer como yo. Me vengaré.» Y el señorito respondió: «Pues ten cuidado, porque puede ser que á mi vez me vengue también.»

—¿Está V. segura de que era eso lo que decían?

—¡Oh! Sí, señor. Segurísima.

El Comisario reflexionó un instante, y alzando la cabeza de pronto, exclamó bruscamente.

—¿Le parece que el señor Morlain pudo venir ayer después de retirarse V.?

—Señor, yo no he dicho eso.

— Bueno, pero yo se lo pregunto.

— Quizás viniera. Yo no lo sé.

— ¿Pero V. cree que pudo venir?

— Señor Comisario, no lo sé. Subí á mi cuarto en seguida, y no salí hasta por la mañana.

El Comisario mandó comparecer á los porteros.

— ¿Conocían Vds. al señor Morlain? — les preguntó.

— Sí, señor (dijo la portera). Un joven rubio, de aire muy distinguido.... Antes venía todos los días. Pero desde hace algún tiempo sólo le veíamos muy de tarde en tarde....

— Por eso (añadió Jerónimo), la señora le escribía con frecuencia. Yo era el encargado de llevarle las cartas, y ayer le entregué la última.

— ¿Á qué hora?

— Á las cuatro de la tarde, sobre poco más ó menos.

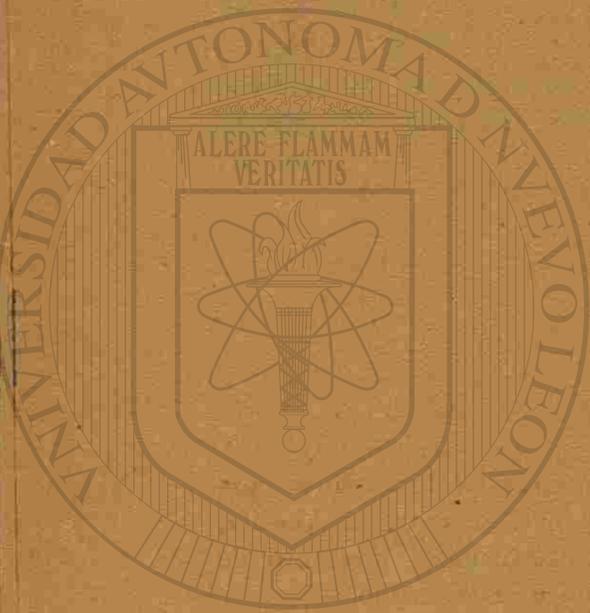
— ¿Se la entregó V. en propia mano?

— Sí, señor; porque precisamente al llegar yo á su casa salía él.

— ¿No volvió á entrar para leerla?

— No, señor. La abrió, y la leyó muy

de prisa. Parecía contrariado; hizo un gesto de rabia, estrujó el papel, y me dijo con aspereza: «No tiene contestación. Diga V. que no quiero contestar; que en adelante nunca contestaré á ninguna carta de esa señora.»



IV.

El Comisario consultó los apuntes tomados sobre las declaraciones de Aurelia, y con tono naturalísimo, preguntó de pronto, dirigiéndose á Jerónimo:

—¿ Á qué hora vino ayer el señor Morlain ?

— ¡ Ayer ! (replicó el portero con extrañeza.) No vino, señor...

—¿ Está V. seguro ?

— Al menos, yo no le vi....

Pero la portera hizo un movimiento como para hablar, y el agente de la policía se apresuró á preguntarle:

—¿Qué iba V. á decir?

—Pues iba á decir que....

—Siga V.

La portera, en vez de continuar respondiendo, prosiguió, dirigiéndose á su marido:

—¿No te acuerdas que anoche, á eso de las once, cuando acabábamos de acostarnos, oímos abrir la puerta?

—Sí, es verdad.

—¿Y que tú me dijiste: «¿Quién saldrá á estas horas, si todos los inquilinos están en casa ya?»; y yo te dije: «Míralo?»

—Sí; y yo fui á ver quién era....

—Y vió V.....

—No me fijé mucho.... porque estaba medio durmiendo.... Pero me acuerdo así, como si soñara, que el que salió era un hombre alto....

—¿Como el señor Morlain?

—Poco más ó menos....

—¿Y no se fijó V. en la cara?

—No, francamente, señor Comisario.

Pasó muy de prisa por delante de la vidriera..., y además llevaba levantado el cuello del gabán.

—¿Y le dejó V. marchar sin preguntarle de dónde salía?....

—Estaba, como he dicho, medio durmiendo....

—Después se durmió V. del todo, ¿no es eso?

—Es cierto. Y no me hubiera acordado siquiera de ninguno de estos detalles, si mi mujer no me los recuerda....

—No es poca suerte que ella tenga mejor memoria (concluyó el Comisario: y volviéndose hacia la portera, continuó): ¿No sabe V. á qué hora había entrado esa persona que salía á las once?

—No; no lo sé. No le vi entrar; de eso estoy segurísima.

—¿No salió V. de la portería en toda la noche?

—No, señor; ni mi marido tampoco.

—¿Y ven Vds. á todo el que entra y sale?

—Sin duda. Penemos mucho cuidado, sobre todo por la noche. Si esa persona entró en la casa, fué por el día.

—¿No admite V. que entrara á las diez sin que Vds. lo notaran?

—Segurísimamente no. Es imposible.

El Comisario de policía llamó á uno de los agentes que le acompañaban, y le encargó que recorriese todas las habitaciones de la casa, para enterarse de si algún inquilino había salido á las once de la noche anterior, ó había tenido alguna visita que saliera á aquella misma hora. Después despidió á los porteros, dejó en la antesala á Aurelia, y por sí mismo recorrió la casa de Laura Vivian, observando minuciosamente los menores detalles en todas las habitaciones. Cuando daba fin á este reconocimiento, volvió el agente encargado del otro, y le dió cuenta de él.

Los vecinos del principal habían pasado la velada en su casa, en compañía de dos amigos, marido y mujer, que salieron á las diez, cuando el portal estaba abierto y el gas encendido todavía. Un matrimonio joven, que habitaba el segundo piso, declaró que habían salido á las ocho para ir al teatro y volvieron á las doce y media, después de terminada la función. Los del piso cuarto no salieron ni habían recibido ninguna visita. Pero un tal Bertin, inquilino de una de las dos habitaciones del quinto piso, daba más detalles. Á las diez

y algunos minutos, muy poco después de apagado el gas, había salido, y aprovechando el momento en que abrió la puerta, una persona á quien no conocía había penetrado en la casa, sin tener por esta razón necesidad de llamar.

Esta declaración coincidía con la de los porteros. Estos sostenían no haber abierto la puerta ni haber visto á nadie entre diez y once; y, en efecto, así debió suceder, pues que el intruso aprovechó la salida de Bertin, y pudo cruzar el portal rápidamente sin ser notado.

—La última noticia es muy interesante (dijo el Comisario luego que el agente acabó de hablar). Ese testigo, Bertin... ¿no se llama así?

—Sí, señor Comisario...

—¿No dió más detalles?

—Creyó notar que el desconocido era alto y de buen aspecto; que traía un gabán gris, y que el cuello de éste, subido hasta mitad de la cara, hacía difícil reconocerle.

Estos antecedentes concordaban también con los suministrados por el portero acerca de la persona que vió salir á las once. Indudablemente, se trataba de la

misma que entró, según Bertin, á las diez y algunos minutos.

Todos los indicios hacían suponer que se trataba de un hombre que fué á visitar á la señora Vivian, pues que los otros inquilinos declaraban no haber recibido á nadie á aquellas horas, y este visitante nocturno era más que probablemente Pedro de Morlain.

—¿No se le ocurrió á V. preguntar á Bertin si conoce al señor Morlain?—dijo el Comisario.

—Sí, señor. No le conoce,—repuso el agente.

—¿Nunca le encontró en la escalera?

—Eso le pregunté, y me contestó que quizás haya sucedido; pero que no sabía su nombre, y, por consiguiente, era imposible que identificara la personalidad.

—¿Y luego se ha informado V. de los antecedentes de ese señor Bertin?

—También. Según los porteros, es una excelente persona, muy tranquila y muy arreglada en su manera de vivir.

—Sin embargo, sale de casa á las diez de la noche, hora en que las personas de vida muy tranquila y arreglada suelen reco-

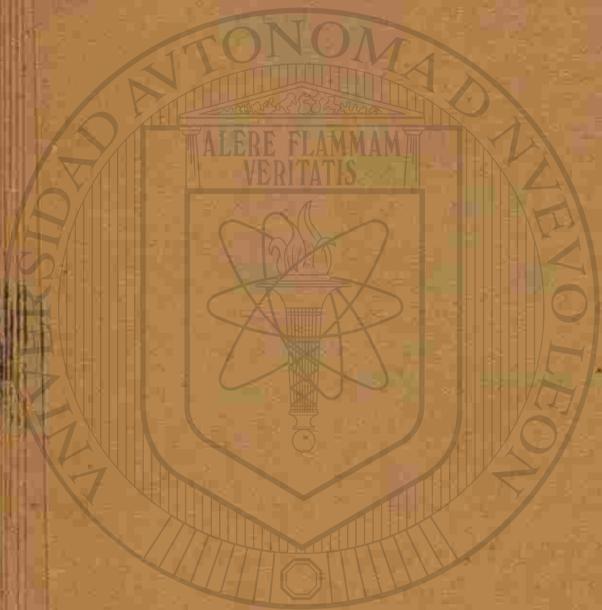
gerse. ¿Hace mucho tiempo que vive aquí?

—Seis meses, sobre poco más ó menos.

—¿Y qué hace? ¿De qué se ocupa?

—De nada: vive de sus rentas.

Aquí llegaba de su interrogatorio el Comisario, cuando, sin más tiempo para edificarse ante el buen ejemplo de las costumbres de Bertin, vió entrar al Sustituto del Procurador de la República y al Juez instructor que la Audiencia, al tener conocimiento del crimen de la calle Blanche, designó para encargarse de incoar el proceso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

v.

— Reciba V. mi enhorabuena por su actividad é inteligencia (dijo el Juez de instrucción luego que el Comisario dió cuenta de sus pesquisas y de las declaraciones recibidas). No hubiera yo hecho más. Ahora, dígame lo que opina en este asunto. Sus impresiones de V. pueden serme utilísimas, y deseo conocerlas.

— Á mi juicio (replicó el Comisario), sin que esto sea más que una impresión reformable, el crimen se cometió á consecuencia de una quimera entre los dos amantes.

—Lo mismo creo. Y en tal caso, el asesino sólo pudo ser Pedro Morlain.

—La declaración de la doncella de la víctima y las otras que oí, tanto sobre los antecedentes del Morlain cuanto sobre su semejanza con el desconocido que estuvo, sin duda, en esta casa durante el tiempo en que se perpetró el crimen, condenan al amante de la señora Vivian. Además, otra circunstancia confirma esta presunción mía. He recorrido una por una todas las habitaciones y reconocido todos los muebles, incluso los de la alcoba, y en ninguno hay huellas de haber sido forzada la cerradura ó haberse intentado abrirlos. El robo no fué, pues, el móvil del asesinato. Si V. quiere convencerse por sí mismo, en el salón verá un mueblecito de estilo Luís XVI, uno de cuyos cajones está entreabierto, y que contiene varios billetes de cien francos y unas treinta monedas de oro.

—Sin embargo, ¿quién nos dice que ese mismo cajón no contenía una cantidad mucho mayor? (objetó el Sustituto.) Los criminales empedernidos acostumbran á discurrir cuando cometen un crimen, y bien pudiera suceder que para despistar á

la justicia se hubiesen dejado un poco de dinero en el lugar donde había tanto, que se juzgó digna suma para compensar el riesgo de cometer un asesinato.

—Es cierto (se apresuró á responder el Comisario.) Pero yo no me fundo sólo en el detalle de que haya dinero en un cajón, para sostener, ó, mejor dicho, sospechar que no fué el robo el móvil del crimen. Sirve para fortificar mi creencia, basada en otras razones. He aquí cómo reconstruyo la escena que, á mi juicio, precedió á la muerte de la señora Vivian. Entre los dos amantes se entabló una disputa: el uno amenaza, la otra insulta; el primero, lleno de ira, en el colmo del furor, siente ansia de herir; la fatalidad pone un puñal al alcance de su mano, sobre la chimenea, y, fuera de sí, hiere, y arroja después el arma.

—En efecto (dijo el Juez, consultando los papeles que contenían las declaraciones de los testigos). Declara Aurelia, y contesta, al preguntársele si reconoce el arma homicida: «Sí; reconozco ese puñal. Lo compró la señora el año pasado en Biarritz, y siempre estuvo sobre la chimenea del salón.»

— Ya ven Vds. No se trata de un asesinato. Fué un homicidio, sin premeditación, sin alevosía ni ensañamiento. No se trata de un asesino vulgar. No llevaba encima un arma. Usó de una que se le vino á la mano, que casi mejor que instrumento de muerte es un juguete incapáz de matar, como no sea por una gran desgracia de quien usó de él.

El Juez de instrucción recapacitó unos instantes, y acabó por decir:

— Sí; todo confirma nuestras primeras impresiones. Hay que interrogar al señor Morlain sin perder un momento.

— Tan de acuerdo estamos, señor Juez, que, si V. me lo permitiera, iría en su busca ahora mismo.

— Pues se lo permito con gusto. Véale V., y hágale hablar...

— ¿No prefiere V. interrogarle aquí?

— No; yendo á buscarle en nombre de la ley, tendría tiempo de prepararse. Prefiero que le sorprenda V. con sus acertadas preguntas, que sé de fijo darán excelentes resultados. Le conozco á V. bien; sus investigaciones suelen producir tan buenos efectos como una instrucción perfectamen-

te dirigida. En marcha, pues, y luego que haya obtenido respuestas que fijen su juicio de V., entonces que venga el presunto homicida. Si pusiera obstáculos para obedecerle, ahí van la citación en regla y el auto mandándole comparecer á mi presencia. Úselos V. según convenga. Mientras V. vuelve, interrogaré á la joven Aurelia, que acaso no lo dijo todo, y puede darnos gran luz en este interesante negocio.

El Comisario partió, y en pocos minutos se trasladó á la calle de Villiers, donde Morlain tenía su vivienda. Era ésta un *hotelito* de excelente apariencia.

Detúvose delante de la puerta el carruaje, bajó el enviado del Juez, llamó, y dijo al criado que salió á abrir, que necesitaba ver inmediatamente al dueño de la casa para comunicarle un encargo de suma importancia.

Un momento después Morlain escuchaba estas palabras:

— Caballero, traigo el encargo de desempeñar una difícil y penosa comisión. Se me ha rogado que le vea para decirle que una persona con la cual le unen á V. lazos muy estrechos, que le es muy cara, ó,

29759

mejor dicho, que lo fué, acaba de ser víctima de un funesto accidente.

—¿De quién se trata?

—De la señora Vivian.

—¡Ah! ¿Y qué le ha sucedido?....

El Comisario de policía se dispuso á dar el golpe, clavó sus pupilas investigadoras en los tranquilos ojos de Morlain, y de pronto dijo:

—¡Que se ha suicidado!....

—¡Dios mío!.... ¡Dios mío!.... — exclamó el joven, pálido y verdaderamente sorprendido.

—Si es una farsa (pensó el Comisario), está bien representada.

—¿Y cuándo ha sucedido eso? — añadió Morlain con gran interés.

—¡Ayer noche á las once!....

—¿Y cómo?

—De una puñalada en medio del corazón.

—¡Ah! ¡Pobre!.... ¡Pobre!.... ¿Pero está V. seguro de lo que dice? ¿Por qué viene V. á traerme esa mala nueva? ¿Quién es V.; porque yo no le conozco?

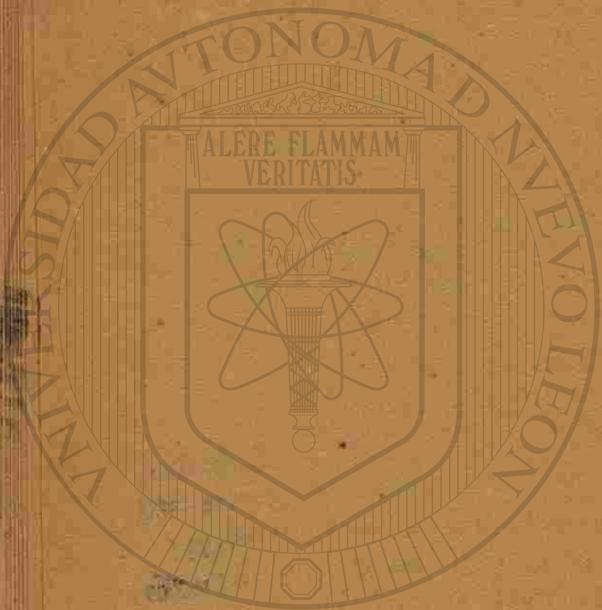
—Soy Comisario de policía. Fuí llamado para levantar el cadáver de la señora

Vivian, y como no tiene parientes, y V. pasaba por ser su amigo más íntimo, vine, como es natural, con la esperanza de saber los motivos que pudieron impulsar á esa desdichada para tomar tan extrema resolución.

—Pero yo ¿qué le podré decir?

—He aquí lo que me hizo esperar que pudiera ilustrarme V. sobre el particular.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



VI.

—El portero de la casa en que habitaba la señora Vivian, asegura que ayer le trajo á V. una carta suya (continuó el polizonte, fijándose muy atento en el efecto que sus palabras producían en Morlain), y yo supuse que quizás en ella haría alguna alusión á su desesperado proyecto....

—No, nada que pudiera hacerlo sospechar encerraba esa carta, que, en efecto, recibí ayer. Se limitaba la infeliz á rogarme que fuese á verla.... Aseguraba tener necesidad de hablarme.... Es cierto que el sentido

de sus frases resultaba violento; que revelaba cierta exaltación, pero de ningún modo me hizo pensar....

—¿Tendría V. inconveniente en dejarme ver esa carta?

—¿Por qué no?... (repuso Pedro Morlain. Pero de pronto se detuvo, como quien recuerda, y continuó luego): Es decir, con mucho gusto se la enseñaría á V., si la tuviera, porque ahora recuerdo que la desgarré pocos instantes después de recibirla.

—¿Y por qué hizo V. eso?

—¡Oh! Francamente lo confieso. V. debe ser discreto, dada su profesión, y me decido á ser sincero. Todos los días recibía cartas semejantes á esta última, no obstante mi deseo manifiesto de romper todo género de relaciones con aquella pobre mujer.... Impaciente, demasiado nervioso quizás, desgarré un papel que para mí era importuno en extremo....

—Sin embargo, en él sólo se pedía una simple visita....

—Es cierto; pero yo no quería hacerla. Estaba resuelto á romper con ella á todo trance. ¡Ah! ¡Si hubiera podido figurar-

me lo que iba á suceder, habría empleado otros medios menos radicales!.... Hubiese transigido, con tal que....

—¿Es decir, que V. atribuye la muerte de la señora Vivian á la ruptura de las relaciones que sostenían Vds.?....

—Es lo primero que se me ocurrió.... lo confieso. Por más que pienso, no hallo otra razón más lógica....

—¿Cuándo la vió V. por última vez?

—¡Hace tres días, me parece!.... Sí, eso es; el viernes último. Le llevé cincuenta mil francos, para que en adelante no careciese de lo necesario para vivir, no obstante mi retirada.

—¡Ah! Le llevó V. una pequeña fortuna.... ¿Y sabe V. qué hizo de ella?

—Debió guardarla. En su casa se encontrará, porque le habrá faltado tiempo para colocarla. Quería emplearla en papel de ferrocarriles; pero como está muy alto, le aconsejé que esperase una baja. Las acciones hace tres días que siguen subiendo, y por eso creo que no debió salir de su casa el dinero.

La primera impresión del Comisario de policía iba desvaneciéndose á medida que

se engolfaba en la conversación aquella.

Dudaba ya si el homicidio habría sido cometido sin otro móvil que el robo. Este pensamiento surgió en su mente al oír que la víctima recibió una suma considerable tres días antes de la perpetración del crimen, é impresionado por la sencillez y la franqueza de Morlain, revelados en los menores detalles de su relato, pensaba: «¡No se representa una comedia con ese aplomo, á menos que el actor sea un bribón empedernido.... y este hombre no lo es, sin duda!....»

○ Pero un polizonte experto no renuncia fácilmente á sus primeras suposiciones. El Comisario recordó los antecedentes recogidos en la casa de la calle Blanche; le vinieron á la memoria las palabras del Juez instructor, que le había dicho: «Sea el que quiera el resultado de las investigaciones de V. y la opinión que en vista de ellas forme, haga V. venir al señor de Morlain, para que yo mismo le interrogue.» Por eso, considerando que la primera parte de su cometido había terminado, cambió el curso de la conversación.

—¿Tendría V. algún inconveniente en

acompañarme á la calle Blanche? — dijo.

—¡Cómo!.... ¡Quiere V.!.... —repuso el joven palideciendo.

—Sí, quiero que venga V. al lugar del suceso, porque su presencia en él puede ser muy útil á la justicia. Además, ¿no tiene V. deseo de ver por vez postrera á una pobre mujer á quien no amaba ya, pero que le amó suficientemente para no poder resistir su abandono y llegar al colmo de la locura?....

—Precisamente por eso me aterra la visita que V. me propone. Si la muerte hubiera sido á consecuencia de una enfermedad ó de un accidente, ya estaría junto al cuerpo de esa infeliz, que hoy no me inspiraba amor, pero que ayer fué totalmente dueña de mi cariño. Mas todo hace creer que yo fui la causa de esa muerte, que la provoqué egoísta, y, lo confieso, me repugna ver un cadáver que me acusa, aunque yo sea inocente en absoluto.

Su voz era breve, nerviosa, y al terminar esta última frase, una lágrima se deslizó por las mejillas del atribulado joven. El Comisario se impresionó más aún de lo que estaba: halló naturalísima esta manera de sentir, y pensando al propio tiempo

que transcurrían las horas y el Juez le esperaba, dijo con acento dulce:

—Con una sola palabra voy á disipar sus remordimientos de V., señor Merlain. Temí en un principio que fuera el golpe demasiado violento, y por eso no le dije toda la verdad. Pero veo que me equivoqué; reconozco que es mucho menos doloroso para V. decirle con exactitud lo ocurrido, y quiero enmendar mi yerro.

—¿Cuál es, pues, la causa de ese terrible accidente?—interrumpió el joven, alzando la cabeza.

—Según todos los indicios, las afirmaciones de los vecinos y el dictamen facultativo, la señora Vivian no se ha suicidado....

—Entonces su muerte....

—Es debida á la mano infame de un criminal....

—¡Dios mío!.... ¡Dios mío!.... ¡Pobre mujer!.... ¡Entonces vamos, vamos volando! (exclamó Morlain con violencia.) ¡Quiero verla; quiero contribuir al esclarecimiento de la verdad para descubrir al asesino, y que un crimen tan brutal no quede impune!....

Así diciendo, se acercó á la chimenea, agitó la campanilla, y en cuanto apareció en la puerta el ayuda de cámara que le servía, prosiguió:

—Deme V. el sombrero y el gabán en seguida....

Y mientras era obedecido, paseándose con agitación, exclamaba:

—¿Pero por qué la habrán matado? ¡Para robarla, sin duda!.... ¡Ah! ¡Por qué en vez de llevarle aquel maldito dinero no lo coloqué por mí mismo á su nombre! ¡Entonces!.... ¡Miserable amor propio!.... ¡Mi afán por evitar toda relación con ella, ha sido casi la causa de su muerte!....

En esto entró el criado. Entregó á su amo el sombrero, y antes de darle el gabán, notó que el cuello estaba levantado y lo desplegó para bajárselo. El Comisario, que no perdía ni un solo detalle, observó este, y aún no había formado juicio concreto sobre él, cuando otro pequeño incidente vino á robustecer la importancia del primero. En el momento en que Morlain, dispuesto del todo, exclamó: «Señor Comisario, estoy á sus ordenes,» el criado le entregó un rollito de papel:

—¿Qué es esto?—dijo Pedro.

—Tafetán inglés, por si se le cae al señor el que lleva en el araño de la mano....

—¡Ah! Bueno.

Pedro y el polizonte salieron, y, á instancia de éste, subió aquél en su compañía en el carruaje de alquiler que aguardaba delante del portal.

VII.

Cruzaron casi todo el *boulevard* Malesherbes, sumidos los dos en la más profunda meditación. De pronto el polizonte rompió el silencio, y como quien piensa en voz alta, exclamó:

— En verdad, fué una desdicha que no acudiera V. anoche á la cita de la señora Vivian, porque no hubiera sucedido la desgracia!

— ¡Es cierto: ahora viviría la infeliz!....

— ¡Qué mundo este! ¡Por doquier el contraste hace más brutal el dolor! ¡Mientras esa pobre mujer era asesinada, V. es-

taría tan ajeno á todo y tan satisfecho, en el casino ó en el teatro!.... ¡La vida de París es tan ocupada!....

— ¡En efecto, en el casino estaba yo!....

— ¿No frecuenta V. más que uno?

— Solamente el Mirlitón.

— Sí; el de la plaza Vendôme. Es uno de los mejores. ¿No le llaman también de la Unión Artística?

— Sí, señor, —repuso Pedro, á quien las preguntas del polizonte no lograron que abandonase sus preocupaciones, ni obtuvieron más que respuestas maquinales.

Por fin llegaron á la calle Blanche. Numerosos grupos comentaban el hecho delante del portal de la casa de la señora Vivian. La noticia del crimen había puesto en conmoción todo el barrio. Los *guardias de la paz* reconocieron á su jefe, le abrieron paso franco, y, seguido de Pedro, se apeó aquél del carruaje. Juntos subieron la escalera, y al llegar al piso tercero, el polizonte habló en voz baja con su Secretario, que estaba en la antesala, condujo á Morlain al comedor, y le dejó solo, yendo á reunirse con el Juez, que aún estaba en el salón.

— ¡Pronto ha despachado V.! ¿Nos trae

á nuestro hombre? — le dijo el Magistrado al verle entrar.

— Sí, señor; ahí fuera está.

— Enhorabuena. Temía que hubiese huído.

— Pues no parecía muy dispuesto....

— Según veo, la primera impresión de V. se ha modificado....

— En gran parte, sí, señor. La actitud del señor Morlain fué dignísima; sus respuestas muy categóricas, y las explicaciones que me dió en extremo lógicas.

— ¿Y no ha recogido V. ningún otro indicio? Porque acaba de decirme que su opinión primera, que señalaba al Morlain como presunto reo, se ha modificado sólo en parte....

— Hay dos detalles que sostienen mis dudas. He los aquí: cuando le dieron el gabán para venirse conmigo, un gabán *de color gris*, observé que traía el cuello levantado. Dos testigos declaran, según las notas que se tomaron esta mañana, que el desconocido que salió á las once de anoche llevaba *gabán gris con el cuello levantado*....

— Lo recuerdo. La observación esa puede fundar una presunción muy aceptable....

— Sin duda. Pero la noche de ayer fué mala, y abrigarse el cuello con el del gabán es naturalísimo cuando hace frío. Además, si el señor de Morlain fuera culpable, el primer cuidado que hubiera tenido era quitar de su traje todo indicio del crimen y todo lo que pudiera distinguirlo de otros transeuntes.

— ¡Oh! Eso estaría muy en su lugar si los culpables no dejaran siempre algún cabo suelto.... ¿Y cuál es el otro detalle?

— Uno más importante, lo reconozco, aunque....

— Veamos.

El Comisario contó el del tafetán para el arañazo de la mano de Morlain.

— ¿Y esta prueba no le parece á V. convincente? — dijo el Juez.

— No, señor. Desconfío de la casualidad.

Nada prueba que ese arañazo no se lo hizo de la manera más inocente del mundo; por otra parte, cuando su criado le habló de la pequeña herida, yo le observé con suma atención, y no pareció darle la menor importancia.

Siendo criminal, ¿no hubiese animado su semblante un gesto en que yo hubiera

leído: «esta torpeza de mi criado puede perderme?»

— Eso puede significar simplemente que tenemos que habérnoslas con un hombre dueño de sí á todas horas y difícil de coger en una contradicción.

— También puede ser. Sin embargo, cuando entramos juntos en el coche que nos ha traído, fijé mi atención en su mano, de modo que él lo notase, y ni procuró esconderla, ni siquiera pareció parar mientes en mi actitud. Efectivamente: tiene una cortadura muy pequeña mucho más abajo de la uña, y el médico dijo en mi presencia, al reconocer el cadáver, que la gotita de sangre que se observaba en el cuello era un arañazo del matador al sujetar á la víctima.

— Sí, eso dijo el médico que V. llamó. Pero otro que hice venir yo rectificó el reconocimiento, y declaró que la manchita de sangre proviene, no de la víctima, sino del dedo del matador, que se cortó sin duda luchando con ésta ó al sacar el puñal de la vaina. Requerido el primer médico, y después de una corta discusión, convino en que se había equivocado, y su colega estaba en lo cierto.

Á pesar de estas presunciones, cuya gravedad comprendía el Comisario, que cambió de creencia al hablar con Morlain, se sostenía en su segundo juicio, y se defendía por convicción, ó quizá por amor propio. Por eso replicó:

—Todos esos indicios, por muy poderosos motivos de acusación que sean, ésta caería por su base si el señor Morlain probase la coartada....

—Sin duda. Pero, ¿acaso la prueba?

—Asegura que pasó la noche en el Círculo de la Plaza Vendome, y, en tal caso, más de cien personas podrían declarar en su favor.

—Siendo así....

—Pronto saldremos de dudas. Mi primer cuidado, al llegar aquí, fué enviar á mi secretario en busca de noticias al Casino indicado.

—¿Tiene V. algo más que comunicarme?

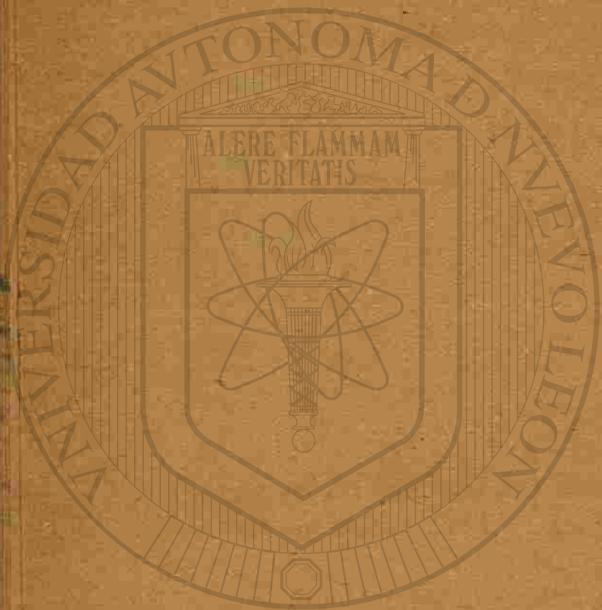
—Sí, señor; y debí comenzar por ello. El señor Morlain asegura que hace tres días entregó cincuenta mil francos á su antigua querida, y este dato es de suma importancia.

—De muchísima. ¡Ya lo creo! Y me explico que haya V. modificado su primera impresión. Pero si el presunto autor del crimen no puede probar ese hecho, reconozca V. que se vuelve en contra suya una fábula sin más objeto que hacer suponer que el robo fué el móvil del asesinato, para apartar así las sospechas que recaen sobre él, suponiendo un altercado con su querida, que le cegó hasta el punto de martarla en un arrebato de furor.

—Es cierto.

Aquí llegaban de su diálogo el Juez y el Comisario, cuando el Secretario de este último apareció en la puerta.

—Pase V. —le dijo su jefe.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII.
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

El Secretario entró, hizo una reverencia á su jefe y al Juez, y á invitación de éste comenzó así:

—Como me ordenó el señor Comisario, me trasladé al Casino de la Unión Artística, vulgarmente llamado del Mirlitón, y comencé por preguntar á los criados á qué hora se podía ver allí al señor de Morlain. Todos convinieron en que me convenía más buscar en su casa á la persona que me interesaba, por no ser asiduo del Círculo, y el conserje añadió: «Hace más de quince días que no viene por aquí.»

El Comisario, desconcertado al oír las noticias de su dependiente, no pudo menos de exclamar, dirigiéndose á éste:

—¿Y se contentó V. con averiguar eso tan sólo?

—¡Oh! No, señor—interrumpió aquél.

—So pretexto de entregar una carta interesantísima para el señor Morlain, me dirigí á otras personas....

—¿Y esas?....

—Me aconsejaron que no la dejara en el Círculo, porque otros varios recados y cartas como la mía para el socio señor Morlain, estaban detenidas en secretaría, y aquél no parecía tener mucha prisa por recogerlas, pues hacía dos semanas que no había parecido por allí.

—¿Con esto le bastó á V. para convenirse de que el presunto autor del crimen cuyo esclarecimiento nos ocupa no pudo estar anoche en el Casino?

—Aun no. Deseando recoger datos indiscutibles, pedí ver al secretario de la Sociedad; me di á conocer como agente de policía, y después de reiterar mis preguntas á los criados y al conserje, y dirigírselas á varios socios, vino á decirme lo mismo que

yo he asegurado. Sin género posible de duda, se puede afirmar que hace quince días el señor Morlain no ha estado en el Mir-litón.

—¿Ha oído V.?—dijo el Juez, volviéndose hacia el Comisario.

—Sí, perfectamente,—repuso éste, resignándose á perder toda ilusión sobre la inocencia del presunto asesino.

—No solamente no le es posible probar la coartada (prosiguió el Juez), sino que aun tenemos que tomar en cuenta el deseo manifiesto de desorientar nuestras pesquisas por medio de la mentira. Supongo que no le habrá V. dicho que sobre él recaen todas nuestras sospechas.

—Todo lo contrario, señor Juez. De mis palabras nada que pueda perjudicar la acción judicial se desprende. Él cree que le hice venir tan sólo para esclarecer nuestras dudas sobre detalles de la vida íntima de la señora Vivian.

—Entonces, hágame V. el favor de disponer que sea conducido aquí. La declaración suya delante del cadáver puede ilustrarnos mucho.

El Comisario obedeció; fué al comedor,

y en él halló á Pedro triste, pero tranquilo.

— El señor Juez ha terminado la tarea que le impidió recibirle en seguida, y desea ver á V.,— dijo con un acento, en el cual no había ni restos de la benevolencia que antes revelaban sus palabras.

El aludido, como si esperase esta orden y estuviera dispuesto contra todo evento, siguió al polizonte sin despegar los labios. Al llegar al dintel de la puerta del salón, sus miradas tropezaron con el cadáver de su antigua querida, extendido en el suelo en la misma postura en que fué encontrado por Jerónimo el portero, y sin poder evitarlo, por un impulso natural de terror, se detuvo, y dió un paso atrás.

Pero, repuesto en seguida, hizo un esfuerzo, venció la emoción que le dominaba, y siguió andando poco á poco, con los ojos fijos en el descompuesto semblante de la muerta, hasta llegar junto ella.

La miró atento unos instantes; luego se arrodilló para verla desde más cerca; dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas, y acercando los labios á la frente yerta de la infeliz mujer, víctima suya según todas las apariencias, estampó en

ella un beso piadoso al par que tierno. Después volvió á ponerse en pie, se enjugó el llanto, miró en torno suyo, como si hasta entonces no hubiese notado que varias personas le rodeaban y no perdían el menor detalle de sus movimientos; y en seguida, sin vacilar, con paso firme, se dirigió al Juez, á quien reconoció desde luego por su continente reposado, la expresión invariablemente fría de su rostro y la roseta que ostentaba en el ojal de su levita negra.

— Caballero (le dijo con voz aún insegura, pero clara y vibrante), según me dijeron, deseaba V. verme y hablarme, y aquí me tiene á sus órdenes.

— Está muy bien, — replicó el magistrado con acento severo.

Y resuelto á aprovechar la sorpresa del acusado al lanzarle al rostro una acusación que no debía esperar, bruscamente prosiguió:

— ¿Sabe V. ya por qué se encuentra aquí en mi presencia?

— Sin duda. Para coadyuvar con mis noticias al esclarecimiento de un crimen que me afecta muy hondamente.

— El asunto es claro, y, por tanto, inútiles las noticias esas. Sabemos quién es el asesino.

— En ese caso....

— El criminal es V....

— ¡Yo!.... ¡Yo!.... —exclamó Pedro, retrocediendo, como si hubiera recibido un golpe en medio del pecho.

— Sí, V., — repitió el Juez con firmeza.

Pedro estuvo un momento perplejo. Después se pasó una mano por el rostro, se irguió, apretó los puños con rabia, y mirando al Juez cara á cara, dijo con tono amenazador:

— Caballero, no sé con qué derecho se lanza una acusación, que es un insulto, contra un hombre honrado que nunca pudo dar motivo para ello.

— Las sospechas de un Juez de instrucción (replicó el magistrado con calma), no pueden ser insultos. Su ministerio se las impone, le autoriza para formularlas, y á su vez el sospechoso tiene el derecho de rechazarlas, probando su inocencia.

— ¿Es decir que se me tiene por presunto asesino?

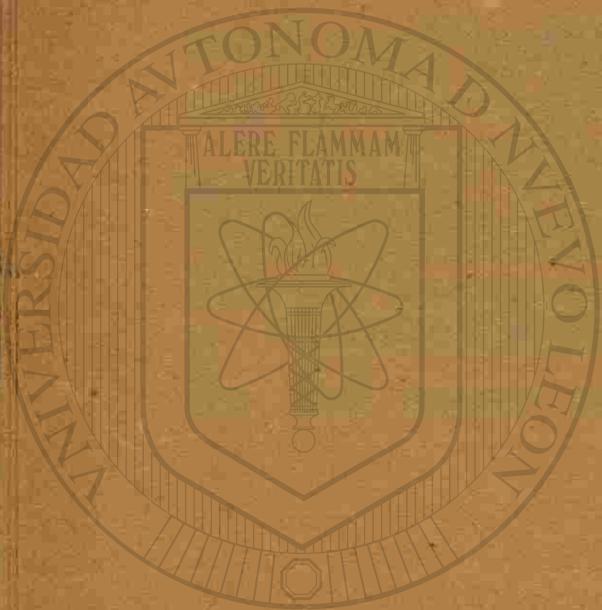
— Las apariencias todas le condenan á

V., de tal modo, que bien pudieran llamarse pruebas.

— ¿Cuáles son esas pruebas? Vengan. Las destruiré con sólo una palabra.

— Va V. á oírlas. Vuelva V. á la habitación donde estaba cuando se le llamó.

Pedro obedeció. Atravesó la estancia con paso seguro, sin mirar á la muerta, para evitar nuevas emociones que aumentasen las fatales sospechas en los momentos en que necesitaba toda su sangre fría.



IX.

El Juez se le reunió bien pronto. Iba solo con un escribano. Mandó cerrar la puerta, y sin más preámbulos, comenzó el interrogatorio:

—¿Se llama V. Pedro Morlain? ¿Es V. francés ó hijo de padres franceses? ¿Vive V. en la calle de Villiers, núm.***?

—Sí, señor.

—¿Qué edad tiene V.?

—Veintinueve años.

—¿Soltero ó casado? ¿Tiene V. hijos?

—Soy soltero, y no tengo hijos.

—¿Cuál es la profesión á que se dedica?

—A ninguna.

—¿De qué vive V.?

—Mis padres me legaron una fortuna que me produce sesenta mil francos de renta.

—Según de público se dice, era V. el amante de la señora Vivian. ¿Es esto verdad?

—Es cierto. Fuí su amante hasta hace poco tiempo.

—¿De qué época data la ruptura de las relaciones que sostenían Vds.?

—Hace tres meses concluyeron.

—¿Por qué?

—Porque... porque no la amaba ya....

—Es una razón. Dejémosla por ahora.

Luego la tomaremos en cuenta. Por el momento, quiero también aplazar el que me explique las respuestas que dió V. á varias preguntas que le dirigió el Comisario encargado por mí de su detención. Voy á limitarme á ampliar declaraciones de otros testigos. Según aseguran varios, entre V. y su querida no reinaba la paz: con frecuencia tenían Vds. reyertas más ó menos violentas.

—Es muy lógico. Entre amantes no se

llega á la total ruptura sin cuestiones previas.

—En alguna ocasión mediaron amenazas por parte de los dos. Afirman que un día Laura de Vivian le amenazó á V. con estas palabras: «Te juro que he de vengarme.»

—También es posible que sea cierto, aunque yo no lo recuerde. Las mujeres, cuando se enfadan, acostumbran perder su dominio sobre la lengua.

—Pero añaden los que afirman esto que V. no niega, que por su parte no era más calmoso que su contrincante. V. asimismo usó de amenazas cuando le respondió: «Pues ten cuidado, porque también yo sé vengarme....» Estas palabras son graves. Pueden significar mucho, y necesito que me las explique.

—No tienen más valor que las pronunciadas cuando no se tiene tranquilo el ánimo y se habla por hablar. Francamente, confieso que si eso dije, lo olvidé luego que la cólera dejó de dominarme.

—Parece que eso no es cierto. Ahora recuerda V. que habló de venganza....

—Señor Juez....

— ¿De qué venganza quiso V. hablar?

— ¡Pero si no lo sé!... Repito que tales frases no encerraban ni un ápice de razonamiento. En todo caso, no podían significar más que una amenaza de caballero. La de abandonar á mi querida sin más ambages, privándola de una compensación prometida de buena fe, como persistiera en disgustarme.

— ¿Cuál era la promesa hecha de buena fe?

— La de entregarle cincuenta mil francos para que viviese cómodamente mientras no pudiera volver al teatro con una buena contrata, que era su propósito.

— ¿Y le dió V. ese dinero?

— Sí, señor. Hace tres días, en billetes de Banco.

— ¿Fué alguien testigo de la entrega de ese dinero?

— No. Estábamos solos en el salón.

— ¿Lo guardó á presencia de V.?

— Sí, señor. En el cajón de un mueblecillo de estilo Luís XVI.

— Fué una imprudencia.

— Así lo creí, y le aconsejé que lo guardara en su alcoba, dentro de su ar-

mario de luna. Pero me replicó que si cerraba con llave este mueble, siempre abierto por costumbre, infundiría sospechas, mientras que en el otro, siempre cerrado, nada hacía suponer que contenía algo de más valor que lo que de ordinario contenía.

— ¿Pudo alguien enterarse de que el *bureau* guardaba una suma tan considerable?

— Lo ignoro, señor Juez.

— ¿Cree V. que Laura Vivian hizo esta confidencia á un amigo?

— No tenía amigos íntimos, y, por consiguiente, no sé que recibiera á nadie.

— ¿No se franqueó ni con su doncella?

— Tampoco lo creo. Era una mujer bien educada, quizás un poco altiva, y dudo que tomase por confidente á su criada. Si Aurelia supo que su ama había recibido cincuenta mil francos, debió ser porque sorprendiera casualmente el secreto.

— ¿Eso opina V.?

— Todo puede admitirse. V. mismo admite que yo soy un miserable asesino.... — dijo Pedro, cansado de aquella nube de preguntas que le herían en el amor propio.

El Juez no hizo caso de este arranque del acusado, y prosiguió impasible:

—¿De modo que afirma V. que hace tres días entregó á la señora Vivian cincuenta mil francos en billetes? Si esto pudiera probarse, le serviría mucho para demostrar su inocencia. Ese dinero, ¿lo tenía V. en depósito en alguna casa de comercio, en la de algún agente de cambio, ó en poder de algún hombre de negocios?

—No, señor. Esa suma estaba desde hacia mucho tiempo en mi casa, guardada en la caja de hierro que tengo en mi alcoba.

—¡Es extraño! ¿Cómo V., persona prudente, guardaba en su casa una pequeña fortuna, siendo así que hoy todo el mundo tiene su dinero en casas de comercio, por ser esto más seguro, y es costumbre pagar con talones al portador hasta las cuentas, en cuanto son un poco crecidas?

—Alguna vez me ocurre tallar al *baccarat* en el Casino, y como para esto no sirven los talones contra la caja de una casa de comercio, necesito dinero contante para cambiarlo por las fichas si gano, ó pagar dentro de las veinticuatro horas primeras si pierdo.

—Habla V. del Casino donde juega, y donde, por consiguiente, suele ir con frecuencia (dijo el Juez con aire de indiferencia). ¿Es acaso el Mirlitón, en el cual pasó V. la noche de ayer?

—No, señor. No estuve anoche en el Círculo.

—¡Cómo que no! Se lo dijo no ha mucho....

—¿Á quién?

—Al Jefe de policía que le ha ido á buscar.

—¡Ah! Sí. Ahora recuerdo. Lo dije maquinalmente, en contestación á una pregunta que juzgué sin importancia. No imaginé que, hablando conmigo el Comisario, llevara el propósito de someterme á un interrogatorio. Pero ahora que estoy delante de un Juez de instrucción, varían las circunstancias; debo decir la verdad sin alterarla nada, y por eso rectifico: anoche no estuve en el Círculo.

—¿Dice V. eso por amor á la verdad, ó porque reconoce que sería muy fácil probar que hace quince días no va V. á ese Casino?

—Puede V. pensar lo que sea más de

su gusto, en la seguridad de que me tiene sin cuidado,—replicó Pedro Morlain con acento desdeñoso.

El magistrado juzgó que no debía darse por entendido, y se contentó con decir:

—Bien. Quedamos en que no estuvo V. en el Casino. Pero es indudable que en otro sitio pasó la noche. Dígame V. qué sitio es ese y qué hacía en él.

Morlain nada contestó. El Juez aguardó un momento, y al ver que no obtenía respuesta, añadió:

—¿No ha oído V. mi pregunta?

—Sí, señor.

—Entonces....

—Fuí á comer á casa de Bignon, que vive en la Avenida de la Ópera,—repuso Pedro con voz insegura.

—¿Solo?

—Sí, señor; solo.

—¿Puede probarse?

—Sin duda. El dueño y los mozos del *restaurant* me conocen todos.

—Y después, ¿qué hizo V.?

—Pasear por los Boulevards.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las doce.

—¡Mucho paseo fué en una noche tan desagradable como la pasada!....

—También me entretuve hora y media, poco más ó menos, en el teatro.

—¿En cuál?

—En Variétés.

—Entonces se probará fácilmente la coartada. Allá le habrá visto á V. mucha gente.

—Puede ser. Pero, ¿por qué no pude pasar desapercibido?

—Porque es V. persona conocida entre los que forman esa sociedad que se llama, según ciertos periódicos, *todo Paris*, y que anoche, con motivo de estrenarse una obra, acudió en masa al teatro de Variétés. ¡No había V. pensado en este detalle!....

Dicho esto, el Juez se detuvo para observar el efecto de sus palabras, y al ver la manifiesta turbación de Morlain, añadió, cambiando de tono:

—Créame V. No se empeñe en extraviar la opinión de la justicia. No estaba V. en el teatro, como no estuvo en el Círculo, y de igual modo que se ha probado esto, se probará aquello....

Pedro de Morlain se levantó bruscamen-

te, cruzó los brazos, y exclamó con voz que revelaba una firme resolución:

—Acabemos, señor Juez. Es cierto. Ni estuve en el Casino, ni paseé por los boulevards, ni entré en el teatro de Variétés. He dicho todo eso... por decir algo... Pero no he de emplear más subterfugios inútiles para destruir el convencimiento que V. tiene sobre mi culpabilidad. ¡Cuando uno es inocente como yo, y no puede hablar para probarlo, se calla... y por eso debí comenzar!...

—¡Ah! ¿Y cómo es eso? ¿Por qué no puede V. hablar? ¡Nada más sencillo que decirme cómo invirtió V. el tiempo ayer desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche!...

—¡No lo haré!...

—¿Por qué causa?

—¡Porque... porque... ni puedo, ni debo... ni quiero!...

—Bien. No insisto. Solamente le haré notar que el crimen cometido en la persona de la que fué su querida de V., se perpetró entre diez y doce de la noche pasada. Todo lo demuestra...:

— Pero nada demuestra que yo vine

aquí á esas horas, ni que soy el autor del crimen que se me imputa. Yo no probaré dónde estuve, pero sí que no fué en este sitio.

—¿Cómo?

—¿Es aceptable la idea de que un hombre que frecuenta una casa por espacio de algunos años, entre en ella sin ser visto por alguno de los muchos que en ella le conocen?... ¡Me hubiesen reconocido! ¡La misma Aurelia me hubiera abierto la puerta!...

—Á las diez subió á su cuarto, y V. entró algo más tarde.

—¡Yo!...

—Un vecino lo afirma. Aquí está el extracto de la declaración, que le ha tomado el señor Comisario: «El señor Bertin, á quien creí deber preguntar si me vió cuando entré con el señor Morlain, me responde: Sí, y me pareció reconocer en él á la persona que entró en la casa cuando yo salía anoche á las diez y minutos. Tiene la misma estatura que aquélla, y el traje asemeja mucho al que llevaba el desconocido. El gabán es idéntico; sólo que ayer traía el cuello levantado.» Además (prosiguió el Juez, guardando la nota), coincide esta de-

claración con otro detalle. Cuando se puso V. el gabán para venir aquí, el cuello seguía como afirma el señor Bertin, y delante del Comisario lo dobló su ayuda de cámara. Todo esto son razones y pruebas contundentes.

Morlain nada respondió. Estaba realmente turbado.

— Señor Juez (exclamó por fin). Aquí hay un error. ¡Un funesto error!... Porque ayer no vine yo á esta casa.

— Eso dice V.; pero las apariencias todas lo niegan.

Quedaba sólo el postrer golpe para que la convicción fuera completa. El Juez lo había reservado para anonadar al presunto criminal.

— ¿Quiere V. enseñarme la mano izquierda?—le dijo de súbito.

Pedro se la tendió maquinalmente.

— ¡Tiene V. herido el dedo índice!...

— Es un simple arañazo.

— ¿Cuándo se produjo esa herida ó arañazo?

— Ayer noche.

— ¿Con qué?

— Podría responder que con el alfiler

de mi corbata; pero me he propuesto decir la verdad, y no me arrepiento.

— Pues bien; diga V. la verdad.

— No. Prefiero no decir nada.

El Juez intentó un último esfuerzo.

— Es V. muy inteligente, y debe reconocer la gravedad de su situación. Todos los indicios señalan en V. al asesino de la señora Vivian; y, en lugar de defenderse, en vez de confesar el delito ó probar su inocencia, se encierra V. en una reserva perjudicial porque irrita, y que nada bueno puede reportarle.

— Lo sé, y harto me duele; pero persisto y persistiré en mi silencio. No debo hablar... y no hablaré.

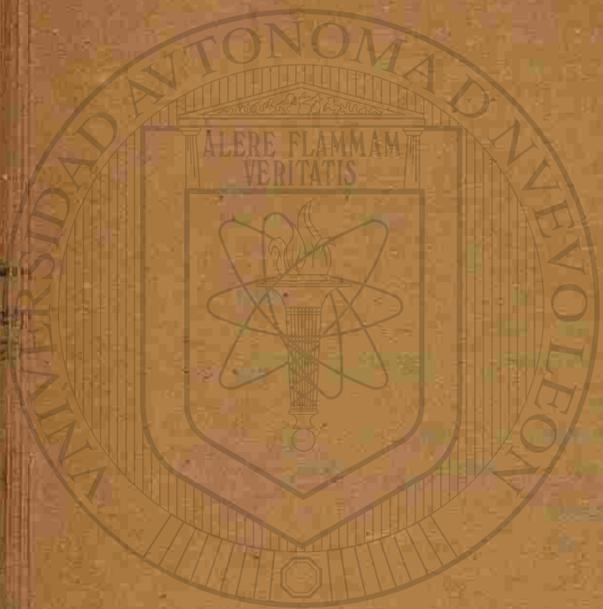
— ¿Es esa la última palabra?

— La última.

— Entonces no extrañaré V. que le mande prender.

— No. Muy al contrario. Lo espero hace ya unos cuantos minutos.

Poco después del mediodía, luego de verificarse un registro en el domicilio y á presencia de Morlain, fué éste conducido al Depósito.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

XI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

La doble noticia de la muerte de Laura y la prisión de Pedro de Morlain produjo honda sensación en el París elegante, en el círculo que forman las gentes *comm'il faut*, pobladoras de la avenida del *Bois de Boulogne* y la calle *Drout*.

Pocos había que personalmente ó de vista no conociesen á un buen mozo, asiduo de las carreras de caballos, de las primeras representaciones de los teatros y del *Círculo Mirlitón*, en el cual tallaba de vez en cuando al *baccarat* con banca abierta. Las muje-

res de primera línea, de cuyo trato era muy amante, le tenían por un caballero cumplidísimo, de excelente conversación y galantería exquisita. Las de vida alegre y aun airada celebraban su esplendidez. Sus colegas del Casino le consideraban como un buen muchacho, doblemente apreciable por su liberalidad y galantería. Todas y todos, en fin, hacían honor á sus cualidades apreciabilísimas.

En cuanto á Laura Vivian, su muerte hizo recordar los triunfos obtenidos en el Odeón tres años antes, cuando todo hacía creer en su porvenir envidiable, y de pronto se eclipsó de la escena para no reaparecer ya. Por aquel entonces hubo muchos curiosos de saber la razón de tan súbita retirada, y pronto se esparció el rumor de que la tráfuga había obedecido al deseo de un hombre amado — Pedro de Morlain — y amante á su vez hasta no poder tolerar que un público entusiasta aclamara á la actriz de moda sobre el palco escénico; que vivía con y para él, hasta el punto de haber roto todas sus antiguas relaciones; y seguramente todos la olvidaran sin el recuerdo evocado de vez en cuando por los periódicos,

res de primera línea, de cuyo trato era muy amante, le tenían por un caballero cumplidísimo, de excelente conversación y galantería exquisita. Las de vida alegre y aun airada celebraban su esplendidez. Sus colegas del Casino le consideraban como un buen muchacho, doblemente apreciable por su liberalidad y galantería. Todas y todos, en fin, hacían honor á sus cualidades apreciabilísimas.

En cuanto á Laura Vivian, su muerte hizo recordar los triunfos obtenidos en el Odeón tres años antes, cuando todo hacía creer en su porvenir envidiable, y de pronto se eclipsó de la escena para no reaparecer ya. Por aquel entonces hubo muchos curiosos de saber la razón de tan súbita retirada, y pronto se esparció el rumor de que la tráfuga había obedecido al deseo de un hombre amado — Pedro de Morlain — y amante á su vez hasta no poder tolerar que un público entusiasta aclamara á la actriz de moda sobre el palco escénico; que vivía con y para él, hasta el punto de haber roto todas sus antiguas relaciones; y seguramente todos la olvidaran sin el recuerdo evocado de vez en cuando por los periódicos,

res de primera línea, de cuyo trato era muy amante, le tenían por un caballero cumplidísimo, de excelente conversación y galantería exquisita. Las de vida alegre y aun airada celebraban su esplendidez. Sus colegas del Casino le consideraban como un buen muchacho, doblemente apreciable por su liberalidad y galantería. Todas y todos, en fin, hacían honor á sus cualidades apreciabilísimas.

En cuanto á Laura Vivian, su muerte hizo recordar los triunfos obtenidos en el Odeón tres años antes, cuando todo hacía creer en su porvenir envidiable, y de pronto se eclipsó de la escena para no reaparecer ya. Por aquel entonces hubo muchos curiosos de saber la razón de tan súbita retirada, y pronto se esparció el rumor de que la tráfuga había obedecido al deseo de un hombre amado — Pedro de Morlain — y amante á su vez hasta no poder tolerar que un público entusiasta aclamara á la actriz de moda sobre el palco escénico; que vivía con y para él, hasta el punto de haber roto todas sus antiguas relaciones; y seguramente todos la olvidaran sin el recuerdo evocado de vez en cuando por los periódicos,

res de primera línea, de cuyo trato era muy amante, le tenían por un caballero cumplidísimo, de excelente conversación y galantería exquisita. Las de vida alegre y aun airada celebraban su esplendidez. Sus colegas del Casino le consideraban como un buen muchacho, doblemente apreciable por su liberalidad y galantería. Todas y todos, en fin, hacían honor á sus cualidades apreciabilísimas.

En cuanto á Laura Vivian, su muerte hizo recordar los triunfos obtenidos en el Odeón tres años antes, cuando todo hacía creer en su porvenir envidiable, y de pronto se eclipsó de la escena para no reaparecer ya. Por aquel entonces hubo muchos curiosos de saber la razón de tan súbita retirada, y pronto se esparció el rumor de que la tráfuga había obedecido al deseo de un hombre amado — Pedro de Morlain — y amante á su vez hasta no poder tolerar que un público entusiasta aclamara á la actriz de moda sobre el palco escénico; que vivía con y para él, hasta el punto de haber roto todas sus antiguas relaciones; y seguramente todos la olvidaran sin el recuerdo evocado de vez en cuando por los periódicos,

trado que dejó la carrera hacía poco tiempo para vivir de sus rentas, sin más ocupación que divertirse). Poco á poco, señores. Puede muy bien tratarse de un homicidio, y no de un asesinato, en cuyo caso no hay error por parte del Juez. ¿Quién nos dice que, de resultas de una escena violenta, una de esas escenas tan frecuentes entre amantes, no resultó una ceguera de nuestro amigo, y de esto la muerte de su querida? Para que fuera asesino, necesitaba premeditar el homicidio.... así lo determina el art. 296 del Código penal.

—Cuestión de palabras....

—Y de pena. Vea V. si hay diferencia entre el patíbulo y los trabajos forzados á perpetuidad ó la reclusión temporal, y establezca otra igual entre asesinato y homicidio.

—¿Considera V., pues, posible que Morlain haya cometido un asesinato?

—Creo que debe haber grandes presunciones en contra suya, cuando el Juez dictó tan pronto el auto de encarcelamiento.

—Pues yo difiero del juicio que V. forma de Morlain, porque le conozco bien, y sé que Laura no era para él objeto de una

pasión tan grande, que fuera capaz de cegarle hasta la locura. Podría ser que estuviera cansado ya de ella, y en tal caso, entiendo que la hubiese abandonado, y nada más. ¡Es tan fácil hacerlo!....

—¡Fácil!.... ¡Qué pronto se dice eso.... y qué mal se hace! (exclamó un pintor con acento de convicción.) No se desembaraza uno así tan fácilmente como parece de una mujer que se empeña en no ser abandonada. Y si no, ahí está X.... Cuando quiso romper con... después de tres ó cuatro meses de amores, todos sabemos los apuros que pasó hasta lograrlo, y cómo lo consiguió. Recibiendo un par de balazos en la espalda: ¡poca cosa que digamos!.... Morlain puede que se haya visto en igual caso, y, más prudente ó menos confiado, tomó la delantera....

—¡Qué disparate! ¡En esos lances, se huye, pero no se mata!....

—¡Oh! Tratándose sólo de morir... no diré que los pies no sean preferibles á las manos. Pero, ¿y el vitriolo? V. no cuenta con ese producto químico que corroe la piel, destruye las narices, abrasa los ojos y le deja á uno la cara llena de costurones,

después de hacer sufrir horriblemente. Las mujeres lo han tomado de moda... y ¡cuidado con ellas! La que más y la que menos, tiene su correspondiente frasco en el tocador, como si fuera de agua de Lubin, y en un segundo... ¡pif!.... ¡paf!.... cáatate hecho un mamarracho.

— De modo que V. opina que Morlain, por miedo al vitriolo....

— Yo no opino nada. Nos dicen que ha matado á su querida, pero no nos cuentan el por qué; y yo encuentro varios excelentes motivos para disculparle.

— ¿Y los celos? ¿Qué me dicen Vds. de eso?— objetó otro de aquellos desocupados.

— ¡Los celos! Hombre, calle V. por Dios. ¡Morlain celoso! V. no le conoce. Es de piedra el tal del hombre. ¿No le ha visto V. jugar? Ni que pierda ni que gane, está frío, impassible como una estatua.

— Y sobre todo, señores (interrumpió el barón de Z....): ¿será realmente culpable? ¿Está confeso?

— No; no lo es. Estoy seguro, — afirmó entrando en el gabinete un joven pálido, poeta y periodista, muy querido entre sus amigos.

— ¿Cómo lo sabe V.? — preguntaron varios.

— Vengo de la redacción, y uno de nuestros noticieros nos trajo detalles preciosos sobre el asunto.

— Cuéntenos V....

— Morlain afirma no haber estado desde hace tres días en casa de Laura; pero desgraciadamente otros testigos aseguran haberle visto entrar y salir.

— Pueden engañarse.

— Y se engañan sin duda.

— Entonces (dijo Z....), que pruebe la coartada, diciendo dónde estaba y lo que hacía á la hora en que ocurrió el crimen. Si de mí se tratara, fácil me sería demostrar el error de la acusación, probando que de diez á doce de la noche estaba en casa de....

— *De ella....* Ya lo sabemos. No tienes necesidad de continuar. Pero si en vez de estar en casa de *esa* (la que todos conocemos), hubieras pasado la noche en la de una señora de la buena sociedad á la cual pudieras perder con tus declaraciones.... supongo que no la nombrarías.

— ¡Ah, querido! Si no tenía más reme-

dio que hacerlo para evitar que me encerraran.... Hazte cargo de la gravedad del caso. Pasar el resto de mi vida allá en Nueva Caledonia; trabajar la tierra con estas manos que me cuido con tanto esmero, y aguantar aquel sol abrasador, comiendo á todas horas judías y patatas, es un poco fuerte.... No hay mujer que lo merezca.

— Es cuestión de opiniones. Yo, por mí, te aseguro que, á pesar de esa pavorosa perspectiva, no soltaria una frase que pudiese comprometer á una señora que me había honrado con su confianza al entregarme su honra. Esperaría á que ella hablase, y con su declaración probará mi inocencia.

— ¿Y si no hablaba y te dejaba en las astas del toro?

— Sería una miserable....

— ¡Oh! Según y cómo. Hay circunstancias en las cuales....

— Señores, que nos apartamos del asunto de la conversación. Están Vds. haciendo una novela....

— No lo creo yo así (interrumpió el conde de N., socio respetabilísimo y de todos respetado). Casi, casi, me atrevería á

sostener que no anda muy descaminado el que suponga que una mujer del gran mundo entretuvo ayer á Morlain.... Tengo mis sospechas, y.... si Vds. refrescan un poco la memoria, convendrán conmigo en que su conducta, de algún tiempo á esta parte, era muy extraña. Huía de nuestra sociedad, nos tenía abandonados. Hace pocos días le ví en la calle de.... (el nombre de la calle poco importa), y como no pudo rehuir encontrarme, me saludó. Pero apenas contestaba á mis preguntas; una broma insignificante le hizo ruborizarse y balbucear excusas inútiles.... Yo le observé esta última temporada, porque le quiero, y me interesaba saber la razón de su cambio de carácter. Parecía vivir fuera de nuestro planeta. Estaba como encantado; como los enamorados que viven en el quinto cielo.

— Entonces no es homicida. Un hombre feliz no mata á nadie.

— Pero, hombre, ¿qué empeño en hablar de si la mató ó no? Para mí es incuestionable esto. Estoy cierto, certísimo, de que ayer estaba junto á una mujer cuyo nombre callo porque no debo pronunciarlo (mucho más cuando sólo tengo presunciones

en que fundarme), y, por consiguiente, no pudo matar á la otra. Ahora, lo que sucede es que, como hombre de entereza, y muy exagerado en cuestiones de honor, antes se dejará hacer trizas que soltar una palabra que pueda comprometer á... á la que yo me figuro.

—Entonces, ¿dónde está el asesino? Porque es indudable que alguien mató á la pobre Laura....

—Ya lo encontrará la policía. Pierda V. cuidado.

—Perdone V., amigo mío (rectificó el magistrado). Eso sí que no. Como desde el principio no se toma la pista verdadera de un criminal.... mal negocio.

Dieron las siete. El *maitre d'hotel* apareció en la puerta, y dijo:

—Cuando los señores gusten. La sopa está servida.

¡Y la conversación dió fin al oír los sostenedores de ella las palabras sacramentales del *maitre d'hotel*!....

XII.

Todos los socios que acostumbraban comer en el Casino se reunieron en el comedor. Los que preferían el *restaurant* ó la propia casa, abandonaron el Círculo, y entre todos éstos, uno solo llevaba impresos en el alma los menores detalles sobre el asunto que ocupaba la curiosidad del París novelero. No había intervenido en las discusiones suscitadas por el asunto Morlain. Se había limitado á escuchar, á recoger con avidez, con ansia, las opiniones de todos, y al abandonar el Mirlitón, las revol-

vía en la memoria y las clasificaba con toda la tranquilidad posible, para formar un criterio exacto.

Andaba de prisa en dirección al boulevard Maiesherbes, distraído, absorto en sus pensamientos. Al atravesar la plaza del teatro de la Ópera, cruzó por delante de él la elegante berlina de una de las *horizontales* más de moda, que no pudo evitar un movimiento de sorpresa al verle. Se asomó á la ventanilla, le contempló un instante, y exclamó, dirigiéndose á una amiga que la acompañaba:

—¡Qué hombre tan hermoso! Debía prohibirse á los hombres que fueran tan guapos. Este es capaz de avergonzarnos á cualquiera de nosotras.

Y no exageraba. Jorge Fontaine era efectivamente un hombre digno de llamar la atención en cualquier parte, si á su belleza personal se añade su talento de pintor ya célebre, á pesar de tener sólo treinta años.

Era alto, pero sin exceso; su cabeza hermosa estaba sostenida por un cuello grueso pero esbelto, y se ostentaba con elegancia sobre los hombros anchos y bien

delineados y el pecho saliente y robusto como el de un atleta. Su ancha frente, su cabello negro, espeso y cortado casi al rape, su nariz griega cuyas alas desenvueltas daban al semblante una franca y noble expresión, su bigote del color del pelo, fino y poblado, pero dejando ver la boca fresca y una dentadura blanquísima, formaban un conjunto verdaderamente admirable por su hermosura varonil, sin una dureza, sin una imperfección, pero sin un detalle afeminado tampoco. Añádase á esto unos ojos azules muy oscuros, de dulce mirar, tanto más bellos cuanto les embellecía el contraste con el color oscuro de los cabellos, el bigote y las cejas; un todo admirablemente modelado: los pies pequeños, las manos largas y delicadas y su traje oscuro, sin pretensiones de elegancia, pero dentro de lo más moderno, y se tendrá perfecta idea de la figura arrogante de Jorge Fontaine. Su presencia representaba un triunfo seguro cuando se exhibía delante de las personas que rinden culto á la forma, y era bien justo.

Pero al decir *triunfo* nos referimos sólo al ya citado; conquistar no sabía; *conquis-*

tas, nunca las hizo Jorge, porque no se ocupó de las que así se llaman en lenguaje de gente alegre y aficionada al bello sexo. Al menos nadie sabía de ninguna, y acaso él mismo las desconocía. Conquistó lauros de artista, ganó en buena lid nombre y dinero, y estas fueron sus únicas conquistas.

Pero ¡a costa de cuántas penalidades para ponerse en camino de lograrlas! Nació en la isla Bourbon; á los veinte años quedó huérfano, y siguiendo los consejos de un amigo, oficial de la armada, que, en las horas que el servicio le dejaba libres en sus largas navegaciones, se dedicaba á pintar, se trasladó á Francia para perfeccionarse en el dibujo, que ya conocía más que regularmente. Pero, en tanto que la gloria y el dinero soñados llegaban, era menester vivir, y sostener y educar á una hermana de doce años, que sólo á él le tenía en el mundo, y que al morir la que á los dos les dió la vida, le fué recomendada con el ardor de una madre que encarga á un hijo, fuerte de suyo y hombre ya, á una pobre niña, desvalida y sin más recurso que el del ajeno interés, una vez muerta

la que la Naturaleza constituyó en amante protectora.

Luchó mucho tiempo con la fe del que lleva en el alma el sentimiento del arte y la esperanza del artista. Por el día trabajaba sin cesar, y causaba la admiración de Gerome, en cuyo estudio logró ser admitido. Por las noches, á la luz de una lámpara, pintaba cuadritos pequeños, y con su importe, sin firmarlos, porque repugnaba á su amor propio el *oficio* tanto como le atraía el sacerdocio artístico, subvenía á las necesidades suyas y de su hermana.

Tres años duró aquella horrible campaña; aquella peregrinación en pos de un ideal, á través de un desierto erizado de espinas.

Al cabo el trabajo material abatió el organismo; el desaliento sumió al espíritu en amargo desconsuelo, y ya no bastaban á reanimarle las excitaciones del maestro y las de sus discípulos, que le aseguraban un bello porvenir, si aún perseveraba algún tiempo en sus estudios. ¡Sus estudios, que, eternizándose, le habían agotado las fuerzas! ¡Un bello porvenir! ¡Cuándo llegaría? ¡Después de muerto?

Un día el tratante que adquiría de ordinario los cuadros de Jorge, regateaba el precio infimo de uno. El artista estaba desesperado. Necesitaba dinero, y vendía su trabajo muy barato; pero aquella vez se le ofreció tan poco, que apenas alcanzaba para sacarle de su apuro. Iba ya á retirarse, cuando un desconocido entró en la tienda, se fijó en el cuadro, y dijo al joven pintor: —Caballero, esta obra me gusta, y si me la quiere V. ceder, le doy por ella veinticinco luises.

Era el doble de la cifra pedida por el artista, y regateada por el corredor.

Por eso el rostro del comerciante adquirió expresión de rabia, y el de Jorge se iluminó por la alegría al cerrar el trato.

—¿Y le convendría á V. pintar otro que hiciera juego con este? — (interrogó el comprador luego que pagó los quinientos francos.

—Con mucho gusto, señor. ¡Es mi oficio!

—Pues bien: entonces espero que me lo envíe, ó mejor, y para causarme mayor placer, que me lo lleve V. mismo á mi casa. Me llamo Pedro de Morlain, y vivo en la calle de Villiers, núm.***

Dos meses después, Jorge tenía su obra terminada, se dirigió con ella en busca del que se la encargara, quedó admirado al ver el recibimiento de que fué objeto por parte del dueño de la casa, y al manifestarle su gratitud, le oyó decir sonriendo:

— Es que ahora le conozco á V. Cometí la indiscreción de tomar informes sobre su conducta, y supe la opinión que merece como artista, como hombre y como hermano, ó, mejor aún, como padre de familia.

Y con una galantería exquisita, con suma delicadeza y creciente admiración de Jorge, prosiguió:

—Según mis noticias, sus estudios de V. están muy adelantados, pero no son todavía completos. Esto dice el señor Gerome, mi amigo, que le tiene á V. por uno de sus discípulos más aprovechados. Á su juicio, el trabajo que hace V. fuera del estudio para vivir y pagar el colegio de su hermanita le cansan, y, francamente, le envician, acostumbándole á trabajar de prisa y corriendo.

—Harto lo sé (repuso Jorge suspirando). Y no sabe V. cuánto me apena. Pero,

¿qué recurso me queda? Es preciso vivir....
Si yo pudiera....

—Puede V. Todo se arreglará, si acepta lo que yo le proponga.

—No comprendo de qué manera....

—Muy sencillo es. Eche á un lado, no la dignidad, el orgullo: no piense V. más que en el arte, en el porvenir suyo y el de su hermana, y deje á mi cuidado el presente hasta que Gerome le diga: «No tengo nada que enseñarle. Sabe V. lo bastante para dejar el estudio del maestro y trabajar por cuenta propia. Pinte V. un cuadro original, firmelo, y á la Exposición con él....»

XIII.

Tan inesperado ofrecimiento dejó perplejo á Jorge Fontaine, hasta el punto de impedirle discurrir por espacio de unos instantes. Por fin se repuso, razonó, y pudo murmurar:

—Lo que acaba V. de decirme le honra mucho; sería muy hermoso; pero....

—Subleva su orgullo de V.... Yo no soy su hermano, ni su pariente, ni su amigo, para ofrecerle una protección sin reservas, y esto le hiera. Entonces varió de rumbo. Me convierto en prestamista, y usurero

por ende. V. me hipoteca su porvenir, y cuando llegue la época oportuna, liquidaremos, y me pagará V. capital é intereses.

—No; no puedo consentirlo. Eso me lo dice V. para desvanecer mis zozobras... y decidirme á...

—Perfectamente. Aunque así fuera, debería V. aceptar. Tengo sesenta mil francos de renta, y los malgasto todos los años: ¡será V. capaz de impedirme hacer una buena acción que tranquilice mi conciencia cuando sea viejo y me remuerda por mi vida de joven? Me conforme con menos aún de lo dicho al comenzar nuestra conversación. No quiero la honra de ser el Mecenas de un gran artista: V. á nada quedará obligado; entre los dos vamos á proteger á un tercero; á su hermanita de V., á esa niña tan interesante. Yo no me casaré, porque me horroriza el matrimonio, y, por consiguiente, no tendré familia. Déjeme V. que sea el segundo padre de ese angelito; seámoslo á medias. Cuando me da por ser indiscreto, no me paro en barras. He tomado también informes en el colegio donde se educa; hablé ayer con la directora, y quedé encantado. Según me dijo, es una

mujercita, tan inteligente, tan juiciosa, tan trabajadora... ¡Y con una disposición para la música, que no hay más que pedir!... ¡Pero es el caso que necesita profesores especiales: un Marmontel, un Lecoupey, un Lavignac, una señora Massart!... Sabiendo esto, y dada su posición de V., ¿se cree con derecho para impedir que esa criatura adquiera vida propia, una personalidad que la permita seguir soltera si el matrimonio la repugna? Si se muriera V., ¿qué sería de ella? ¡Pobrecita! Vaya, primero por bien suyo, y luego por complacerme, acepte V. ¡No es justo desalentarme cuando quiero convertirme en hombre de provecho!... ¿Aún duda V.? Vamos á almorzar, para que tenga tiempo de decidirse, y después hablaremos.

Más de una mujer hubiera querido sentarse entre aquellos dos hombres, rubio el uno, moreno el otro, jóvenes y distinguidos los dos; almorzar espléndidamente con ellos en aquel comedor elegantísimo, con muebles de roble tallado y metal blanco, y al concluir, á los postres, escoger uno de los dos comensales, ¡y aun hubiera transigido, sin temor de salir perdiendo, con en-

cargar á la suerte de hacer la elección entre el dueño de la casa ó su huésped!....

Al terminar el almuerzo, Fontaine, dominado por su compañero, cediendo ante la razón, se dió por vencido. Subieron al elegante carruaje de Pedro, fumaron, hablaron, se unieron por imperiosa simpatía, mientras atravesaban una porción bastante grande de París, y por fin dieron en el colegio donde estaba Lucía Fontaine. Esta era una criatura encantadora; tenía quince años, pero representaba más, como acontece frecuentemente con todas las criollas; se parecía mucho á su hermano, y tenía ya esa gracia de las mujeres nacidas bajo el sol de los trópicos, revelada en el hablar, en el gesto, en las miradas, en la impresionabilidad del alma, que las hace seductoras hasta lo inconcebible.

Poco necesitó para encantar á Pedro de Morlain. Sirvió, por decirlo así, para unir á los dos jóvenes más y más; fué el lazo que ató dos voluntades para crear una amistad imperecedera, haciéndoles que resultaran entre sí obligados por mutuas concesiones.

Pero si los servicios hechos á Jorge por su amigo Pedro fueron de capital impor-

tancia, no tuvieron que prolongarse mucho. En cuanto el joven artista pudo consagrarse al arte, porque ya no le preocupó el presente, y pensaba sólo en el mañana, adelantó rápidamente, tanto que en dos años terminó sus estudios. Entonces se aisló en su taller; concibió, ejecutó y expuso una obra, y del primer impulso llegó á la meta; obtuvo el primer premio en la exposición de 187...., y con esto el nombre y la base del bienestar.

El valor real de aquel cuadro, cuya corrección encantaba, clásico en la forma, pero con el sello indeleble del genio, que le hacía salirse de los límites de lo común, para formar ese estilo personal tan del agrado de los modernos, y además el éxito que supieron reforzar muy bien entre Pedro de Morlain y sus colegas del Mirlitón, pusieron á flote al autor. Los aficionados se disputaron su primera obra; por doquier recibió encargos para pintar otras; prudente, en vez de dormirse sobre los laureles, supo rechazar los halagos del orgullo; lejos de apartarlo del trabajo el triunfo, le aficionó más á él; y sus producciones nuevas fueron codiciadas, hasta colocarle desde

luego en la línea de los maestros. Claro es que esto equivalía á la fortuna. El problema del presente y el del porvenir estaban resueltos....

Entre tanto, Lucía iba creciendo en hermosura y talento, y se formaba en condiciones excepcionalísimas. Dejó el colegio para ingresar en el Conservatorio, y el primer año obtuvo el premio de piano y solfeo. Á serle preciso, hubiera podido ganarse la vida ya. Pero su hermano prefería que se dedicara al manejo de su casa, de un hotelito con su magnífico estudio, que habitaban en la calle de Prony.

Eran dos hermanos modelo. Se querían con frenesí; vivían el uno para el otro, sin dar participación en su cariño más que á Pedro de Morlain, «mi hermano rubio,» que así le llamaba Lucía para distinguirlo del verdadero, de Jorge, que era moreno.

¡Y sobre éste querido hermano, sobre aquel hombre para quien Fontaine era todo cariño y todo gratitud, pesaba una acusación de asesinato!....

Al salir del museo del Louvre, adonde fué en busca de inspiración, supo la noticia, porque en la calle de Rivoli oyó decir

á los vendedores de periódicos: «El crimen de la calle Blanche. Asesinato de una mujer por su amante. Detención del asesino. Detalles curiosos. Lean Vds. la noticia del día!»

El camino hasta su casa era largo; por curiosidad y por entretenerse compró la hoja volante que le ofrecían...., y con inmenso dolor vió escrito en ella el nombre de su amigo.

Entonces corrió á la plaza de Vendome para advertir á sus colegas de Club que uno de ellos era víctima de una asquerosa calumnia, y de acuerdo con los amigos, ver de qué modo se cohibía el escándalo. Pero, desgraciadamente, en el Casino se convenció de que era un hecho, si no el asesinato, la prisión, y de que la noticia había corrido todo París, no sólo por medio de la hoja volante, sino por los periódicos de la tarde.

Asistió á la discusión que hemos reproducido arriba; obtuvo nuevos detalles, y salió del Círculo lleno de pena, doblemente honda por la que iba á causarle á Lucía, que sin duda aún lo ignoraba todo.

Precisamente aquel día Morlain debía comer con los dos hermanos. Era el fijado

por los tres para pasar en familia la velada todas las semanas. Pedro, que estaba solo en el mundo, gustaba mucho de aquellas dulces expansiones, y era seguro que, para faltar alguna vez al banquete de aquel hogar en que tenía tanta parte de amor, precisaba una causa muy grave.

— ¡Hoy nos falta Pedro! (murmuró Jorge al entrar en su casa.) ¡Y por qué fatal error, Dios mío!....

XIV.

Lucía Fontaine esperaba sin duda la vuelta de su hermano, porque apenas tocó la campanilla se le reunió en el vestíbulo.

— ¿Vienes solo? (le dijo abrazándole.)

Creía que os habíais dado cita en el Circulo, y que llegaríais juntos Pedro y tú.

Jorge se desembarazó de su abrigo, y permaneció en silencio.

— ¿Es que me he equivocado de día? (prosiguió la joven.) ¿No le corresponde á nuestro amigo comer hoy con nosotros?

— Sí, pero no puede venir.

En esto llegaron al saloncillo del piso bajo.

— ¿Qué dices? ¿Qué ha sucedido? Es la primera vez que falta á nuestro modesto convite. Pero ¿estás triste? ¿Qué tienes? (prosiguió, advirtiendo el abatimiento de su hermano): dime: ¿qué pasa? Habla, habla por favor, — prosiguió, juntando las manos en actitud suplicante.

— Pues bien; sí, algo extraordinario ha sucedido en efecto. Un accidente.... imprevisto.... increíble. Pero todo se arreglará; tranquilízate.

— ¿Qué es ello? Habla pronto.

— Acusan á Pedro de una cosa absurda, monstruosa....

— ¿De qué pueden acusarle?

— De haberse dejado arrebatarse por la cólera, y, fuera de sí, haber herido....

— ¿Á quién? ¿Á un imprudente que le insultó?

— Sí, ella debió amenazarle.

— ¡Ella! ¿Luego se trata de una mujer?

— Sí, de una mujer.

— ¡Oh! Eso es imposible; pero ¿de qué mujer se trata?

Jorge Fontaine no contestó.

— ¿Por qué no me contestas? (prosiguió su hermana). ¿Tienes miedo de explicarte delante de mí? Comprende que ya no soy una niña. Tengo más de veinte años, y la educación que me diste me hace aún más vieja. Te propusiste que si faltabas tú supiera valerme por mí misma, y lo lograste. Todo lo puedo oír sin riesgo ninguno. Dime, pues: ¿quién es esa mujer?

— Una antigua actriz llamada Laura de Vivian, que Pedro conocía desde hace algunos años, y de la cual quería separarse.

— ¿Y lo acusan de haberla asesinado? ¡Oh! Eso no puede ser. Cuéntamelo todo. Por lo que más quieras, te ruego que no me ocultes nada.

Jorge, acostumbrado á complacerla en todo, y comprendiendo que de todas maneras se enteraría de lo ocurrido, obedeció. Repitió palabra por palabra la conversación de los socios del Casino, añadiendo todos los antecedentes que á su vez había podido adquirir.

Lucía, emocionada, llena de interés, le oía sin perder un detalle. Nadie al verles hubiera podido dudar del estrecho parentesco que los unía. Se parecían extraordi-

nariamente. Como su hermano, era la joven alta, hermosa, robusta, con el talle flexible y ondulante. Tenía la nariz griega, los ojos rasgados, de dulce mirar, y adornados por largas pestañas y bien dibujadas cejas. Sus cabellos eran negros y abundantes, sus labios rojos y frescos, y su tez pálida, pero con esa palidez natural que de ninguna manera puede ser producto de la falta de salud. La figura de Lucía era, lo mismo que la de su hermano, digna de llamar la atención, y estaba embellecida por la gracia femenina y por el encanto de la primera juventud. Era más pura, más correcta, más dulce.

— ¡Pedro no puede ser culpable! ¡No lo creo, no puedo creerlo! — exclamó luego que su hermano hubo terminado el relato.

— Como tú opino, y como tú estoy cierto de no equivocarme. Pero, ¿en qué te fundas para no poder admitir su culpabilidad?

— No lo sé; una voz secreta me dice que es inocente: además, con los antecedentes de esa mujer, no hay posibilidad de que Pedro se cegase hasta el punto de matarla. Un hombre de corazón como nuestro amigo, es

incapaz de cometer un crimen semejante si la pasión, los celos, por ejemplo, no le impulsan á ello, y Pedro no podía estar celoso.... porque no la amaba.

Jorge escuchaba admirado esta manera de razonar, y pensaba que, en efecto, su hermana había aprovechado la educación viril que le dió. La joven, aquella niña, discurría como una mujer. Merced á la observación, reflexionaba, é intuitivamente conocía ya la vida. Á él le debía esta especie de ciencia instintiva; quizás también influía en esto la viveza de su inteligencia. El sol de los trópicos, no solamente vigoriza y desarrolla las plantas; también anima los espíritus, los corazones, y, como en aquéllas, determina una precocidad pasmosa.

Sin embargo de reconocer que el razonamiento de su hermana era muy lógico, Jorge respondió sencillamente:

— Pero los celos no son el único móvil capaz de producir una locura pasajera: una injusticia, un insulto, una amenaza....

— Es verdad; pero en tal caso al volver en sí un hombre honrado, espía su falta entregándose á la justicia, diciéndola: «En un momento de extravío he cometido un cri-

men: castigadme.» Ahí tienes cómo hubiera procedido nuestro amigo si fuera culpable de lo que se le imputa: esa hubiera sido su conducta, en vez de irse tranquilamente á su casa. Ciertamente no hubiera sido capaz de arrodillarse hipócritamente delante del cuerpo de su víctima para protestar de su inocencia.

— ¡Es verdad; tienes razón! — exclamó Jorge.

A su pesar, en medio de la zozobra que le producía ver preso á su amigo más querido, acaso por efecto de su imaginación, aunque pensaba que debía tratarse de un error, no pudo evitar que algunas dudas le asaltaran. Las últimas palabras de su hermana, ó, mejor dicho, su acento convencido, le persuadieron.

— Pero la justicia (prosiguió) no se contenta con razonamientos como los nuestros; para declarar inocente al que presume culpable, necesita pruebas concretas. La mejor de todas, la única quizás, la que ya le han exigido, es la coartada. Pero él se niega á decir dónde pasó la noche, y qué hizo á la hora en que debió cometerse el crimen.

— Esa prueba tú puedes proporcionarla, — exclamó Lucía con violencia.

— ¡Yo! ¿De qué manera? Anoche no vi á Pedro; no me separé de ti....

— Infórmate, investiga.

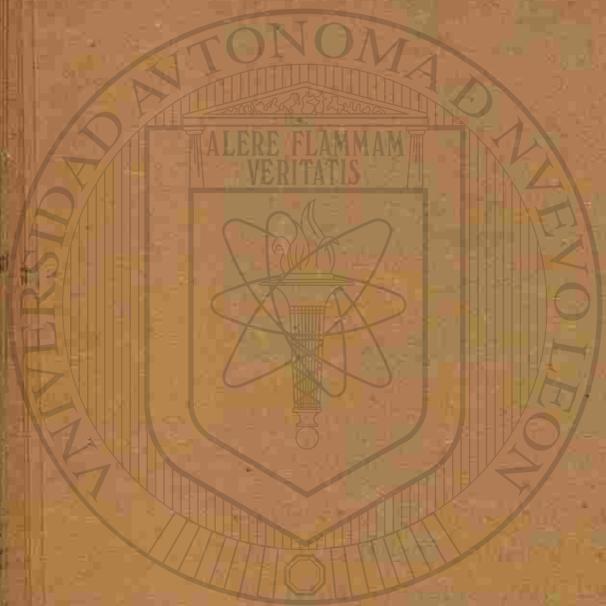
— Bien quisiera.... Pero cuando Pedro se niega á hablar, en el supuesto de que averigüe yo lo que él no quiere decir, ¿tengo el derecho de revelar su secreto?

— Se trata de su libertad, de su honra, tal vez de su vida. Acaso por un exceso de delicadeza guarde silencio. Nosotros no nos encontramos en igual caso.

— ¿Por delicadeza dices? ¿Crees?....

— Sí (repuso Lucía en voz baja); creo que ama á una mujer; que pasó la velada junto á ella, y todo lo sacrifica por no comprometerla..

Al pronunciar estas palabras, dos gruesas lágrimas, largo espacio contenidas, resbalaron por las mejillas de la joven.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

XV.

Este llanto no sorprendió á Jorge Fontaine ; no podía chocarle , justificado por el afecto fraternal que, como él, sentía por Morlain.

Además, duró muy poco , porque fué un momento de debilidad. Muy pronto se repuso, se enjugó los ojos, y levantándose de la butaca en donde estaba sentada, exclamó:

— Sí; no me equivoco. En la vida de Pedro hay un secreto, un misterio, un.... amor. Ahora que me fijo, recuerdo mil de-

talles.... Hace mucho tiempo que nuestro amigo andaba preocupado, distraído.... Yo atribuía este cambio á otras razones, pero me equivoqué. Cuando le teníamos entre nosotros, su pensamiento estaba lejos, acariciando á una mujer amada... Pero, ¿quién es ella? ¿He aquí lo que precisa saber para salvarle á su pesar, por medio de ella ó sin su concurso! ¿No tienes tú algún indicio? ¿Jamás te hizo alguna confidencia?

—No; replicó Jorge (pero como si un pensamiento le asaltara, rectificó, diciendo): es decir, hace tres meses, poco más ó menos.... Sí, para ella debía ser.

—¿El qué?

—Nada; no te lo puedo decir.

—¿Volvemos á empezar?.... Me figuré (exclamó Lucía con impaciencia) que habías renunciado á tratarme como á una niña.

—Son detalles inútiles....

—Ninguno lo es en estos momentos. El más insignificante en la apariencia puede ponernos sobre la pista de la verdad que buscamos. Jorge, yo te lo ruego; no me ocultes nada. Piensa que se trata de nuestro único amigo, de un hermano del alma,

de un hombre á quien debemos todo lo que somos.

—Pues bien: un día me dijo que acababa de alquilar un hotelito en uno de los barrios extremos, que deseaba amueblarlo, y temía dirigirse á su tapicero. Me pidió las señas del nuestro, y me rogó que le recomendase á él, dándole un nombre supuesto. No pude contenerme, y, curioso, le hice algunas preguntas; pero comprendí que era indiscreto, y desistí de mi propósito.

—¿Y bajo qué nombre le recomendaste?

—El caso es que no me acuerdo: le dí el primero que se me ocurrió; uno de esos nombres vulgarísimos, que á fuerza de oírlos por todas partes son los primeros que se nos vienen á las mientes.

—¿Cuál se te ocurre en este momento? Dilo en seguida, y sin reflexionar.

—Renaud.

—Pues bien: ese fué.

—Es posible.

—De todos modos, esto tiene poca importancia; el tapicero te lo dirá.

—¡Ah! ¿tú quieres?....

—Sin duda; lo primero que nos hace

falta saber es dónde está el hotel en cuestión.

—¿Para qué? Ahora estará vacío, porque, si no nos equivocamos, la que acudía á él.... ya no tiene motivo para frecuentarlo.

—¿Quién sabe? ¿No puede suceder que ignore la prisión de nuestro amigo Pedro?

—En todo París no se habla de otra cosa.

—¡Oh! ¡Todo París!.... Aunque así sea, al saber que ha sido preso, habrá pensado: «es un error; mañana estará en libertad.» é impulsada por la inquietud, ansiosa por saber de nuestro amigo, acudirá mañana á la casa cuyo camino conoce tan bien.

—¡Bueno! De todas maneras llegará, y al ver la casa desierta....

—Si precisamente lo que hace falta es que no lo esté.... Debe creer que Pedro está dentro, y al entrar encontrarse contigo.

—¡Conmigo!

—¡Pues está claro! Así puedes hablarle, y de esa suerte combináis la manera de salvar á Pedro. ¡Ah! Si yo estuviera en su lugar....

—¿Qué harías?

—Ya hubiese ido á ver al Juez de instruc-

ción: no consentiría que un inocente fuese acusado de un crimen tan horrendo.... ¡Ah, si yo pudiera!.... ¿Por qué dejar para mañana lo que podemos hacer hoy? Podías ir á ver al tapicero esta noche; pedirle las señas del hotel, y.... te las dará, es indudable.

—Pero no me proporcionará medio para entrar en una casa en donde él no tiene nada que ver....

—¿Quién sabe? Por de pronto, sepamos esa dirección. Luego.... ya veremos cómo nos arreglamos.... Aún no son más que las ocho, y tenemos de tiempo hasta las nueve.

—¿Hasta las nueve? ¿Por ventura crees?....

—Me has dicho que ayer pasaron la noche juntos....; quizás quedaran citados para hoy.... Acaso sus citas sean cotidianas,—concluyó Lucía en voz baja, dando un suspiro.

Estuvo unos instantes silenciosa; se pasó la mano por la frente como para desechiar un pensamiento desagradable, y prosiguió:

—Hace poco me dijiste que todo París tenía ya noticias de la prisión de Morlain.

¿Á qué llamas tú todo París? Á los asiduos

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

40 1625 MONTERREY, MEXICO

de los casinos, entre los cuales las noticias circulan con rapidez prodigiosa; á la gente, en fin, que por curiosidad ó por sus negocios compra los periódicos de la tarde. Esto no es todo París. En la mayoría de las casas, los sucesos extraordinarios no se saben hasta el día siguiente.... En la de esa mujer, quizá no conocen al señor de Morlain. ¿Por qué han de hablar de él? Si no fuera amigo nuestro, ¿hubieras tú venido á contarme un acontecimiento que no me interesaba? Hasta hubiera podido suceder que te hubieras quedado á comer en el Casino, y entonces ni por casualidad hubiera llegado á mis oídos un asunto que tanto nos importa. Finalmente: tengo el presentimiento de que esta noche irá esa mujer adonde acostumbra. Vamos en casa del tapicero. Anda, te acompaño.

—¿Pero pretendes?....

—Te esperaré en el coche mientras hablas con él; no quiero que me vea.

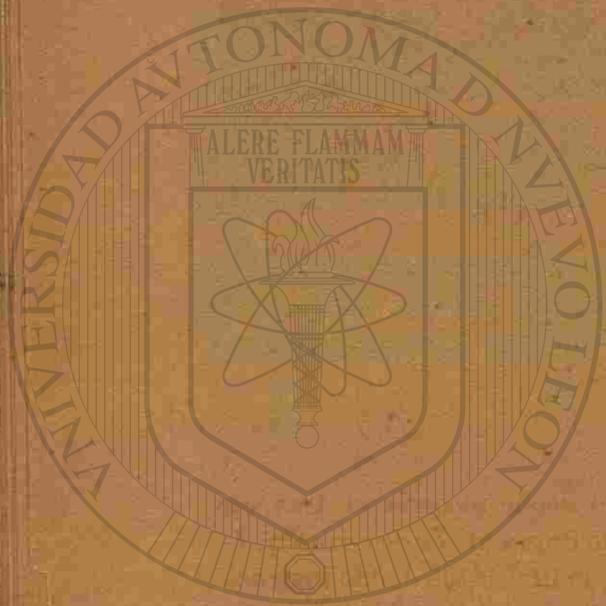
—Así y todo....

—Tampoco pretendo entrar en la casa si nos dan las señas. Harto sé que no es ese mi puesto. Pero entre tanto, hablaremos y resolveremos lo que convenga.

—¿Pero si no has comido aún!

—¿Y qué importa? ¿Por ventura nuestro pobre amigo comerá tranquilo en la prefectura? ¡Infeliz! ¡Cuánto debe sufrir! ¡Ser acusado de asesinato él, que es tan bueno, tan cariñoso, tan amante de ejercer el bien, y que lo ejerce tan discreta y noblemente!

Lucía llamó al criado para que fuese á buscar un coche de alquiler. Éste no se hizo esperar, y los dos hermanos partieron juntos.



XVI.

Mientras el coche recorría el trayecto desde la calle de Prony al *Faubourg Saint-Honoré*, Lucía Fontaine fué dando instrucciones á su hermano. Éste había adquirido la costumbre de dejarse guiar por ella, cuyo talento se le imponía, y satisfecho por esta sumisión á su compañera á quien había visto nacer, y de la cual nunca se había separado, la escuchaba atentamente.

Llegaron en casa del tapicero X.; el coche se detuvo, y Jorge entró solo en el elegante almacén.

El señor X. se apresuró á salir al encuentro de un cliente que compraba sin regatear y pagaba con generosidad de artista.

—¡Oh, señor Fontaine! ¿Á qué debo el honor de verle en esta casa?

—Vengo á ver si me puede V. sacar de un apuro, —repuso Jorge sonriendo.

—Si está en mi mano.... ¿De qué se trata?

—Uno de mis amigos que tuvo que marchar á Londres precipitadamente, me escribe pidiéndome un documento que dejó olvidado. Me pide que se lo mande sin perder un instante, y me indica el mueble donde está; pero es el caso que no me dice las señas de su hotel, creyendo que las sé, y se equivoca, porque si bien es verdad que le veo con mucha frecuencia, no lo es menos que ignoro el número de su casa. Me acordé que cuando la amuebló le recomendé á V. como hombre de gusto y de conciencia. Es uno que vino con una carta mía....

—¡Ah! Sí, el señor Renaud, ¿no es ese?

—Precisamente, Renaud, mi amigo Renaud. ¿Pero dónde diablos vive?

—Boulevard Pereire, á la derecha del

boulevard de Malesherbes y de la plaza Wagram.

—Precisamente; ¡ya decía yo!

—Me dió la dirección de su casa, y se me había olvidado. Es el hotel número....

—Cincuenta y cinco duplicado.

—Muchas gracias. No sabe V. del apuro que me saca, porque de otro modo no hubiera podido cumplir con mi amigo Renaud. Vaya, buenas noches.

—Pero, ¿cómo va V. á hacer para entrar en la casa?—dijo el tapicero, al ver que Jorge se disponía á marchar.

—Llamaré. Si los criados no me conocen, y no quieren dejarme entrar, les enseñaré la carta de su amo. Precisamente la llevo encima.

—¡Pues no ha tenido V. poca suerte con venir á buscarme!—dijo el industrial sonriendo.

—¿Por qué?

—Porque se hubiera V. dado un paseo inútilmente. Por las noches no hay ningún criado en el hotel. Todas las mañanas una criada sube á hacer la limpieza, y se marcha hasta el día siguiente. Como su amigo de V. viaja mucho, me rogó que me en-

cargase de pagar al casero, las contribuciones, á la Compañía del gas; todo, en fin: hago sus veces. Por eso estoy tan enterado.

—¡Toma! Por eso él me dice al concluir la carta: diríjase V. al señor.... no sé cuántos, porque el nombre es indescifrable. Era sin duda á V. á quien había de dirigirme. Vea V. cómo la suerte me ha favorecido...; pero es tarde, y el documento ha de salir en el correo de hoy. Si me hace V. el favor de decirme la manera de entrar en casa de mi amigo esta noche....

—Nada más fácil. Le daré á V. una llave que tengo yo para cuando el señor Renaud tiene que pedirme algún objeto desde fuera.

—¿Y será V. tan amable que me dé esa llave?....

—¡Pues no faltaba más! ¿No está V. autorizado?

—Sin duda. Lea V. la carta.

Y así diciendo, sacó una del bolsillo, la primera que le vino á la mano, seguro de que el tapicero no había de querer leerla.

Pocos momentos después recibió la llave deseada, y, disponiéndose á partir, saludó al industrial, diciéndole:

—Mañana se la traeré á V.

—Cuando V. quiera, señor Fontaine.

Jorge se reunió con su hermana, y mandó al cochero que los condujera á la calle de Prony.

—Todo se confirma (dijo Lucía, cuando Jorge le contó la conversación que había tenido con el tapicero): no ha lugar á dudas. Las precauciones tomadas por Pedro para ocultar su personalidad, todos esos misterios que le rodean, demuestran que se trata de una mujer del gran mundo, que tiene en mucho su reputación. Por lo tanto, persisto en mi idea. Es menester advertirla, hacerle conocer el peligro de nuestro amigo; quizás no lo ve ó no lo quiere ver. Por eso nos corresponde, mejor dicho, te corresponde á ti decirle: «V. no puede dejar hundirse bajo el peso de una acusación odiosa á un hombre amado y que la ama. Quiere sacrificarse. ¿Será V. capaz de consentirlo? Las declaraciones de V. es verdad que pueden comprometerla; pero, no haciéndolas, un inocente será deshonrado, y quizás perderá la vida.» Todo esto has de decirle, hermano mío. Y á menos que tenga el alma de piedra, acabarás por convencerla.

—¡Sí.... sí!....—murmuró Jorge, lleno de emoción y exaltado como su hermana.

Habían llegado á su casa, y el coche se detuvo.

—Si fuera yo contigo (dijo Lucía), esperaría en el carruaje, lejos de la puerta; no me vería nadie, y tendría noticias antes.

—No, eso no, Lucía. No puede ser.

—Bueno. Ve cómo soy razonable. Pero á tu vez prométeme que cuando vuelvas me darás cuenta de tus gestiones, sea la hora que fuere. Te esperaré, porque no podría dormir.

—Te lo prometo.

—Pues anda con Dios. Y date prisa, porque son cerca de las nueve.

Lucía entró en el hotel. Jorge mandó al cochero que le llevase al boulevard Malesherbes, esquina al boulevard Pereire. Allí despachó el carruaje, y se dirigió á pie hacia la casa indicada.

XVII.

Pedro Morlain había sabido escoger el lugar destinado para ocultar sus amores. En torno al hotel no había ni tiendas, ni casas de muchos vecinos que pudieran servir de puntos de observación y semilleros de chismes. Enfrente de la puerta principal, sólo estaba una línea de árboles, un poco más lejos el terraplen del camino de hierro, y á derecha é izquierda solares sin edificar.

No obstante, aquellos lugares no estaban desiertos; podía transitarse por ellos á cualquier hora, sin riesgo de ningún género.

Los separaban muy pocos metros de la plaza Wagram, atravesada en todos sentidos por tranvías, ómnibus y coches, que se dirigían hacia la puerta de Asnières, y, por lo tanto, la vigilancia de los guardias de la paz les alcanzaba perfectamente.

La habitación elegida por Pedro era pequeña y de modesta apariencia. Parecía la morada de algún matrimonio retirado del comercio, que hubiera escogido aquel barrio tranquilo para disfrutar en él los placeres de una vida sosegada, merced á sus economías. Á nadie podía ocurrírsele que detrás de aquellos muros existía un templo erigido al amor.

Mientras hacía estas reflexiones, Jorge Fontaine introdujo la llave en la cerradura de la puerta; penetró en el hotel, y volvió á cerrar en seguida, encontrándose en la más completa oscuridad. Era fumador, y llevaba siempre fósforos, como es consiguiente; encendió uno, y á su débil reflejo pudo ver en la antesala, sobre una mesa de encina esculpida, un candelabro de bronce con dos bujías. Todo estaba corriente para recibir á los enamorados; si por fuera el hotel era modesto, por dentro ofrecía los

encantos que prestan á las habitaciones modernas el lujo y el buen gusto. Las paredes estaban ocultas por antiguas tapicerías, lo mismo en el vestíbulo que en la escalera. Gruesa alfombra oriental roja y dorada cubría el suelo, y sus colores vivos contrastaban con el tono oscuro de los tapices murales.

Á primera vista se comprendía que la planta baja estaba deshabitada: los muebles, los adornos, las macetas encerradas dentro de grandes jarrones japoneses, todo parecía decir: «Este es el camino del santuario. Arriba está el altar.»

Jorge comenzó á subir, lleno de sorpresa, al sentir el dulce bienestar que le producía el tibio ambiente que le rodeaba. Un calorífero situado en los sótanos, y encendido sin duda todas las tardes por la mujer encargada de la limpieza, difundía su calor suave por doquier. ¡Así conservaban las vestales el fuego sagrado, nunca extinguido, en el templo de la diosa!....

En el piso principal, dos puertas abiertas daban acceso á la alcoba y al tocador. Una y otra habitación estaban *capitoneadas* hasta el techo de una tela de seda, co-

lor malva, con rameados oscuros. Las cortinas, el mueblaje todo, hacia juego con el adorno de las paredes, y sobre la chimenea dos candelabros y un reloj de estilo Luis XVI, cuya esfera sostenían varios amercillos en actitud de hacer un supremo esfuerzo que distendía los músculos de sus infantiles cuerpos, completaban el encantador conjunto que ofrecía aquella estancia, modelo de buen gusto. Sobre el lecho de madera blanca barnizada, imitando el de María Antonieta en Trianon, se veía *un cubre pies* de paño bordado; los almohadones, rodeados de puntillas, estaban dispuestos para recibir enamoradas cabezas; todo parecía esperar la llegada de los huéspedes de aquel nido de amores.

Después de lanzar una rápida ojeada sobre aquellos objetos que dispuso un tapicero, interpretando sin duda el ensueño de Morlain, Jorge Fontaine consultó su reloj; eran las nueve y cuarto. ¿Vendría la persona que esperaba?

Todas las probabilidades hacían suponer lo contrario. Las mujeres que viven en sociedad, difícilmente pueden disponer de dos días seguidos, y por prudencia escasean los

actos que pudieran infundir sospechas. Además, Jorge no opinaba como su hermana en punto á la prisión de su amigo Pedro. Lo más probable era que la desconocida estuviese al corriente de lo ocurrido, y en tal caso, ¿cómo había de ir á buscarle, sabiendo que no le encontraría?

Estaba preocupado, nervioso. En el caso de acudir la persona aquella, ¿cómo haría para explicar su presencia allí, él, completamente desconocido, y que de todas maneras resultaba indiscreto desde el momento en que penetró en el misterioso recinto donde ocultaba sus amores un amigo querido?

¿Cómo se presentaría á ella? Por sí mismo, á no habérselo aconsejado Lucía, jamás se hubiera decidido á dar un paso que le causaba repugnancia, no obstante el móvil honradísimo que le impulsó. Obediente al mandato de su hermana, se lanzó sin reflexionar, y después de cometerla, se arrepentía de su ligereza.

Al verle tan lleno de vida y de energía, nadie se hubiese atrevido á negarle la audacia propia de los seres fuertes. Jorge era un tipo eminentemente varonil, y el atre-

vimiento y la virilidad parece que deben ir anejos; pero esto, con gran frecuencia, queda desmentido por los hechos. Sucede frecuentemente que el cuerpo más vigoroso encierra un alma sencilla y tímida como la de una mujer, y Jorge Fontaine, por efecto de su educación, se encontraba en este caso. Entregado al estudio y al trabajo desde la niñez, habiéndose desarrollado fuera del orden de ideas en que de ordinario viven los jóvenes del día, no aprendió á no temer nada y á atreverse á todo. Por eso estaba perplejo: deseando que llegase la mujer á quien esperaba, le estremecía la idea de encontrarse frente á frente con ella. El motivo principal de su deseo era, sin duda, hallar un medio para librar de una acusación injusta al hombre amado como á un hermano; pero, además, un sentimiento extraño, inexplicable, animaba su espíritu. Tenía curiosidad por conocer á la mujer por quien Pedro había escogido con tanto cuidado, con tanto amor, aquel delicioso retiro, por la cual era capaz de sacrificarlo todo. Muy superior debía de ser, cuando él, que siempre fué muy frío, ya que no indiferente para todas sus queridas,

ni restringía su adoración, ni encontraba límite para el sacrificio heroico.

Á cada instante más curioso, y dudando más y más lograr su propósito, buscaba en torno suyo algún indicio que le permitiera figurarse cómo era, ya que no pudiese quizá verla en su presencia. Pero sus pesquisas resultaban inútiles. El color de las cortinas y el de las telas que adornaban los muebles, le hacían suponer que era rubia. Morlain, delicadísimo en sus gustos, dispuso sin duda el decorado de manera que hiciera resaltar la belleza de su querida. ¡Pero hay tantas rubias y tantas maneras de serlo!.... Visto que la alcoba no encerraba ningún detalle que satisficiera su ardiente curiosidad, pensó que el tocador sería quizás más indiscreto. Desde el rellano de la escalera había visto ligeramente la coquetona estancia, y ya resuelto, lleno de esperanzas, penetró en ella en busca de mejor suerte: de una base para fundar su juicio, un indicio para descubrir á la mujer desconocida, si la prudencia ó el temor no le permitían volver más á la mansión de sus amores. Con el convencimiento de que sólo el interés de su amigo le impulsaba, sin con-

fesarse á sí propio la gran parte de curiosidad que había en su conducta, levantó el portier que separaba la alcoba del tocador, y penetró en aquel nuevo santuario.

Pedro Morlain parecía haber desenvuelto todos los refinamientos de la coquetería al amueblar aquella habitación. Indudablemente se propuso que la elegante desconocida se encontrase en ella con tanto lujo y bienestar como en su propia casa, de tal suerte que sus costumbres y sus gustos quedarán del todo satisfechos.

Las cortinas y el mueblaje eran de seda de china de color de lila con flores y pájaros bordados admirablemente. El mármol del tocador, que ocupaba la mayor parte de aquella pieza, desaparecía bajo una sabanilla de punto de Venecia, sobre la cual se ostentaban dos jarrones de plata maciza, varios grandes frascos de cristal tallado, y una porción de peines, cepillos, tijeras y limas de varios tamaños, que se reproducían, lanzando vivos destellos, en la diáfana luna del espejo, con marco también de plata. Junto á la puerta había un diván muy bajito, y enfrente ocupaba todo el lienzo de pared un gran armario de cuatro cuerpos

hecho en Francia con maderas traídas del Tonkin, incrustadas de nácar.

Jorge Fontaine admiraba todo esto; pero nada vió que pudiera suministrarle antecedentes sobre lo que ansiaba saber. El *necessaire*, los cepillos y las cajas llevaban las iniciales de Pedro de Morlain. Cerca del diván, sobre una gran piel de oso blanco, había un par de chapines de terciopelo bordado en oro; pero ni estos siquiera daban idea exacta del tamaño de los pies de su propietaria, porque es sabido que esta clase de calzado, á propósito para usarle al saltar del lecho tan sólo, tiene casi siempre una medida común. Pensó que el armario de espejo sería quizá más indiscreto. En el caso de que la desconocida no acudiera aquella noche, era menester buscarla, y para lograrlo, intentarlo todo.

Más tranquilo después que disculpó á sus propios ojos su curiosidad, apocándose en su justa causa, abrió el cuerpo del centro del armario. Encima de los entrepaños, simétricamente colocados y clasificados, había una porción de juegos de cama adornados con puntillas, y servicios de mesa de los más ricos que se usan. Tomó una ser-

villeta, la desdobló, y después de mirarla por todas partes, la volvió á dejar en su sitio, sin haber descubierto nada. Como los objetos de tocador, tenía la marca P. M.

En el segundo cuerpo estaban quitados los entrepaños, y en su lugar había puestas perchas en forma de cruz, pendientes de una varilla de hierro. Una de ellas sostenía un peinador de raso de color de rosa de te, adornado con profusión de encajes flamencos. Jorge lo descolgó, lo estuvo observando largo espacio, procurando reconstruir aproximadamente el cuerpo de la mujer cuyos contornos ocultó sin duda muchas veces aquella elegantísima prenda. Debía tener los hombros anchos y poderosos, el pecho abultado, las caderas muy acentuadas, y su estatura por fuerza sobrepujaba los límites de lo ordinario. Pero esto era muy vago; ninguna línea del cuerpo podía determinarse en absoluto. Aquel peinador, empleado solamente para envolverla cuando toda temblorosa pasaba del tocador á la habitación inmediata, para tornar poco después al punto de partida, ardorosa, cansada, pero satisfecha, era capaz de servir de base para forjar un mundo de

suposiciones; pero nada decía concretamente. Su indiscreción no llegaba más que hasta determinar la estatura y la plenitud de formas de la desconocida. Esperando encontrar más claros indicios, Fontaine abrió los otros cuerpos: uno estaba vacío. En el otro, sobre el entrepaño del centro, semejante á un mar de seda y batista con oleaje de cintas y puntillas blancas y negras, había tres montoncitos de camisas de mujer. Las unas eran de fino lienzo con anchas mangas y cerradas hasta arriba; otras, más ricas, más elegantes si cabe, de seda con caprichosos adornos, combinados los colores de manera que hicieran resaltar la belleza de quien las usara, descubriendo unos encantos y mal encubriendo otros, para que la mente exaltada por el amor adivinase lo más hermoso que puede forjar la fantasía.

Fontaine hundió las manos temblorosas en aquel blando, suave y aromoso océano de ricas telas. Cierta especie de vago temor le embargaba el ánimo; sentía así como vergüenza por sus indiscreciones, y poco le faltaba para ruborizarse y arrepentirse de cometerlas. ¿Pero y si una cifra bordada

villeta, la desdobló, y después de mirarla por todas partes, la volvió á dejar en su sitio, sin haber descubierto nada. Como los objetos de tocador, tenía la marca P. M.

En el segundo cuerpo estaban quitados los entrepaños, y en su lugar había puestas perchas en forma de cruz, pendientes de una varilla de hierro. Una de ellas sostenía un peinador de raso de color de rosa de te, adornado con profusión de encajes flamencos. Jorge lo descolgó, lo estuvo observando largo espacio, procurando reconstruir aproximadamente el cuerpo de la mujer cuyos contornos ocultó sin duda muchas veces aquella elegantísima prenda. Debía tener los hombros anchos y poderosos, el pecho abultado, las caderas muy acentuadas, y su estatura por fuerza sobrepujaba los límites de lo ordinario. Pero esto era muy vago; ninguna línea del cuerpo podía determinarse en absoluto. Aquel peinador, empleado solamente para envolverla cuando toda temblorosa pasaba del tocador á la habitación inmediata, para tornar poco después al punto de partida, ardorosa, cansada, pero satisfecha, era capaz de servir de base para forjar un mundo de

suposiciones; pero nada decía concretamente. Su indiscreción no llegaba más que hasta determinar la estatura y la plenitud de formas de la desconocida. Esperando encontrar más claros indicios, Fontaine abrió los otros cuerpos: uno estaba vacío. En el otro, sobre el entrepaño del centro, semejante á un mar de seda y batista con oleaje de cintas y puntillas blancas y negras, había tres montoncitos de camisas de mujer. Las unas eran de fino lienzo con anchas mangas y cerradas hasta arriba; otras, más ricas, más elegantes si cabe, de seda con caprichosos adornos, combinados los colores de manera que hicieran resaltar la belleza de quien las usara, descubriendo unos encantos y mal encubriendo otros, para que la mente exaltada por el amor adivinase lo más hermoso que puede forjar la fantasía.

Fontaine hundió las manos temblorosas en aquel blando, suave y aromoso océano de ricas telas. Cierta especie de vago temor le embargaba el ánimo; sentía así como vergüenza por sus indiscreciones, y poco le faltaba para ruborizarse y arrepentirse de cometerlas. ¿Pero y si una cifra bordada

en alguna de aquellas prendas le podía servir en sus pesquisas? Aquellos objetos eran personalísimos, llevaban consigo algo del cuerpo de su dueña, y acaso no se pensó en dejarlas sin marcar para prevenir un improbable registro.

Animado por la esperanza, tomó una camisa, luego otra y otra después; las desdobló, las registró con la vista por doquier, experimentando cierto mareo al respirar el perfume suave que exhalaban y al sentir el contacto de la fina seda, que le crispaba las manos.

Porque aquello era muy nuevo para él: la habitación, el mobiliario, todo, en fin, era eminentísimamente femenino, voluptuoso, y entre el calor de estufa del ambiente, el aroma de las plantas de la escalera y la vista de aquellos objetos, dieron al traste con su sangre fría, y le dejaron como si estuviese ebrio.

Poseía una fortunita ya, merced á sus triunfos artísticos, y vivía, por consiguiente, con mucho desahogo; pero sus comodidades eran comodidades de artista, de hombre aún mozo, que vive para sí y embellece su casa para él solo. El gusto mujeril, esos

hábitos de la vida íntima de los individuos del sexo bello, que vive en la voluptuosidad, se revelan en todo lo que les rodea, y los hombres, hechos al trato de semejantes seres, los conocen á fondo, los ven con indiferencia y no saben apreciarlos en todo su valor. Pero Jorge no era de éstos; sometido á luchar contra las brutalidades de la vida real primero, y consagrado luego al trabajo y al arte, observó siempre á la mujer por un prisma que le impedía desmenuzar su conjunto seductor: la vió cruzar ante sus ojos, mas sin conocerla, sin detallarla, sin consentirla que le embargase hasta distraerle del asunto principal—el arte y la manera de aplicarlo para hacerlo útil;—sin considerarla, en fin, como un ser digno y capaz de fijar el objeto de la existencia. La mujer del gran mundo sobre todo; la que por la fortuna ó el nacimiento ocupa el pináculo del bienestar, y puede, por lo tanto, ser delicada y artista, que está en condiciones de refinar el gusto hasta lo infinito, al calor de la fiebre que produce la excitación de la mente cuando la ociosidad rompe los límites de lo real para abrir el ancho campo de lo imaginable,

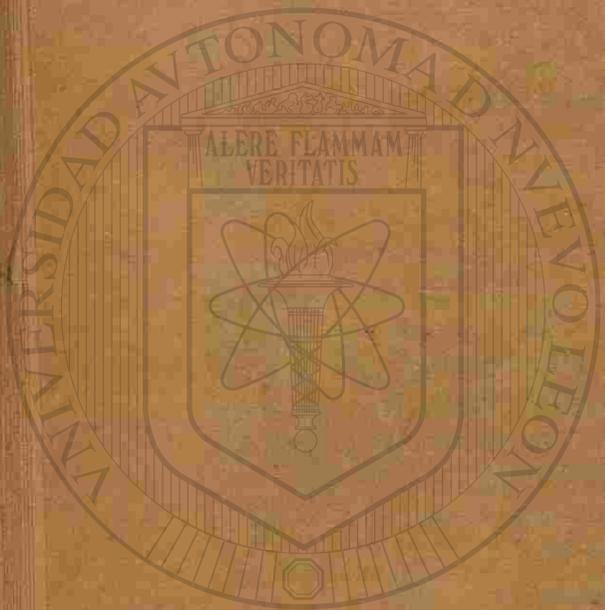
y sublimar el placer por medio del lujo, si no es honrada; ó aquella á quien es dado convertirse en prototipo de poesía, en criatura todo idealismo, porque es de suyo buena; en una palabra, la mujer de alto rango, le era totalmente desconocida un momento antes de penetrar en aquel recinto consagrado al amor. Pero Jorge tenía aptitudes para comprenderla, y desde sus primeros pasos en el hotel de su amigo la adivinó, fué creándola en su cerebro tal cual es, la concretó por fin, y se encontró capaz de amarla con fanatismo, con embriaguez, con sentimiento artístico, con la delicadeza más absoluta. En su organismo, animado por la sangre que ardía con el fuego del sol de su patria, en aquel organismo que para moderarse necesitó una lucha titánica contra la suerte y un amor fraternal sublimado por el sentimiento del deber y acrisolado por la desgracia, surgió un afán nuevo, abrasador é insaciable, tan pronto como se presentó la ocasión oportuna. Soñó en pocos momentos más que en toda su vida; el misterio le excitó más, y se empeñó en descubrir á la diosa de aquel templo presentido, por interés de un

amigo muy amado y por interés propio.

De pronto un rumor interrumpió el silencio y el delirio de Jorge. Prestó el oído, conteniendo el aliento y reconcentrando la actividad toda de su alma, y se convenció de que no era ilusión; abajo, en el vestíbulo, sintió cerrar la puerta de entrada.

Precipitadamente, como si le abrasaran las manos, soltó las camisas que aún tenía cogidas, en revuelto montón las encerró en el armario, y se precipitó en la alcoba. Un instante después resonó en la escalera rumor de pasos y el fru-fru de la seda al rozar sobre el pavimento. Era ella sin duda. Hizo un esfuerzo para serenarse, y esperó, sin poder evitar un estremecimiento que recorría su cuerpo con intervalos muy cortos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cof. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

XIX.

— Si permanezco en medio del cuarto, me verá antes de entrar, y al reconocer que no es Pedro Morlain el que la espera, es muy fácil que se asuste, huya y se me escape, — pensó Jorge; y ocultándose detrás de la puerta, esperó.

Tenía grandísimo interés en ver y hablar á aquella mujer: cifraba en su conversación con ella la esperanza de salvar á su amigo, y, no obstante la firmeza de su propósito, estaba tan emocionado, que parecía como si el corazón se le quisiera salir del pecho.

Una voz juvenil y vibrante llegó á sus oídos.

— Apenas se ve. ¿Por qué no dejaste abajo la luz? ¿Estás enfadado por mi retraso? Pues mira, no fué mía la culpa....

Estas últimas palabras las pronunció la desconocida ya dentro de la estancia.

Entonces Jorge, sin vacilar, cerró la puerta. La recién llegada se volvió brusca-mente, y al verle, dió un paso atrás, lanzan-do un grito.

Estaban cara á cara. Ella en pie, junto á la chimenea, con el semblante descompues-to por el miedo. Jorge apoyando la espalda contra la puerta, como si quisiera decir: «Entró V. al fin, y no saldrá de aquí sin haberme prometido hacer todo lo posible por salvar á mi amigo.»

Pero cuando comenzó á hablar, su voz temblorosa y la palidez que cubría su ros-tro estaban en desacuerdo con su enérgica actitud.

— Nada tema V., señora (dijo, lleno de emoción): soy un amigo íntimo de Pe-dro de Morlain. Acaso alguna vez le habrá oído V. pronunciar mi nombre: me llamo Jorge Fontaine.

La desconocida alzó la cabeza, y miran-do fijamente á su interlocutor, exclamó con voz breve y llena de altanería:

— ¿Puedo saber, caballero, qué hace V. aquí? ¿Quién le ha permitido entrar en esta casa?

Pero de pronto cambió de tono, al asal-tarle una idea, y dando un paso adelante, pálida y ansiosa, prosiguió:

— ¿Le ha sucedido alguna desgracia? ¿Viene V. de su parte á darme cuenta de ella?

— En efecto, señora; una desgracia agobia á mi amigo más querido.

— ¿Qué le sucede? Hable V., por Dios.

— Se le acusa de un crimen. Esta ma-ñana ha sido preso.

— ¡Preso! ¡Oh, eso es imposible! No lo creo.

Y volviendo á ser dominada por el mie-do, abandonó su puesto junto á la chimenea; y mientras se dirigía hacia la ventana oblicuamente, sin volver la espalda á Jorge, decía:

— ¿Es V. verdaderamente Fontaine, el pintor de quien me habló algunas veces Pedro Morlain?

—Sí, señora; yo le ruego que me crea, y nada tema. Ya ve V. que mi emoción es tan grande como la suya.

Estas últimas palabras y el aspecto de Jorge la tranquilizaron. Efectivamente, estaba tembloroso y pálido. Además, recordaba el retrato que Pedro le hizo de su amigo íntimo, y la semejanza con el original era completa. Quizás éste, pensó (¡tantas ideas cruzan por nuestra mente sin darnos cuenta de ellas!....), era muy superior á la copia.

Para manifestarle que ya no tenía miedo, se apartó de la ventana, y volviendo junto á la chimenea, se dejó caer sobre el diván, y dijo:

—Acaba V. de participarme que acusan á Morlain de un crimen. Que está preso. No comprendo cómo puede ser, y ansío una explicación.

—Una serie de circunstancias funestas hacen sospechar que nuestro amigo, en un instante de furor, hirió mortalmente á una mujer.

—¿Qué dice V. ? ¿ Á qué mujer ?

—Á una llamada Laura de Vivian.

—¡ Ah, sí ! Ya sé : es una actriz (dijo la

desconocida con acento desdeñoso); fué amiga de Pedro en otro tiempo....; pero sus amistades estaban rotas por completo: además, ¿ por qué había de?...

É interrumpiéndose de pronto, prosiguió:

—¿ Cuándo se cometió el crimen ?

—Ayer por la noche; hace precisamente veinticuatro horas.

—Entonces Pedro no pudo ser el asesino, porque estaba aquí conmigo.

—¡ Ah ! (exclamó Jorge): bien lo sabía.

La incógnita apoyó un codo en el tocador y la frente en la mano; frunció las cejas, é, inmóvil y silenciosa, se entregó á una profunda meditación.

El hermano de Lucía pudo contemplarla á su sabor. No se había equivocado al suponerla alta y robusta. Al sentarse, el abrigo de terciopelo forrado de pieles se le cayó de los hombros y descubrió el torso admirable, destacándose sobre el fondo claro que formaba la pared tapizada de seda.

Tenía el seno alto, desarrollado y turgente; el talle ni muy delgado ni muy grueso, y su falda ceñida acusaba la línea ondulada de una cadera escultural.

El pintor admiró todas estas bellezas en

conjunto, y á su pesar, dominado por algo inexplicable, y al propio tiempo por instinto de artista, estudió luego los detalles del espléndido modelo, y hubo de reconocer que cada uno de por sí era un dechado de hermosura. La mano, el pie, las facciones, acreditaban la distinción más correcta y delataban un rango elevado por origen y no por casualidad. Era rubia, pero de un rubio semejante al oro viejo. Los cabellos largos, espesos y finísimos, encuadraban un rostro extraordinariamente bello, pero con belleza perfecta, con esa belleza que satisface las aspiraciones del artista, porque reúne la expresión y la corrección plástica. Aquella nariz aguileña, aquella frente ancha y serena, frente que exigía una diadema; aquellos ojos rasgados, de un color azul oscuro, que bajo determinadas influencias expresaban tan á lo vivo las impresiones de un alma enérgica y apasionada; aquella boca pequeña, húmeda, fresca, roja; todo, en fin, era capaz de sobrepujar las exigencias del más descontentadizo, y hacer sentir algo muy sublime al menos predispuesto para comprender lo que el amor tiene de inmaterial.

De repente la incógnita se levantó, é hizo salir á Jorge del éxtasis que le dominaba, exclamando:

— ¡De modo que el señor de Morlain le envió á V. para que me hiciera saber lo ocurrido!

— No (replicó Fontaine). Nada me dijo, porque no he podido verle.

— Entonces...

— Mi venida aquí se debe á mi propia iniciativa.

— ¿Se había, pues, confiado á V.?...

— Tampoco. Pedro es la reserva misma, y jamás me hizo la menor confidencia.

— Al menos, alguna vez le hablaría de la existencia de esta casa.

— Jamás.

— ¿Cómo ha podido V. saber entonces?...

— He buscado: he adivinado.

— Le felicito por su perspicacia (exclamó ella, sonriendo con ironía); pero mucha hace falta para adivinar tanto. Porque Pedro nunca me nombró, y V., no sólo averiguó que existía este hotelito, sino que también supo acertar con el nombre de la mujer que lo visitaba.

— No, señora. Está V. en un error. Mis suposiciones llegaron hasta descubrir el secreto de los amores de mi amigo, pero ignoro absolutamente quién es objeto de ellos.

Al oír estas palabras, la joven fijó su mirada investigadora en los ojos de Jorge, y exclamó:

— ¿Es cierto lo que V. medice? ¿De veras no sabe quién soy?

— Señora, nunca manché mis labios con la mentira; le aseguro á fe de caballero, que no sé quién es V.

Libre de un peso que la agobiaba, entreviendo un medio para salir de la peligrosa situación en que las circunstancias la habían colocado, aquella hermosa mujer recobró la plenitud de sus poderosas condiciones, sonrió con adorable coquetería, y como si estuviera en su propia casa, delante de un amigo que la frecuentase, hizo señal á Jorge para que tomara asiento.

XX.

Luego que éste ocupó una butaca enfrente de ella, comenzó:

— De modo, que al venir á esta casa con la deliberada intención de encontrarme, obró V. por cuenta propia.

— Así fué en efecto.

— ¿Y qué objeto se propuso V. con esto?

Turbado por la pregunta, y más aún por el tono altanero con que había sido hecha, Jorge balbuceó:

— Me propuse enterar á V. de lo que ocurría.

— Esta noche misma, ó mañana á más tardar, lo hubiera sabido. La noticia que V. me trae es demasiado interesante para que los periódicos no la repitan. Por estas razones, todo me hace suponer que algo más que el deseo de enterarme de lo ocurrido le impulsó á venir en mi busca.

— En efecto, señora: al atreverme á penetrar en esta casa, aun á trueque de exponerme á que se me recibiera mal, me propuse buscar con su ayuda la manera de salvar á mi mejor amigo....

— ¿ Cree V. que no puede hacerlo por sí mismo?

— Es indudable que podría, si no rehusara toda explicación cuando se trata de probar dónde pasó la noche de ayer.

— ¡ Ah! ¡ Rehusa decirlo!.... (dijo la desconocida: y su rostro se dilató visiblemente.) Pero su silencio (prosiguió) no es bastante razón para que le condenen. Preciso es que haya en contra suya pruebas inequívocas.

— Las apariencias le condenan, señora. No tiene más defensa que probar la coartada....

— ¿ Y esas pruebas?....

— Son declaraciones de varias personas que afirman haberle visto entrar en casa de la mujer muerta anoche, entre diez y once, hora en que debió cometerse el crimen.

— En efecto; eso es muy grave....

— Pero, á mi juicio, no será difícil probar que esos testigos se equivocan ó mienten....

— ¿ Por qué medio?....

— Por medio de otros testimonios tan dignos de crédito como aquellos. Hace un momento me dijo V. que Pedro no podía ser el asesino, porque pasó la noche aquí, en esta casa, con V.....

— ¡ Eso he dicho! ¿ Cuándo?

— Hace un instante.... (exclamó Jorge con violencia, poniéndose en pie.) ¿ Sería V. capaz de negarlo?

La amante de Morlain miró á su interlocutor con esa mirada de mujer inteligente y de mundo, que penetra hasta el fondo del corazón de los hombres, porque tiene algo de sobrenatural, algo mágico.... Aquella mirada reforzó las observaciones hechas antes, durante el curso de la conversación, y completó el juicio formado sobre Jorge Fontaine.

Se trataba de un hombre muy joven, no

obstante sus treinta años; inocente, cándido, desconocedor de la vida. Su natural timidez y su carácter irresoluto, sólo podían trocarse en energía, resolución y fortaleza excitando en él ese elemento particular de los seres bondadosos hasta rayar en la debilidad: el ardor propio de la juventud, capaz de causar efectos extraordinarios por reacción. La dureza y la frialdad eran á propósito para producir esto. Convenía cambiar de táctica, evitar á todo trance excitarle, y hacer lo posible para crearse un aliado en lugar de un enemigo. Todo esto pensó la desconocida en un momento, y por eso sonrió con dulzura, y contestando á la pregunta de Jorge, exclamó con acento meloso:

—No lo niego. Nada de eso. Hágame V. el favor desentarse, y discurrámos con calma. Ó me expliqué mal, ó V. no me comprendió. No pretendo negar la verdad. Repito que el señor de Morlain no pudo cometer el crimen que se le imputa, porque anoche á las once estaba conmigo aún en esta casa misma. Pero esta declaración que hago yo delante de un caballero amigo suyo, ¿debo hacerla á presencia de los jueces?

Siempre estudiando las impresiones de Jorge, la incógnita le miraba fijamente, mientras él, dudoso, fascinado, permanecía en silencio.

Hubo de esforzarse para romper el encanto; se repuso, recordando que su mejor amigo estaba en gran peligro, y pudo decir por fin, alzando la cabeza y mirándola fijo á su vez:

— ¡ Si no hay más remedio para salvarle!...

Ella bajó los ojos; reflexionó, y exclamó con voz cariñosa y triste al propio tiempo.

— Tiene V. razón. Si no hay otro remedio, si persiste en callar.... hablaré yo.

Jorge se levantó con el alma llena de entusiasmo; en primer lugar, porque su amigo estaba salvado, y, además, porque un secreto afán le hacía desear que aquella mujer fuera heroica, y la veía dispuesta á inmolarse en aras de su amor.

Así, no sólo era espléndidamente hermosa de cuerpo; resultaba angelical, con un corazón más hermoso todavía.

— Si mi confesión es indispensable (repite), la haré sin vacilar. Pero quiero todo

el mérito de mi heroísmo; he de hacerlo yo misma....

— ¡Sin duda! Así debe ser, — exclamó Jorge en el colmo de la admiración.

— Además, le ruego que me deje reflexionar hasta mañana. Esto no puede afectar al interés de nuestro amigo, y me permitirá formar mi plan. ¡Pudiera ser que yo no estuviera sola en el mundo!... ¡Quizás haya que poner á cubierto intereses morales que no me pertenecen!....

— Está muy en su lugar, y no me opongo. Hallo justísimo que procure V. perjudicarse lo menos posible, si perjuicio puede resultar de una acción noble.

— Estando conformes en todo, creo que ya podemos separarnos. Mañana nos volveremos á encontrar aquí mismo, y resolveremos en definitiva.

— ¿Á qué hora vendrá V.?

— Lo antes que pueda, para obrar más pronto. Á las dos de la tarde. ¿ Le parece á V. bien?

— Estoy á la disposición de V.

— Hasta mañana, pues.

Jorge no se movió. ¿No había comprendido que se le despedía, ó sospechaba un

engaño? La desconocida continuaba siéndolo; no sabía aún quién era ni dónde vivía. ¡Si no acudiese á la cita, todo estaba perdido!....

Sin duda ella adivinó estos temores, y para desvanecerlos, mejor aún, porque á su vez temió ser espiada, añadió con voz siempre acariciadora:

— Vivo en el boulevard Haussmann, y soy la baronesa de Ligny. Sería muy ridículo que continuase guardando el incógnito, pues que el destino nos une para un fin común, y V. es un cumplido caballero.

Así diciendo, cruzó por delante de Jorge, que se inclinó al dejarle paso franco, y tomando el candelabro que les alumbraba, bajó detrás de ella la escalera.

Al llegar á la puerta, abrió, apagó las luces, y se apresuró á reunirsele en la calle.

En la esquina del boulevard de Courcelles y el de Malesherbes encontraron una berlina de alquiler, y la ocuparon juntos. Cuando el coche se puso en marcha, cada vaivén les hacía rozar brazo contra brazo, hombro contra hombro, y rodilla contra rodilla. Fontaine percibía un olor suave, el

mismo que se desprendía del peinador observado con tanto afán poco antes; y ella le miraba de reojo, no obstante sus preocupaciones (porque la mujer nunca deja de serlo), pensando que la casualidad le deparaba aquella noche un compañero tan hermoso bajo el punto de vista físico, que no recordaba haber conocido otro que le aventajase.

Sin cruzar palabra llegaron al boulevard Haussmann.

El coche se detuvo delante del número 40, y la amante de Morlain dijo en voz casi baja:

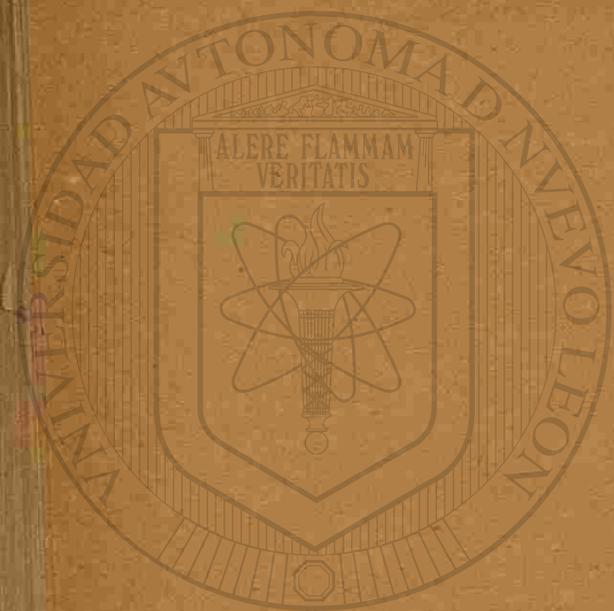
— Hemos llegado á mi casa. Hágame V. el favor de quedarse oculto en el coche un rato para evitar que le vean, y su presencia pueda comprometerme. Hasta mañana á las dos.

Y salió del carruaje, cerró la portezuela, atravesó de prisa la acera, llamó, y á poco desapareció detrás de la puerta.

Jorge permaneció solo, con los ojos fijos en el lugar por donde desapareciera la que tenía por su aliada para defender á Pedro. Merced á la recomendación que le había hecho, podía afirmar que aquella era

su casa, puesto que pasaron diez minutos y no volvió á salir.

Cuando creyó que era tiempo de marcharse, bajó el cristal que correspondía al pescante, ordenó al cochero que le llevase á la calle de Prony, y partió, deseoso de contar á su hermana todo lo que se había logrado por su consejo.



Como dijo antes de alejarse á su hermano, Lucía esperaba su regreso impaciente y nerviosa. Le salió al encuentro, le hizo sentar junto á ella, y escuchó con ansia la relación de lo ocurrido, y el retrato que, con verdadero entusiasmo, le hizo de la baronesa de Ligny.

Pero no quedó satisfecha, á tal punto, que le obligó á transcribir frase por frase la conversacion que con ella había tenido. Él la obedeció, procurando recordar, no sólo las palabras, sino también los gestos hechos

al pronunciarlas. Hallaba placer en reavivar el recuerdo de la manera más gráfica posible. Aún le parecía verla en pie delante de la chimenea ó sentada enfrente de él, altiva primero, y doblegándose luego. ¡ Todavía se figuraba escuchar su voz seca al principio, dulce y cariñosa luego!....

Cuando nada le quedó por contar, se detuvo, y por primera vez desde su llegada fijó la atención en el semblante de su hermana. Esperaba verla satisfecha como él por el buen resultado de sus pesquisas, que suyas fueron, por haberlas inspirado; tranquila con respecto á la suerte de Pedro Morlain, puesto que al día siguiente se proclamaría su inocencia; y al observar que estaba más preocupada que antes, que tenía la frente fruncida, que miraba con esa vaguedad del que está absorto en hondísimas reflexiones, experimentó una verdadera sorpresa, y dijo:

—¿Qué te parece lo que te he referido?

—Me parece (repuso la joven irguiéndose) que hemos perdido el tiempo.

—¡Qué dices! ¡Perder el tiempo cuando hemos logrado nuestro propósito! Conocemos ya á la que nos interesaba, y está

resuelta á salvar á Pedro. ¿Qué más podíamos apetecer?

—Estás en un error, Jorge. Esa mujer no es lo que dice, y no hablará. Se ha burlado de ti....

—¿En qué te fundas para suponer?....

—En mil detalles que á primera vista parecen insignificantes. Mañana sufrirás la decepción de que no acuda á la cita.

—¡Bah!....

—¡Ya lo verás!....

—Y aunque así fuera, ¿qué me importa? Iré yo á su casa. ¡Sabiendo su nombre y donde vive!....

—No sabes ni lo uno ni lo otro. Nombre y señas son falsos.

—¡Imposible!....

—Por desgracia no lo es.

—Pero si la he acompañado hasta el número 40 del boulevard Haussmann....

—He ahí precisamente lo que me hace dudar. Esa casa es una de las más grandes de París. Tiene una porción de inquilinos, y parece un laberinto. La conozco muy bien, porque mi antigua profesora de piano vive en ella. El otro día fui á verla, y al marcharme tenía que ir á la plaza de la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Trinidad, y ella, que lo supo, me dijo que para abreviar saliera por la puerta que da sobre la Chaussée d'Antin. Es decir, que la casa en cuestión tiene dos salidas.

— De modo que crees...

— Estoy segura; no tengo duda. Mientras tú, obediente á su mandato, estabas delante de la puerta que da al boulevard, «para no comprometerla,» según te dijo, ella salía por la otra.

— Pero, mujer, ¿por qué no ha de vivir en el boulevard Haussmann? Nada prueba que...

— Una mujer de las condiciones de la que me has descrito, vive en otro barrio y en casa de más lujo.

— ¿Y el nombre? ¿Por qué crees que es también falso?

— Te dijo el primero que se le vino á las mientes. Tiene otro acaso más conocido que el de Ligny. Créeme: se trata de una gran señora muy hábil..., y quizás muy mala....

Jorge no replicó. Se le agolpaban los recuerdos en la memoria, y, analizándolos bien, resultaban con cierto sello inexplicable de falsía. Mas era tan duro para él re-

conocerse juguete de aquella mujer, que exclamó como argumento postrero:

— Quizás te engaña una suspicacia hija del interés que tienes por nuestro amigo. Voy á salir de dudas esta misma noche. Corro al boulevard Haussmann, y...

— Son cerca de las dos de la madrugada, y es inútil que te molestes. Si conservas alguna ilusión, mañana se te desvanecerá. Por mi parte, no tengo ninguna.

Hablaron algunos instantes más, se despidieron luego, y cada uno se retiró á su cuarto.

.....

Desencantado, porque durante la noche reflexionó y convino en que eran muy lógicas las sospechas de Lucía, pero conservando un último rastro de esperanza, Jorge abandonó el lecho muy de mañana, y á las nueve se trasladó al boulevard Haussmann. Allí supo que ni vivía ninguna baronesa en la casa donde la víspera dejó á la desconocida, ni siquiera ningún inquilino se llamaba Ligny.

Reconoció el enorme caserón, entró por

una puerta y salió por otra, y entonces comprendió que, en efecto, la pretendida baronesa abusó de su confianza, y le burló siguiendo aquel camino conocido desde largo tiempo, porque quizás tenía en la casa algún proveedor de la suya.

Aun viendo esto no se dió por vencido. Pensó que acaso al negarle su verdadero nombre y la dirección de su vivienda lo hizo por temor, y con el propósito tal vez de acudir á la cita para hablar de Pedro y coadyuvar á su salvación.

Á las dos se dirigió al hotel del boulevard Pereire. Todo estaba tan silencioso como la noche anterior; pero los muebles ocupaban sus puestos ordinarios en perfecto orden; en los candelabros habían sido sustituidas las bujías á medio consumir por otras nuevas; en ningún sitio había una huella de polvo; la mujer invisible encargada de todo esto había cumplido su obligación cotidiana.

Jorge esperó un rato en la alcoba; ¡ allí fué donde primero se encontraron! Estaba ansioso de verla, impacientísimo. Pero el tiempo pasaba; la dama no parecía, y Jorge se daba al diablo esperando en vano,

contando los minutos, eternos á su juicio. Para cambiar de sitio y engañar así su malestar, pasó al tocador.

Atraído por irresistible curiosidad, abrió el armario donde la víspera quedaron revueltas todas las camisas cuando la llegada de la desconocida le distrajo de su éxtasis.

La misma mano que había puesto en orden los muebles y limpió las habitaciones, había intervenido también allí. Como el día antes, el peinador estaba en su puesto; las camisas clasificadas.... Entonces, por un fenómeno de imaginación, la hermosa incógnita apareció á los ojos de Jorge perfectamente distinta.

Mas no como la viera, vestida de seda y envuelta en su abrigo de pieles.... ¡ Desnuda, palpitante!.... Por esa costumbre propia de los pintores, que bien pudiera llamarse instinto, Fontaine desnudó á la bella, se la imaginó en todo el esplendor de su belleza plástica, la volvió á vestir con una de aquellas elegantes camisas, y la arrebujo en su peinador.... Entonces cerró los ojos, devoró con la mente aquel cúmulo de encantos, y un ensueño, un dulcísimo

éxtasis se apoderó de él; en el alma del artista se fundieron el sentimiento de tal y la sensación de ser humano, y produjeron algo nuevo, algo desconocido para aquel hermoso hombre de treinta años con todas las ingenuidades de la adolescencia.

XXII.

Con el oído atento á los menores ruidos; perdiendo esperanzas á medida que transcurrian instantes, pasó una hora. Por fin el último destello de ilusión desapareció. Lleno de despecho, furioso contra la bella burladora, salió del hotel; se avergonzaba de haberle servido de juguete, y revolvía en la mente mil descabellados planes para encontrarla. Caminaba á buen paso, sin fijarse en nada; pero de pronto se convirtió su marcha en carrera; había tenido una idea luminosa: un medio de vencer; un proyecto difícil de realizar, pero digno de

su talento artístico. Bien pronto llegó á su casa

— No ha ido, ¿verdad? — le dijo Lucía apenas le vió.

— ¡Tenías razón! Fui juguete de esa mujer (repuso Jorge con resolución). Pero no me importa. Antes de tres días sabré quién es y dónde vive. ¡Yo te juro que esta vez no se burlará de mí!....

Iba á contestarle Lucía; se aprestaba á dirigirle un sin fin de preguntas, cuando Fontaine dió media vuelta, tomó escaleras arriba, y no paró hasta el estudio, que ocupaba el último piso del hotel.

Su hermana le siguió, y mirándole llena de sorpresa, no osaba interrogarle. El joven, sin hacerla caso, fué á un rincón, cogió un lienzo nuevo, le colocó sobre el caballete, y siempre con gran prisa, tomó paleta y pinceles, y lo dispuso todo como para comenzar un gran trabajo.

— ¡Pero, hombre! (exclamó Lucía.) ¿En estos momentos te ocurre empezar un cuadro? ¡Si al menos continuaras el que tenías ya entre manos!....

— Voy á comenzar uno.... que no será de los peores, me parece....

— ¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Por ventura te propones?....

— Me parece que has acertado. Saber el nombre de esa desconocida.

— ¿Haciendo un cuadro?

— El retrato exacto. La tengo en la mente, la veo como si estuviera delante de mis ojos.... en ese rayo de luz.... No olvidaré ni el rasgo más insignificante de su fisonomía. Conservo el recuerdo exacto del tono de su cabello dorado y de su tez de nácar.... La expresión de sus ojos de cielo y el gesto de su boca fresca y húmeda.... No te admires.... ¿Acaso no me has visto pintar de memoria otras veces, y has reconocido que la semejanza con el original era notable?....

— Es cierto. Pero un retrato así requiere mucho tiempo, y urge sacar á Pedro del apuro en que está.

— Si se tratara de un cuadro concluído, tendrías razón. Pero me propongo hacer sólo una mancha, un apunte. Pienso abandonar todo, menos el parecido de la cara, porque sólo eso necesito. En dos ó tres días espero dar cima á mi empresa.

— Bien. Y luego de concluído el retrato, ¿cómo te arreglarás?....

—Es muy sencillo. Se trata de una mujer del gran mundo. Esto es indudable. La gente que lo frecuenta debe conocerla por fuerza.

—Sin duda; pero....

—En cuanto acabe mi tarea, convocaré á mis amigos; sólo á los que no pierden fiesta ni diversión.... y no faltará alguno que diga al ver mi obra: «¡Este estudio se parece á la señora X!....»

—Es una idea magnífica. Tienes razón. Quizás por ese medio logremos nuestro propósito (dijo Lucía, después de reflexionar). Y luego que sepas quién es la.... la *amiga* de Pedro, ¿qué piensas hacer? —añadió con extraño acento.

—¡Iré á su casa!.... ¡Oh! ¡No temas que rechace mi visita!.... Y le diré: «V. me engañó indignamente; pero he sabido deshacer el engaño y encontrarla. ¿Quiere V. hablar para dar la libertad á mi amigo, ó no?» Si quiere, bien.... Y si no quiere.... lo mismo.... porque me pasaré sin ella. ¡Estoy resuelto á todo!....

—¡Ah! ¡Bendita sea tu idea! — exclamó Lucía abrazando á Jorge.

Este hizo un esfuerzo para abstraerse;

cerró los ojos; permaneció así unos instantes, y luego comenzó á pintar con una velocidad extraordinaria.

Lucía, sentada á su espalda, miraba cómo poco á poco las formas de una mujer hermosísima iban adquiriendo vida y realidad aparente bajo el pincel de su hermano.

Á la caída de la tarde se encendieron las lámparas eléctricas, y prosiguió su trabajo, sin descansar más que para comer y leer los periódicos que traían la noticia de haber sido trasladado Morlain desde la Conserjería á Mazas, y sometido á la más absoluta incomunicación. Cada uno sostenía diverso criterio; los diarios de opiniones avanzadas juzgaban al presunto asesino como un criminal vulgar; los conservadores le suponían tan sólo homicida, y atenúan el delito por la exaltación y la cólera. Pero ni unos ni otros tomaban su defensa, considerándole inocente y suponiendo á la justicia víctima de un error.

—¡Oh! ¡Y qué mujer tan dura!.... (exclamó Lucía indignada.) ¿Será capaz de persistir en su funesto silencio después de leer esto?....

—Forzosamente lo romperá. ¡Yo te lo

prometo!.... ¡Ya lo creo!.... — respondió Jorge, con ese acento que revela una convicción profundísima.

Entre tanto, el retrato iba adquiriendo importancia. La mano hábil de Jorge obedecía fiel á la voluntad, y reproducía los rasgos conservados en la memoria con una asombrosa exactitud. Á las once de la noche, cuando hubo de abandonar la tarea para dormir, era casi una obra maestra. Si al día siguiente las impresiones adquiridas se habían desvanecido en parte, lo ya manchado sobre el lienzo bastaría para reanimarlas.

Pero no fué menester esto último. Al volver á comenzar el trabajo, Jorge conservaba sus recuerdos tan vivos como la víspera, y continuó su obra sin vacilaciones que pudieran extraviarle.

Hacia el mediodía, al alejarse del caballete para ver el efecto desde lejos, exclamó lleno de gozo:

— ¡Lucía! ¡Hermana! ¡Estoy satisfecho! ¡Es ella! ¡Verdad que es muy hermosa!....

— ¡Mucho, muy hermosa!.... — repuso la joven bajando los ojos.

— Y, sin embargo, aún no tiene vida su boca; la sonrisa todavía no dice nada; ni sus ojos despiden dulces destellos, ni su tez ofrece al aterciopelado de las azucenas. ¡Mañana!.... ¡Ah! Mañana será otra cosa. Ella en absoluto, con su rostro de diosa y su cuerpo de hurí!.... Ahora es preciso dejarlo; voy al Círculo, para volver en seguida. Hasta después, Lucía.

Partió Jorge, y su hermana quedó en el estudio. Al verse sola, su rostro tomó una expresión extraña. Se acercó al caballete; devoró con los ojos la imagen de aquella belleza superior; en su fisonomía se adivinaban la sorpresa y la admiración que la causaba; se llevó una mano al corazón; por instinto buscó un espejo; halló la límpida luna de una cornucopia de gran mérito suspendida en una de las paredes, y al verse reflejada en ella, se le llenaron los ojos de lágrimas, y gimió:

— ¡Oh! ¡Qué hermosa es!.... ¡Y cuánto debe amarla!....

Por su parte, Jorge, apenas llegó al

Casino de la plaza Vendome, se vió rodeado por una porción de amigos. Sabían su amistad íntima con Morlain, y esperaban que les diera noticias de él. Pero sus esperanzas quedaron defraudadas, porque Fontaine se encerró en la más severa reserva, limitándose á sostener la inocencia de su mejor amigo. Y como el asunto le causaba pena y deseaba realizar el propósito que le llevó al Mirlitón, cambió el curso del coloquio y le dirigió hacia su objeto.

—Estos últimos días (dijo) terminé un cuadro que destino al concurso próximo: pero quisiera, antes de presentarlo, oír la opinión de algunas personas; la de Vds., por ejemplo....

Y al decir esto, se dirigió al marqués de X...., al barón de N...., á Eduardo A...., al conde de F...., á los más relacionados, en fin, con las personas del gran mundo parisién, del Paris selecto, *selected*.

—Por mi parte, tendré mucho gusto en manifestarle mi pobre opinión (dijo Eduardo A....); me considero muy honrado con su deseo, y creo que estos señores....

—Iremos, Fontaine,—repitieron varios.

—¿Pero dónde veremos el cuadro? Su estudio de V. no es como los de otros pintores; está cerrado para todo el mundo.

—Efectivamente (repuso Jorge sonriendo); siempre temí las visitas que distraen del trabajo. Pero hoy las solicito, mejor dicho, solicito la de Vds., para juzgar del efecto que debe producir en el público mi última obra.

—Pues fije V. día y hora (dijo el marqués de X....): todos deseamos penetrar en ese santuario del arte (y volviéndose á sus colegas, prosiguió): ¿Vamos mañana; y así vemos juntos el cuadro?

—Perfectamente (replicó el conde de F....); de esa suerte molestaremos menos á nuestro huésped. ¿Qué hora le conviene á V. más, Fontaine?

—La que Vds. quieran. Jamás salgo por el día.

—¿Á las tres de la tarde?

—Bueno,—repitieron todos.

—Hasta mañana á las tres, mis queridos jueces,—dijo Fontaine.

—¿Cuál es el asunto del cuadro?—le preguntó Eduardo A.... al despedirse de él.

—Uno muy conocido; pero al cual he

intentado dar novedad : un combate de gladiadores en un circo romano.

Era , en efecto , su último trabajo , el que estaba terminando , cuando lo dejó todo para emprender el retrato de la desconocida. La invitación era para ver este cuadro , pero , de paso , y por casualidad , verían el retrato de la mujer cuyos antecedentes le interesaban tanto.

XXIII.

Los socios del Casino vulgarmente conocido por el Mirlitón , son artistas en su gran mayoría , y los que no lo son por *derecho propio* , sienten el arte y desarrollan el gusto en fuerza de su trato constante con aquellos. Las exposiciones artísticas de cuadros que costea el Círculo ; los notables conciertos y funciones dramáticas que organiza ; la atmósfera que en él se respira , ha dado este excelente resultado. Por eso ninguno de los socios á quienes invitó Jorge Fontaine , á pesar de ser gente alegre y solo *amateurs* de la pintura , dejó de acudir á la

cita: resultaba para todos un obsequio, una fiesta muy grata; cualquiera de ellos hubiera sido capaz de pagar á subido precio el placer de penetrar en el estudio de un notabilísimo pintor, que hacía de su casa un santuario, y daba al público sus obras maestras sin que nadie supiera de antemano nada de ellas. Á la hora convenida estaban los cinco en el vestíbulo de casa de Fontaine, y fueron introducidos por un criado en el taller del joven artista.

Lucía, de muy buena gana hubiese permanecido junto á su hermano, so pretexto de hacer los honores de la casa; es decir, para oír las apreciaciones de los asistentes sobre el retrato de la incógnita, principal objeto de aquella reunión. Pero Jorge la hizo comprender que su presencia coartaría la libertad de aquellos amigos, que delante de una señorita no hablarían con franqueza absoluta, y esto, quizás, le impediría saber algún antecedente sobre la persona cuya historia deseaba conocer á fondo. La joven era en extremo razonable, se hizo cargo de estas razones, y se resignó á no presentarse en el estudio.

Fontaine exhibió su cuadro; el combate

de gladiadores. Todos le admiraron y predijeron de consuno el triunfo; pero, según los caracteres respectivos, unos se reservaron algo y aun arriesgaron algunas observaciones críticas, y otros le declararon sin *pero* ninguno. Jorge apenas paró mientes en todo esto; ansiaba que concluyera el juicio, y respiró al ver que los jueces se diseminaban escudriñándolo todo, las paredes, los caballetes, los muebles, las armas, los bocetos de obras en proyecto, los cuadros que recordaban, detalles de otros expuestos anteriormente, y aquellos con los cuales se encariñó el autor y los conservaba como hijos predilectos del ingenio.

Jorge parecía indiferente; pero esperaba con ansia el instante supremo. Contestaba á las preguntas de sus amigos, siguiéndoles en aquel viaje alrededor de su estudio. Con intención tenía colocado entre otros el retrato, aquella obra de tanto interés para él; pero aun estando casi seguro de que habían de fijarse en ella, precisamente por el modesto lugar que ocupaba, hacía esfuerzos para dirigirles hacia ella.

— ¡Calle! (dijo de pronto Eduardo A.....)
¡También hace V. retratos!

Sus compañeros acudieron adondeaquel, el más escudriñador, había ya llegado, y Fontaine, afectando indiferencia, contestó:

—No, amigo mío; no tengo paciencia para eso. ¿Por qué lo decía V.?

—Lo que es esta mujer...

—Es un estudio que acaso algún día me sirva para un cuadro de composición que tengo en proyecto.

—¿Y dónde encuentra V. semejantes modelos? Porque el original debe ser superior, —preguntó el conde de F....

—No existe el original. Un día mi fantasía creó ese tipo, y lo trasladé al lienzo.

—Pues, amigo Fontaine, tiene V. una fantasía que pudiera llamarse memoria prodigiosa. Es un recuerdo: no le quepa duda.

—¡Recuerdo!....

—Indudablemente. Esta adorable criatura cruzó por delante de sus ojos en el paseo ó en el teatro, y sin querer ha hecho V. el gran retrato.

—¿De veras?

—¡Ya lo creo! El original existe.

Y volviéndose á los demás jóvenes, el marqués de B...., que era quien hablaba, prosiguió:

—Sean Vds. jueces, señores. Esta mujer, ¿no es exactamente la duquesa Diana de Limours?

—¿Quién lo duda? — exclamó el conde de F...., acercándose más.

—¡Y qué parecida está!.... — añadió el barón de N....

—Ahora comprendo por qué, sin darme cuenta de ello, tropecé en seguida con el cuadro que más había de gustarme de seguro.

—Pero hemos sido todos unos indiscretos, — exclamó el marqués de X. Al detenernos delante del cuadro ese, medio oculto para no ser notado quizás, habremos incurrido en el disgusto de nuestro cariñoso huésped. Sin duda la Duquesa quiere sorprender á los suyos, y venía en secreto....

—¡Crean Vds. que no!.... ¡Nada! La retraté sin saberlo, á menos que Vds. se equivoquen....

—Vamos, hombre; no diga V. eso.

—Sin varias sesiones con el original delante, ni con todo el talento de V., que es mucho, se logra semejante parecido.

—¡Vaya! ¿Por qué había de engañar-

les? Tan cierto es lo que he dicho, que ni sé cómo se llama esa señora Diana.... ¿cómo?

— ¡De Limours!.... — dijeron varios.

— Pues ni ha venido á esta casa, ni he ido á la suya, ni tengo la honra de conocerla....

— Bueno. Será que sólo viéndola desde lejos....

— Quizás la habré visto, y no me acuerde. Esto es muy frecuente; pensar que se crea, y retratar sólo. Á veces la creación no es más que un recuerdo inconsciente.... Pero me han sorprendido Vds., y me han puesto en curiosidad de conocer á ese original de un retrato ni visto ni oído, — dijo riendo Fontaine.

— Lo comprendo (contestó con picaresca sonrisa Eduardo A....) Porque conociéndola, le diría V.: «Duquesa, sin querer hice su retrato: dicen que se parece mucho: ¿lo quiere V.?»

— ¡Y vaya si lo aceptaría! (añadió el marqués de X....) Precisamente me dijo no hace mucho tiempo que no se había retratado, aunque tenía deseos de hacerlo, porque le asustaba la idea de estarse quieta hora tras hora. Vea V., querido Fontaine, qué buena

manera de cohonestar sus intereses de V. con los de la Duquesa.... V. trabaja para vivir, y ella....

— ¡Oh! No. Eso no. Sería forzar la carta....; es decir, el retrato. Pero lo que sí puedo hacer, si les parece á Vds. que merece la pena, y que ella lo aceptará, es ofrecérselo como un testimonio de mi consideración, al paso que del producto de una rara coincidencia....

— Hombre, si lo aceptará ó no, nadie puede afirmarlo; pero lo indudable es que merece la pena (interrumpió el marqués de X....). ¿Por qué no prueba V.? Se le envía sin firmar, y sin decirla de parte de quién va el regalo. Pasado mañana recibe, y yo iré, como de costumbre. Me hablará de seguro del extraño envío anónimo...., y juzgaré del efecto. Si es malo, guardaré el secreto. Y si no, le contaré lo ocurrido, y añadiré que partió de mí la idea de que le mandara V. el cuadro.

— Acepte V. (dijeron todos). Con tal embajador: ¿cómo ha de ser V. rechazado?....

— Sea como Vds. quieren: acepto. Después de todo, sabiendo que es un retra-

to de persona conocidísima, no me sirve para lo que estaba destinado. No tengo el derecho de colocar á la duquesa de Limours en medio de otras mujeres en un cuadro de exposición, sin su permiso previo. Al menos, yo creo que proceder de otro modo sería una indignidad.... por más que no todos los pintores piensen como yo.

Un criado que apareció con una bandeja llena de golosinas más ó menos nutritivas, pero todas excelentes, exquisito Madera y tabacos habanos, puso término á la conversación.

Mientras los huéspedes de Jorge comían, bebían, fumaban y comentaban el hecho raro que produjo la casualidad, éste escribía con lápiz sobre un papel:

«Victoria. La han conocido. Es la duquesa Diana de Limours. Espero recoger más datos sobre ella. Ten paciencia.»

Luego deslizó el billete en la mano del lacayo, y le ordenó en voz baja que se lo entregara en seguida á Lucía.

XXIV.

Una vez lleno este deber fraternal, Fontaine se reunió con sus amigos, y sirviéndose una copa de vino, dijo:

—¿Y dónde vive *mi desconocida*? Porque han olvidado decirme á qué calle y á cuál casa he de mandar el retrato. Yo no estoy, como Vds., al corriente de todo lo que sucede en París, y no me basta con oír el nombre de la duquesa de Limours para acertar con su palacio.

—Lo cual significa (replicó el marqués de X....) que tiene V ocupaciones más

serias y más útiles que las nuestras. La Duquesa vive en el boulevard Malesherbes, junto al parque de Monceau. En el antiguo palacio del príncipe Polquine, aquel ruso que tanto hizo que París se ocupara de él, y que de pronto desapareció, para irse á vivir á sus propiedades, allá cerca del Cáucaso, creo.... (1).

— Sí, ya me acuerdo (exclamó Eduardo A....); Polquine, aquel que se fué por cierta aventura en la que figuraban su secretario (un real mozo por cierto) y la princesa Nadejé su mujer. El palacio estuvo cerrado largo tiempo. Después salió á la venta, y el duque de Limours se quedó con él.

— ¡ Ah! ¿ También tenemos un duque de Limours? — dijo Fontaine con el acento más natural del mundo.

— ¡ Vaya! Y que es un duque de verdad. De antiguo origen, de pura sangre.

— Y además (añadió el conde F....), tan opulento como ilustre....

— Y con una mujer muy guapa, — prosiguió el barón de N....

(1) Véase *Flor de Crimen*, del mismo autor.

— Hombre, ¡ guapa!.... ¡ guapa!.... Digamos hermosa, y no habrá quien nos pueda tachar de hiperbólicos. El año pasado, unos cuantos desocupados y locos nos entretuvimos en hacer una lista de las mujeres en condiciones para disputarse el gran premio á la hermosura, y por unanimidad colocamos la primera á Diana de Limours....

— ¿ Se admitían también las extranjeras? — interrogó Jorge.

— No; esas quedaban fuera de concurso. Se trataba de un premio nacional.

— ¡ De modo, que esa reina de hermosura, según Vds., es francesa!

— Y de padres franceses. Pero creo haber oído decir que sus abuelos eran húngaros. Debe tener en las venas algo de sangre madgyar, de aquellos conquistadores y dueños por largo espacio de Hungría.

— ¿ Sangre ardiente y vigorosa? Lo pregunto, para tenerlo en cuenta. El retrato no está concluído; es una mancha sólo, y quizás me convenga dar más vida á las carnes y más energía al semblante.

— Hágalo V. sin cuidado (dijo el Marqués). La tez del original está coloreada por

DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

la sangre más viva y más ardiente que tiene criatura. Á primera vista se conoce que está llena de salud.... y hasta puede afirmarse que dotada de un temperamento como la sangre.... madgyar.... Pero, en honor de la justicia sea dicho, nada más que suposiciones se pueden hacer, porque ni en sus actos ni en ningún detalle de su vida se revelan esas exigencias del temperamento.... Muy al contrario: casi, casi, pecar por exagerada en una época en que las señoras, hasta las más honradas, se permiten ciertas libertades en su lenguaje.... Se conoce que para decir ú oír ciertas cosas.... tendría que esforzarse mucho. Sabe permanecer firme sobre el pedestal en que la colocaron su nacimiento, su belleza espléndida y su fortuna cuantiosísima.

— ¡Vaya un panegírico!.... (exclamó Jorge sonriendo.) ¿Y el Duque es digno de semejante mujer? ¿Está á su mismo nivel?

— Lo fué. Todos y *todas* le admiraban cuando contrajo matrimonio, hace cinco ó seis años. Era un buen mozo que llamaba con justicia la atención. Pero lanzaba ya los postreros rayos aquel sol en decadencia... y está muy cerca del total ocaso. ¡Caramba!

No en vano se casa uno á los cuarenta y cinco años con una mujer de veintidos, de las condiciones de la Duquesa, después de llevar una vida un poco airada.

— Justo castigo á un amor fugaz.... — dijo sentenciosamente el Conde.

— ¡Oh! ¿Es por lo visto capaz de no amar á tan adorable criatura? (esclamó Jorge.)

— Según dicen, no tiene más amores que el *Whist*. Todos los días á las cinco en punto llega al Casino, se reúne con tres jugadores más tan empedernidos como él, y emprenden la partida. ¡Y bien cara por cierto! Á las siete come en el Círculo mismo; en su casa rarísimas veces ocupa su puesto á la mesa, y de nueve á doce vuelta á jugar....

— Pues lo que es la Duquesa no debe hallar muy divertido eso (objetó Jorge riendo). ¿Tiene siquiera hijos para distraerse?

— No. Y probablemente no los tendrá. El Duque es ya un sol que muere.

— Entonces, ¿qué hace por las noches?

— Lee, dibuja ó pinta.... Porque es artista de corazón. He ahí por qué estoy seguro de que el retrato, ó, mejor dicho, el estudio hecho con tanto talento ha de parecerle muy bien.

— Pues se le enviará (concluyó Jorge). Enterado ya de cuanto necesitaba para llenar su deseo, el joven artista creyó deber dirigir á otro objeto la conversación, para evitar que chocase tanta insistencia sobre el mismo asunto.

El combate de gladiadores sirvió de tema al debate artístico por espacio de corto tiempo, y se disolvió la reunión.

Cuando Fontaine hubo despedido al último de los visitantes, fué en busca de su hermana, la dió cuenta de los datos adquiridos, y concluyó con estas palabras:

— Y ahora voy á dar principio á mi campaña.

— ¿Cómo? ¿Qué piensas hacer?

— Son las cinco de la tarde; hora á propósito para hacer visitas. El Duque estará en el Casino entretenido con su *Whist*, y no me molestará. Voy, pues, á ver á la que ya no es incógnita.

— Pero ¿te recibirá?

— Sin duda. Cuando vea que su picardía se estrella contra mi voluntad firme, comprenderá que soy mal enemigo, y tendrá miedo.

— No la creo mujer que se intimide fá-

cilmente. Hará que te digan que no recibe ó que no te conoce, y te verás obligado á intentar otro medio de ataque. Hablando con franqueza, me disgusta que vayas sin que ella te llame.

— Pero eso, ¿puede ser?...

— ¿Por qué no? Sigue el consejo de tus amigos. Envíale el retrato como te han dicho.... pero firmalo. Tu firma al pie del lienzo la sorprenderá y la llenará de dudas. Pensará que no retrocedes delante de ningún obstáculo, que le conviene evitar una ligereza tuya que pudiera comprometerla, puesto que á ti poco puede importarte quien procede como ella procedió, y te llamará, está seguro. No perdamos tiempo. Firma con letra bien clara. Disponlo, y encarga al portador que lo deje en su destino, sin decir quién le envía y sin esperar respuesta.

— Y si quiere escribirme, ¿cómo sabrá?...

— ¿Dónde vives? Consultando el catálogo de la Exposición última. Siendo aficionada á la pintura, tendrá alguno.... Además, eres más conocido de lo que te figuras. ¿Quién no sabe dónde vive Jorge Fontaine?

Todo se hizo como Lucía indicó, y á las ocho de la noche, cuando aquélla y su hermano se ponían á la mesa, llegó una carta, que decía así:

«Caballero: Han traído á mi casa un cuadro que lleva su firma de V. Sin duda está de venta, y V. pensó que podría convenirme adquirirlo. Me gusta, y quizás me decida á comprarlo si nos arreglamos en el precio. Puedo recibirle hoy mismo á las nueve.

» DIANA DE LIMOURS.»

—¿Qué te parece? (replicó Jorge enseñándole la carta á Lucía.) ¡Hase visto insolencia!....

—¿Y qué te importa si has logrado tu objeto?

—¡Tienes razón!....

Á las nueve en punto, el pintor entró en el palacio de la duquesa de Limours.

XXV.

Sucede con mucha frecuencia que las personas más tímidas por naturaleza, los que más fluctúan antes de resolverse á tomar un partido, una vez formado el propósito, desenvuelven una resolución inaudita. Así se explica la firmeza con que Jorge Fontaine penetró en casa de la duquesa de Limours, considerándola á su nivel, si no por nobleza de sangre, por educación al menos; por eso el lujo y el aparato que rodean de ordinario á las mujeres de elevada categoría no le deslumbraron ni despertaron en su ánimo la más leve sombra

de timidez. El artista desapareció para ser sustituido por el hombre de mundo que, si de algo nuevo se admira, encubre su admiración bajo las formas de la mayor indiferencia.

Dió su nombre al portero que le salió al encuentro, advirtiéndole que la señora le esperaba, y con paso seguro y continente altivo subió las escaleras y penetró en el vestíbulo, en el momento que dos golpes del timbre anunciaban su llegada. Al entrar, varios lacayos, con vistosas libreas, se pusieron en pie; y se disponía á repetirles lo mismo que dijo en la portería, cuando un ujier vestido de etiqueta le atajó, diciéndole al paso que le ayudaba á quitarse el gabán:

—La señora Duquesa tiene dada la orden de recibir al señor. Si V. S. tiene la bondad de seguirme....

Y abrió una gran puerta que comunicaba el vestíbulo con el primer salón, prece-diendo al huésped.

Atravesaron esta estancia, y otras dos aún mayores, todas alhajadas con exquisito gusto, y cuyas altas paredes estaban cubiertas de cuadros de mérito, y al llegar

á la última puerta, el criado alzó la *portière*, y dejando paso libre al pintor, dijo con voz sonora y campanuda: «El señor Fontaine.» Jorge penetró sin vacilar, y se encontró en un gabinete lujosísimo, especie de *boudoir* coquetón, y alumbrado por una sola lámpara, cuya bomba estaba recubierta por una pantalla de encaje.

Junto á una pequeña mesa que sostenía la luz, estaba sentada Diana, vestida de terciopelo negro, y con un libro en la mano. Al penetrar Jorge abandonó su tarea, colocó el volumen en que leía sobre la mesilla, y con aire indiferente abarcó al artista con su mirada de reina.

—Hágame V. el obsequio de sentarse, señor Fontaine, y, si le parece, hablaremos del cuadro que me ha enviado, —dijo.

Y mientras el joven obedecía, ocupando una butaca enfrente de ella, exclamó con rudeza:

—Por lo visto, pretende V. haberme retratado.

—Es cierto, señora. Ese fué mi propósito.

—Mejor que retrato puede llamarse un bosquejo.

—No pretendo que merezca mayor categoría.

—¿Y desea V. venderle quizás?...

—No. Mi propósito fué tener el honor de ofrecérselo como un obsequio ó un testimonio de....

—¿Con qué título? ¿Con qué derecho?

—interrumpió la Duquesa con altanería. Fontaine la miró á su vez con igual altivez, y repuso enérgico:

— Á título de testimonio de amistad con Pedro de Morlain.

Estas palabras, que fijaban los términos de la cuestión y determinaban el comienzo de la lucha, no hicieron gran mella, aparentemente al menos, en el ánimo de la Duquesa. Diríase, por el contrario, que le habían infundido mayor energía, porque miró á su interlocutor con más profunda fijeza. Sin duda, antes de lanzarse, quería conocer mejor á su adversario. Tras corto silencio, como si no hubiese oído el nombre de su amante ni comprendiera el sentido de las frases de Jorge, sonrió con aire de benevolencia, y dijo con tono ligero:

—¿Cómo pudo V. retratarme tan pare-

cida? Porque no recuerdo haberle visto el tiempo suficiente para....

—En efecto, señora; no tuve la honra de que voluntariamente se prestara V. á que la retratase. ¡Sorprendí el gesto y la actitud!.... ¡Es V. tan hermosa!.... Perdóneme que me atreva á decirle todo lo que me parece; es el artista, no el hombre, quien habla. Tanta belleza me impresionó, y pude, si no reproducirla en el lienzo, al menos dar una idea de ella.

—¡Gran memoria se necesita! Posee V. una habilidad y ejecuta con una rapidez pasmosa.... —dijo Diana con acento un tanto burlón.

Jorge se inclinó sin responder.

—Cuando me envió V. el retrato, fué porque hacía mucho tiempo que me conocía, ¿no es eso?

—No, señora. Pinté una mujer que llamó mi atención por muchos conceptos, pero sin conocer su nombre ni sus antecedentes. Ayer convoqué á unos amigos para enseñarles mi obra, y uno de ellos, el marqués de P.... que, si no me engaño, frecuenta esta casa, fué quien me dijo el nombre de mi desconocido original.

— Y V. se congratularía por ello, ¿verdad? Porque había logrado su objeto único, conocerme, saber mi nombre....

— Es verdad. ¿Por qué negarlo?

— El medio es ingenioso, y no está al alcance de todo el mundo. Pero abusa V. algo de su gran talento.

— También lo reconozco. Mas no me duele. Son represalias justísimas. Abuso por abuso. V. abusó de mi estúpida credulidad el día en que me aseguró que era la baronesa de Ligny, y que vivía en el boulevard Haussmann, núm. 40....

Este segundo ataque, tan brusco como el primero, no produjo mayor efecto que éste. Diana lo rechazó con frialdad, sin inmutarse. Saltaba á la vista que estaba resignada á todo, y todo lo esperaba mientras no pudiera atacar á su vez.

— De modo (dijo), que sus amigos de V., y entre ellos el marqués de P.... creen que le serví de modelo acaso en su propio estudio....

— No; creen sencillamente lo que les dije. Que una casualidad produjo una semejanza tan perfecta como inesperada, ó que un recuerdo vago inspiró mi cuadro.

— ¿Eso es absolutamente exacto?

— Palabra de honor, señora....

— Bien: me conformo. Pero supongo que no se habrán contentado con decirle á V. mi nombre. Habrán hablado de mí. Acaso alguno de ellos habrá hecho mi retrato moralmente, por análogo procedimiento que V. empleó para copiar mi rostro.... Quizás V. les habrá preguntado.... Tenía V. mucho interés en saber de mí.... y.... tengo mucha curiosidad por conocer ese juicio que de mí se tiene formado.

— ¿Por qué había de callarlo? Mis amigos, y sin duda reflejan la opinión pública, la ponen á V. al nivel de los dioses.

— ¿Pero ninguna sombra empaña ese olimpo? — dijo Diana sonriendo con gracia.

— Ninguna. Todas las virtudes que le atribuyen, sin duda con justicia, son completas. Ningún punto negro las oscurece.

— Perfectamente, señor Fontaine (dijo Diana con tono resuelto. Y poniéndose en pie, apoyó el puño sobre la mesa, y prosiguió): Todo eso lo sabía yo. Conozco el juicio que de mí tiene formado el mundo....; y si le interrogué á V...., fué porque deseaba averiguar.... qué pensaba en vista de él....

— No comprendo....

— Es decir, que no ve V., no comprende....

— No: lo confieso.

La Duquesa miró en torno suyo, para asegurarse de que, cerradas las puertas y echadas las cortinas, no podía ser sorprendida por nadie; y luego, por un movimiento rápido, se acercó á Jorge hasta donde necesitaba para hacerse oír de él hablando en voz baja.

XXVI.

— Después de conocer esa opinión del mundo, repetida por sus amigos de V., ¿no ha pensado que lo [que de mí pretende es imposible? (dijo con acento brusco y nervioso.) ¡Querer que la duquesa Diana de Limours, respetada, honrada por todos cuantos la conocen, caiga de su pedestal para hundirse en el lodo, para ser ludibrio de las gentes, para convertirse en presa de la maledicencia, es una insensatez!.... No puedo, no haré lo que V. se propone. ¡Oh! Sería horrible para mí presentarme delante de

un juez de instrucción y luego ante un público ansioso de cebarse en mi honra, para decir: « Pedro de Morlain es inocente. Cuando se perpetró el crimen que le imputan, estaba conmigo en una casa, donde acudía yo para arrojarme en sus brazos como una mujerzuela!... » ¡Nunca haré eso! ¡Estoy muy alta para que la caída no me arredre! ¡V. sólo piensa en él; yo pienso en mi familia, en mi marido, en el círculo social á quien me debo!... ¡Pienso en mí! ¡Qué se diría!... ¡Qué vergüenza tan grande para una mujer como yo!...

Animada por momentos, se acercó poco á poco á Fontaine, y, sin querer, le tocaba casi el rostro con el suyo propio; su aliento le acariciaba el semblante y parecía como si le abrasase la piel. La duquesa de Limours había desaparecido con la altanería y la compostura estudiadas. Quedaba la mujer que se defiende por instinto de conservación, con la elocuencia y el interés que presta el temor á un grave peligro, á un riesgo inminente de perder la reputación y el buen nombre.

Tal era su agitación, que hubo de interrumpir su discurso; se irguió de nuevo,

miró temerosa en torno suyo, y apenas tomó aliento, prosiguió:

—Comprenda V. que hay mujeres á quienes no es dable exigir lo que otras harían á costa de un pequeño esfuerzo. Según las circunstancias, varían los intereses. Las hay que, ya comprometidas, pueden dar un paso más sin gran dificultad; otras, al perjudicarse, no envuelven ajenos intereses. Yo tengo muchísimo que perder: consideración social, el puesto que ocupo, merced al rango que debo á mi nacimiento, á mi matrimonio y á mis parientes.... Al echar sobre mi frente una mancha, todos los que llevan mi nombre se verían envueltos en mi oprobio. La otra noche podía V. hablarme como lo hizo; me tomó V. por una baronesa, cuyo título merecía más bien burla que respeto, y era muy natural que me dijera: «salve á mi amigo.» Pero hoy que me conoce, ¿cree que debo sacrificarlo todo, cuando vale tanto?

Jorge vaciló. Diana esperaba ansiosa su contestación, y al ver que se retardaba, prosiguió, cambiando de tono, con violencia, pero sin alzar la voz:

—Y si bien se mira, ¿qué derecho tiene

V. para exigirme de *motu proprio* lo que Morlain rehusa, y estoy seguro que lo rehusará siempre? Si yo quisiera hablar y comprometerme, me lo prohibiría, diciéndome: «El día que consentiste en amarme, acepté las consecuencias todas de un amor en que cifraba toda mi dicha, pero que también podía acarrearle pesadumbres, y aun peligros, como todas las acciones irregulares.» Sí; dada su lealtad, y supuesto su conocimiento del mundo, así hablaría si nos escuchara. Y habrá de perdonarme que le diga que me parece impropio de V. mezclarse en asuntos tan íntimos de su amigo, sin consultarle antes, porque se expone mucho á incurrir en su desagrado.

Dominado por la influencia de la Duquesa, lleno de turbación al sentirla junto á él, respirando casi su aliento, percibiendo casi el calor de su cuerpo, Jorge no sabía qué decir. Hubo de hacer un gran esfuerzo para murmurar:

—¡De suerte que quiere V. que el infeliz Pedro, inocente como está, sea condenado á perder la libertad, ó quizás la vida!....

—No. No será ni uno ni otro, —repuso Diana irguiéndose.

Y volviendo á ocupar su asiento junto á la luz, prosiguió:

—Exagera V. el peligro; no procede en este caso como requiere su importancia real. Sin duda obedece V. á una influencia extraña...., acaso la de su hermana de V...., de la cual me habló Morlain muchas veces. Joven ó impresionable, le impulsa hasta más allá de los límites de lo razonable. Por interés del mismo Pedro, no conviene que me deje yo extraviar por su impaciencia de Vds. Imaginemos que me prestara á lo que se propone, y fuera en casa del juez y le dijera: «El señor Morlain rehusó declarar la verdad, y vengo á hacerlo yo en su nombre. La noche esa, que, según suponen Vds., la pasó junto á Laura Vivian, estaba conmigo, porque es mi amante.» El juez, ¿piensa V. que me creería? «Es muy hermosa la acción de V., señora (me diría), y la admito. Ama V. al presunto asesino, y pretende salvarle á cambio de su propia reputación. Pero, como V. comprenderá, no me basta con sus afirmaciones; necesito pruebas reales.» Y ¿cuáles podría aducir? ¿Quién nos

vió entrar en aquella casa, dispuesta para encerrar un secreto, y aislada y desierta para que nadie pudiese sospechar que lo guardaba? ¿Quién afirmaría que estaba conmigo? Yo. Yo sola; la interesada en que se me creyera. Pensarían que trataba de extraviar la acción judicial; me haría sospechosa, y, lejos de aminorar el interés de la policía, lo acrecentaría más al oponerle obstáculos, y en vez de emplear mi influencia en beneficio de nuestro amigo, le perdería, inutilizándome. Además, ¿quién sabe si á estas horas está descubierto el verdadero criminal? Morlain no es ciertamente; es otro, y á este puede prendérsele cuando menos esperemos. ¿Duda V.? ¿Piensa que la justicia, creyendo tener á buen recaudo al asesino, no persigue á otro? Pues bien: ¿por qué en lugar de pedirme que me sacrifique no le busca V. mismo? ¡Halló más cómodo penetrar mi secreto, sorprenderme! ¡Eso no es noble, ni justo, y no cuenta V. conmigo para seguir un peligroso camino que envuelve mi pérdida.... acaso estérilmente!.... Pero si esto no me conviene, acepto con gusto una parte de trabajo para salvar al inocente, entregando á los tribu-

nales á un culpable oculto por la fatalidad. En ese terreno estoy á su disposición, amigo Fontaine.

Jorge había dejado caer la cabeza sobre el pecho; no contestaba ni se defendía, porque no sabía qué decir. Diana se levantó de nuevo, y fué á ocupar otra vez la butaca inmediata á la del joven. Continuó su defensa; pero había en sus palabras algo nuevo, algo que persuadía, que arrastraba.

—¿Quiere V. que nos pongamos de acuerdo y hagamos frente á la situación, conspirando juntos para adivinar dónde se esconde el infame cuyo puesto ocupa Morlain? Conviértase V. en mi aliado; no le quiero adversario.... Mis declaraciones dejarían dudas, mientras que, descubierto el verdadero criminal, nuestro amigo se verá libre, y yo con mi reputación incólume.... ¿Acepta V.?....

Fontaine abrió los ojos, y su mirada se cruzó con la ardiente mirada de Diana. Iba á hablar; ella lo comprendió, y arriesgó el último recurso.

—Ansío saber qué resuelve V....—le dijo con acento indescriptible.

—Haré lo que V. quiera....—murmuró

Jorge, echando atrás el cuerpo, como si temiera á la Duquesa.

— Entonces, separémonos (concluyó Diana levantándose). Podría extrañar á los criados tan larga visita. Pero le espero á V. mañana á las dos de la tarde.... Le recibiré en mi estudio.... Diré á mi marido que me ha sido V. presentado y consiente en retratarme y ser mi maestro de pintura. Así nos podremos ver todos los días y concertar nuestras pesquisas. ¿Quedamos conformes?

— Sí, Duquesa.

— Olvido entonces lo pasado, para ver sólo el porvenir.

Arrebatadora, sonriente, tendió su mano á Fontaine. Éste la tomó con respetuoso afán, y le estampó un beso abrasador en la punta de los dedos.

En seguida dió media vuelta, y bruscamente, como quien huye, ganó la puerta.

XXVII.

Las razones de la duquesa de Limours, aunque fueron transcritas por Jorge con gran exactitud y mucho fuego, no hicieron sobre el ánimo de Lucía tan honda mella como en el de su hermano. La lectura de la defensa de un abogado no causa impresión casi nunca, y á veces nos preguntamos cómo pudo inclinar el fallo del jurado en pro de un reo hasta atenuar las circunstancias de un gran delito. Pero esto es debido á que cuando se lee no se experimenta igual sensación que cuando se escucha y se

está pendiente de una palabra fácil y elocuente. El gesto, las actitudes, el tono, ya enérgico, ya suplicante, ora violento, luego dulce, tienen más influencia que las razones mejor fundadas, hiriendo directamente la sensibilidad y arrastrando la inteligencia hasta una ofuscación relativa. Y claro es que si quien maneja tan poderosas armas es una mujer hermosa cuya presencia extasia y cuyo aliento quema, y el auditorio es masculino, el triunfo de su elocuencia es indiscutible é inevitable.

A su pesar, Jorge se dejó influir, sucumbió, y para reaccionarse necesitaba que Lucía, mujer también como la Duquesa, apasionada á su vez, y aún más viril y entusiasta que ella, deshiciera la fascinación.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con su importancia y su rango? (objetó, luego que Jorge hubo terminado su discurso). ¿Acaso Morlain no tiene honra? ¿Por ventura no pierde muchísimo bajo el peso de una acusación? Pedro no lleva un título tan ilustre como el de Limours; pero su apellido no es menos digno de respeto que aquél. ¡Nos habló de su honor, de su repu-

tación!... Y el honor y el buen nombre y la libertad de Pedro, ¿nada valen? Ella tiene mucho que perder; mas si nuestro amigo es condenado inocente, ¿quién habrá perdido más?

Jorge escuchaba en silencio; estaba confuso, avergonzado por su torpeza. ¿Cómo no opuso todos estos argumentos á los de Diana una hora antes?

—Y si la razón me asiste en lo dicho, no es menos pequeña la que me apoya en lo que voy á decir (prosiguió Lucía). Esa mujer pretende demostrar que sus declaraciones serían inútiles para salvar á Pedro, porque no existen pruebas en que fundarlas. ¿Ella qué sabe? ¿Y si la hubiesen espiado sin saberlo nadie, y la hubieran visto entrar ó salir en el hotel de su amante? ¿Y si esa criada invisible de que me hablaste estuviese al corriente de todo y pudiera afirmar la verdad de los hechos? Además, ¿qué idea tiene del juicio de un magistrado, harto de saber distinguir entre lo que se dice con intención de engañar y lo que se asegura con la firmeza de la verdad? Suponer que la duquesa de Limours, dadas sus condiciones, considerada como un modelo

de virtud, iba á comprometerse y comprometer el nombre de su familia, no tratándose de un objeto muy importante, como es el de cumplir un deber ineludible de conciencia, salvar de la infamia á un inocente; suponer semejante absurdo, no cabe en ánimo de quien discurra y emita su opinión de buena fe. Y un juez que razona á sangre fría, comprende esto mejor que nadie. Pero aun admitiendo tan enorme disparate; aunque se tratara de un juez testarudo y necio hasta lo inverosímil, que se empeñase en sostener la acusación luego de oír á la Duquesa, ¿sucedería lo mismo con el jurado, compuesto de varios hombres de bien, dispuestos á juzgar sin pasión ni más interés que el de la justicia? Que á su presencia tenga valor para decir francamente: «Estaba conmigo ese hombre la noche que sucedió el asesinato; lo juro y lo afirmo con toda mi alma:» que se atreva á esto, y ten la certeza de que no habrá quien ose condenar á Morlain.

— ¡Pero si la Duquesa no cree que lleguen á condenarle! — dijo Fontaine.

— Porque no admitiendo que eso puede suceder..., engaña á su propia conciencia, y

queda tranquila. Pero yo, que no estoy en su caso, lo creo firmemente. Las pruebas acumuladas en contra de nuestro amigo son abrumadoras, y envuelven la condena, como ella no la destruya decidiéndose á hablar.

— ¡Oh! Esa afirmación....

— Está fundada sobre bases fortísimas. Francisco, el criado de Pedro, que le ha visto nacer y le quiere como á un hijo, estuvo aquí mientras tú discutías con la Duquesa. Tres veces le han hecho declarar, y está convencido de que el Juez cree culpable á su amo por la manera cómo le han interrogado, y la clase de preguntas que le han dirigido, acosándole y llegando á envolverle, hasta hacerle confesar que Morlain entró en su casa después de las doce la noche del asesinato, que estaba inquieto, preocupado, y que antes de acostarse estuvo paseándose por su cuarto largo espacio. También ha declarado que observó la heridilla que traía en un dedo, y luego algunas manchitas de sangre en los puños de la camisa.... En una palabra: que su declaración es contraria á Morlain, y confirma la de los demás testigos....

—Verdaderamente, todo eso es muy grave, —murmuró Jorge.

—¡Ah! ¡Si no fuera más que eso! Pero escucha, que aún hay más. Junto al cadáver de la señora de Vivian se ha encontrado uno de los botoncitos de perlas que solía usar Pedro en la pechera... El juez de instrucción ha supuesto que se debió desprender del ojal durante la lucha que precedió al asesinato... aunque Francisco afirma que su amo echó de menos aquella alhajita hacía cerca de una semana; y como es natural que se suponga á éste interesado en salvar á aquél, sus afirmaciones, lejos de favorecer, perjudican á nuestro pobre amigo. Hacen más fuerza las de la doncella de la víctima, que sostiene no haber hallado nada en ninguna habitación cuando los días precedentes barría con sumo cuidado... Después de saber esto, ¿aún persistes en creer, como esa mujer *modelo de virtudes*, que tu mejor amigo, casi hermano del alma, no corre ningún riesgo?...

—No, Lucía; francamente. Temo como tú, y, sin embargo...

—¡Aún vacilas!... ¡Parece imposible! No digo tratándose ya de lo que tememos;

aunque se tratara tan solo del dolor que debe oprimir á Pedro por verse tildado como asesino cuando una palabra de la Duquesa le salvaría; del desconsuelo que ha de producirle encontrarse entre criminales, en una cárcel, aunque alcance luego la libertad, créeme, Jorge, no hay razones, ni puede haberlas, para hacer callar á esa mujer. Su conducta es indigna; por mi parte, está juzgada al pensar cómo *debía ser* cuando nuestro amigo la recibía en aquel hotel que me describiste, bello, elegante, cómodo, y comparar luego cómo es cuando el infeliz está lejos de ella, en una celda fría y lúgubre para los delincuentes, y más triste aún para el que reconoce su inocencia. ¡Oh, qué infamia!... ¡Qué pobreza de alma la de esa criatura que se juzga tan alta! Acaño crea que es una ventura sufrir así por ella, y por eso ni aun compadece á la víctima de su orgullo, de su egoísmo, de su pequeñez de espíritu! ¡Es una miserable, digna sólo de ser despreciada!...

Arrastrado por la pasión de su hermana, influido en lo más hondo del corazón por aquellas palabras que evocaban todo el cariño que profesaba á su mejor amigo,

Jorge olvidó á la Duquesa, lo olvidó todo, y exclamó con fuego:

—¡Tienes razón, Lucía; es menester hablar, y hablaré! Pedro recobrará la libertad y la calma...

La joven reflexionó unos instantes; luego, con acento tranquilo, comenzó:

—No procedamos de ligero. Previendo el caso en que nos hallamos; el de que esa mujer se negara á demostrar la inocencia de Pedro, he pensado mucho, y después de oírte, no te reconozco con derecho para decir lo que sabes, en lugar de ser ella quien declare. Y bien sabe Dios que no me inspira el temor de perjudicarla; ¡no merece ningún respeto persona tan ruin! Lo que me detiene es una consideración que ella te hizo. ¿Consentirá nuestro amigo en que le salvemos á costa de la reputación de la Duquesa? ¡Bien le conoce cuando afirma que no lo consentiría! Lejos de ayudar nuestras gestiones, estoy segura de que las entorpecería negando, y entonces... Además, como mujer calculadora, que piensa y no siente, ve la cuestión por distinto prisma que nosotros, y ciertas palabras tuyas me dan un

rayo de luz. «En lugar de buscarme y sorprender mi secreto, te dijo, ¿por qué no se dedicó V. á descubrir al asesino, y eso fuera lo más expedito y más seguro para obtener su propósito?» Indudablemente, lo más expedito era que confesase; en su argumentación hay mucho de sofístico; pero ya que se niega, puesto que se resiste, ¿no es mejor prescindir de ella y obrar por cuenta nuestra hasta demostrar la inculpabilidad de Pedro?

—Sí. Y nos ayudará ella. Así me lo prometió, — exclamó Jorge con alegría.

—Si tiene un átomo de bondad en el corazón, debe interesarse por un hombre que le sacrifica hasta la honra. Busque en buen hora por su parte, y contigo, si le parece. Mas por la mía... no necesito ayuda. Yo no sirvo para hacer causa común con quien procede como ella...

—¿Qué puedes hacer sola, pobre niña?

—No estaré sola. Nada temas. Mi antigua maestra de piano, la que vive en el boulevard Haussmann, estuvo á verme poco antes de tu llegada. No tiene lecciones por ahora, y se puso á mi disposición. Entre ella y yo, secundadas por Francisco, que

tiene tanto cariño á su amo, y se encargará de lo que no podamos hacer por nosotras mismas, espero que llegemos á obtener algo....., quizás mejor que tu querida Duquesa....

— ¡Querida! ; Por qué la llamas así?....
— interrogó Jorge, desconcertado sin saber por qué.

Lucía no replicó; volvió la espalda á su hermano, y salió bruscamente, para subir á encerrarse en su cuarto.

XXVIII.

Al día siguiente, Fontaine acudió á la cita de la Duquesa, y fué recibido de tal suerte, que hubo de reconocerlo: no obstante su humilde nombre, que trascendía á plebeyo en la mansión ducal, se hacía honor al mérito de su talento. Sin duda, la castellana de aquella morada, aristocrática por excelencia, colocó al joven artista en el lugar que merecía á los ojos de su marido y de las personas que la visitaron el día anterior. Apenas apareció en el vestíbulo, se levantaron todos los criados, y el ujier

mismo que le introdujo la vispera se le acercó, diciendo :

—La señora espera al señor en su estudio. Si tiene la bondad de permitírmelo, le enseñaré el camino.

—Guíe V., —repuso Jorge.

Subieron al principal, atravesaron una vasta galería, y por una pequeña escalera dieron en el segundo piso, frente á una puerta cerrada y cubierta por gruesos cortinajes. El ujier levantó éstos, abrió la puerta, y anunció :

—El señor Jorge Fontaine.

Diana estaba en pie delante de un caballete que sostenía un lienzo á medio pintar. Al oír la voz del criado, se volvió, dejó encima de un sitial paleta y pinceles, y tendiendo la mano al pintor, exclamó con voz melodiosa :

—Aquí no es la duquesa de Limours quien recibe al gran artista Fontaine. Es la discípula que ofrece sus respetos al maestro.

Jorge no contestó. Tan lisonjera acogida de parte de tan hermosa mujer (porque la halló más linda á la luz del día y en traje de casa, que la vispera por la noche y

vestida con más lujo) le impresionó hasta el punto de no poder responder.

—¿Le parece á V. aceptable mi estudio? —interrogó Diana.

—¡Señora! Diga V. magnífico por todos conceptos. Espacioso, alto de techo, con una magnífica luz..., y luego, dispuesto todo en él de manera que se revela por doquier el buen gusto de su dueña.

—Es V. muy galante...

—Justo, debe V. decir.

—Puede V. creer que celebro mucho oírle alabar mi obra. Porque este taller se debe á mi exclusiva iniciativa. Antes, cuando el príncipe Polkine habitaba la casa, había en este piso tres piezas: un salón, un comedor y un gabinete sin luz apenas. Eran las habitaciones del secretario del Príncipe. Yo hice echar abajo los tabiques y el piso superior, formando uno solo con los dos, y quedó como ve V. El antiguo inquilino no le reconocería si le viese.... Este departamento es mi retiro.... Después de almorzar me encierro en él, si no tengo necesidad de salir, y muchos días no le abandono hasta que comienza á oscurecer. Cuando esto sucede, todos, incluso mi ma-

rído, respetan el santuario.... Á propósito: he hablado de V. al Duque, y está muy satisfecho de que consienta en retratarme y ser mi maestro.

Todo esto lo dijo Diana con el tono más natural y más gracioso, y sin dejar de sonreír un momento. Tenía razón; no estaba allí la duquesa de Limours; se había quedado, con su altanería y sus modales de reina, en los vastos salones de los pisos inferiores.

De pronto, Jorge fijó los ojos en un cuadro, y exclamó:

— ¡Como, Duquesa! ¿Fué V. quien adquirió mi primera obra?....

— Sí, mi querido maestro. La compré hace un año por medio de nuestro amigo Morlain. ¿No se lo dijo á V.?

— No. Pedro jamás pronunció el nombre de la duquesa de Limours delante de mí.

— Por aquella época le veía todos ó casi todos los días en el teatro de la Ópera ó en sociedad. Me hablaba mucho de V. y de sus triunfos artísticos.... Le manifesté deseos de poseer una de las obras que los produjeron, y compré por encargo mío este en casa de Goupil, si mal no recuerdo.

— En efecto: él fué quien lo adquirió.

— Después de esta pequeña negociación fué cuando nació nuestra amistad.... Inocentemente nos sirvió V. de motivo para entendernos. Vino para decirme la respuesta de Goupil; le recibí aquí mismo.... Entonces comenzaba á alhajar mi estudio, y le pedí consejo sobre muebles y objetos para arreglarlo.... Me los dió, me ayudó como hombre de gusto que es...., y se estableció entre nosotros cierta especie de intimidad artística...., base de otra más profunda.... por su desgracia....

— ¡ Su desgracia!....

— Sin duda. En otras circunstancias, sin tener yo nada que ver con él, sin la discreción que me debe, ¿no le sería muy fácil probar, minuto por minuto, dónde estuvo la noche que sucedió el crimen que le imputan, que causó su encarcelamiento? Cualquiera diría (prosiguió Diana bajando la voz) que presentía yo una catástrofe. Me disgustaba ir á la casita del boulevard Pereire.... La última vez que nos vimos le rogué que renunciase á mí, á nuestras peligrosas citas.... Por eso, sin duda, llegó á su casa agitado y nervioso, y su in-

quietud de aquella noche reforzó las sospechas del juez. Su disgusto y su dolor, causados por mí, se atribuyen al remordimiento por un crimen.... La herida que tenía en un dedo añade gravedad á todas las otras presunciones.... y, sin embargo, es fácil de explicar. Quería irme; le dije que no volvería más.... Él me retenía suplicante.... Hice un movimiento para desasirme...., y con el alfiler de un broche que llevaba al cuello le herí....

— Y si no quería verle más, ¿por qué volvió V. al otro día?—dijo Fontaine con acento nervioso.

Sin parecer extrañarse de la pregunta, Diana repuso con voz triste:

— Á fuerza de ruegos logró que le prometiera continuar unos días viéndole á solas, para acostumbrarse (así me lo dijo) á nuestra separación.

Jorge se acercó bruscamente á la Duquesa, y sin darse cuenta de que su actitud era casi inconveniente, interrogó de nuevo:

— ¿No le ama V. ya, por lo que veo?—dijo.

— No (repuso ella sin vacilar; y con

extraño tono, murmuró luego muy bajito): creo que no le he amado nunca....

Jorge inclinó la cabeza; Diana suspiró, y siguió diciendo:

— Esto le parecerá á V. muy raro. Se extrañará mucho que no amándole, no disculpándome en mi propia conciencia con una gran pasión, consintiera que él me amase.... y procediese como si á mi vez le correspondiera.... Para juzgarme bien, sería menester que me conociese V. mucho. Esto es muy difícil. Yo llevo una careta que nadie, ni él mismo, han sabido arrancar de mi rostro. Por eso ninguno me conoce á fondo ni aprecia lo que valen mis actos, hijos de mi posición, de mi vida íntima.... Nadie sabía que mi marido.... Hacía un año que estaba sola, viuda hasta cierto punto.... Morlain se cruzó en mi camino.... Me pareció que me amaba mucho.... ¡Luché!.... Sucumbí.... ¡Ah! Si yo hubiera sabido.... Pero ¿por qué le digo á V. estas tonterías? Perdóneme. ¡Qué cabeza la mía! Y eso que.... (prosiguió acercándose más á Jorge), ¿á quién mejor puedo confiar mis secretos? Conoce V. el más grave de todos.... Nos une por disposición de la suerte.... y, en fin...., deje-

mos este asunto.... Estamos reunidos para tratar de salvar á un inocente, encontrando al verdadero culpable del crimen que se atribuye á Morlain. ¿Por dónde comenzaremos nuestras pesquisas? ¿Ha pensado V. algo de esto? Ó si no...., mejor será que no me diga nada. Aunemos nuestras fuerzas, pensemos juntos, y quizás entre los dos hallemos una idea salvadora. ¿Quiere V.?

— ¡Ah, sí! Pensemos juntos.... — exclamó Jorge.

— Siéntese entonces aquí á mi lado.

Subyugado del todo, Fontaine obedeció. Aquella confianza en él, aquel abandono, la atmósfera que le envolvía, todo conspiraba á un mismo fin, y Jorge era incapaz de resistir á una influencia muy superior á su voluntad....

XXIX.

Mientras Jorge y la Duquesa se entretenían en dar comienzo á sus pesquisas, Lucía se lanzaba desde luego en el camino de las investigaciones con fe y actividad dignas de todo elogio, sin más ayuda que la de su antigua maestra de música, la señora Ducamp (que así se llamaba ésta), y la de Francisco, que podía serle muy útil con su celo y su condición de hombre.

En compañía de la anciana salió de su hotel, y derecha á su objeto, se fué á la calle de Blanche.

—¿Vive aquí la doncella de la señora de Vivian? — preguntó á los porteros.

—Sí, señora, — replicó la mujer de Jerónimo.

Lucía era de suyo simpática, y su figura y sus actitudes la daban una representación impropia de sus pocos años. Por eso la llamaban *señora* las personas que no la conocían, y en este mismo error incurrió la portera.

—Aquí vive, sí, señora (prosiguió la charlatana mujer de Jerónimo). Y me parece que aún tardará mucho tiempo en poder abandonar esta casa, porque la muerte repentina de su señora le ha sido bien funesta. La infeliz no tiene un céntimo; su ama murió quedándola á deber dos ó tres mensualidades, y si no fuera por nosotros, mi marido y yo, que la dejamos habitar su cuarto mientras el tercero esté por alquilar, no sé dónde hubiese ido la pobre, sin dinero y en medio de la calle.

—Pero, ¿no busca otra colocación? — interrogó la señora Ducamp.

—¡Ay, señora! ¡Qué ha de buscar, si además está enferma!.... El susto la impresionó tanto, que no tiene una hora buena....

y además, con tanto interrogatorio y tanto fastidiarla, impiden que se tranquilice y se reponga....

—¡Ah! (exclamó Lucía.) ¿Va con frecuencia al Palacio de Justicia?

—No puede. No tiene fuerzas para eso. No la llevarían las piernas. Pero el Comisario ha venido ya dos veces y le ha hecho un montón de preguntas que.... Figúrese V. para qué habrá servido eso. Habiendo ya dicho todo lo que sabía, ¿qué había de añadir?...

—¡Pobre muchacha! Es bien desgraciada en verdad. Sin recursos y enferma....

—Por esa razón no se puede reponer, por su pobreza. Para restablecerse, necesitaba alimentarse bien, cuidarse mucho.... Mas eso cuesta caro...., y yo no puedo hacer ya más, aunque mi voluntad es grande....

—De todas maneras, su conducta de V. es muy digna de elogio. Pero no es suficiente lo que hace; convendría algo más, y, si V. me lo permitiera, yo tendría gusto en contribuir á cuidar á esa pobre chica.

—¿Por qué no he de permitirselo? Con el alma y la vida lo acepto, y en nombre de Aurelia le doy mil gracias. ¿La conoce V. sin duda?....

—No; á ella no. Fuí amiga de la difunta señora Vivian.

—¿ Cuando estaba en el teatro ?

—Precisamente.

—Vamos, ya comprendo. ¿ Es V. cómica ? Como las otras dos señoras que vinieron el otro día. Pero aquellas no traían más objeto que curiosar. Me estuvieron hablando un rato de su antigua compañera y de qué sé yo cuántas cosas....

—Yo no puedo tener curiosidad.... porque quería á Laura, y leí con gran interés los periódicos que relataban los detalles del crimen. Por ellos supe también que la doncella de mi pobre amiga estaba enferma, y pensé desde luego socorrerla en lo que me fuera posible, como testimonio de cariñoso recuerdo á la memoria de su antigua ama.

—Pues su caridad, señora, no será pagada con ingratitud. Aurelia es una buena muchacha.

Lucía sacó el portamonedas; de éste cinco luises, y se los entregó á la portera, estupefacta de ver tanta liberalidad.

—Aquí tiene V. cien francos (le dijo). Disponga de ellos como mejor le parezca.

Pero, ¿ no sería posible ver á esa joven ? Quizás mi presencia la reanimase algo...., y entonces la caridad sería más completa.

—Nada más sencillo. Seguramente la hallará V. en su cuarto. Desde el día de la desgracia no ha salido de él. No le digo que baje, porque no podría aunque quisiera.

—No. Subiremos mi amiga y yo. Enséñenos por dónde, — dijo Lucía.

La portera las dirigió por la escalera principal, y al pasar por delante de la habitación de Laura, les dijo: « Aquí vivía la pobre señora. » En el piso quinto les mostró asimismo el cuarto de Bertin, « uno de los testigos más importantes en la causa, porque era el que aseguraba haber visto al señor de Morlain cuando entró en la casa de su querida á eso de las diez de la noche: » y poco más adelante, en el fondo del corredor se detuvo, y dió con los nudillos sobre una puerta cerrada:

—¿ Quién es ? — dijo dentro una mujer, Aurelia.

—Soy yo (repuso la portera). Vengo con dos señoras que quieren hablar con V.

—Voy á levantarme, y en seguida abro. Dispensen Vds.

— ¡Pobrecita!... (dijo en voz baja la buena de la mujer de Jerónimo). Siempre en la cama....

Dos minutos después se oyó andar por dentro del cuarto, rechinó la cerradura, y la puerta se abrió, dejando ver la figura de Aurelia, pálida, apoyada contra la pared, como si no tuviera fuerzas para sostenerse en pie.

— ¿Qué quieren de mí?— dije con voz débil, pero malhumorada.

— Tranquilícese V. (esclamó la portera). No se trata de preguntarle nada de parte del Juez. Estas dos señoras son antiguas amigas de la señora Vivian (q. e. p. d.), y vienen sin más objeto que protegerla á V. y consolarla.

— Dios se lo pague, señoras (replicó Aurelia con mansedumbre, bajando la vista, después que con una rápida ojeada hubo examinado á sus visitantes). Pero ¡si me da vergüenza recibir las á Vds. aquí y con este traje!....

— ¡Bah! (interrumpió la mujer de Jerónimo.) Hay dos sillas y una cama.... de modo que para tres personas aún sobra un poco. Yo las dejo á Vds. Desde la desgracia,

en cuanto salgo de la portería no puedo parar de miedo. ¡Si entrara otra vez en la casa algún malhechor!.... Hasta la vista, señoras: cuando bajen tendré el honor de despedirme de Vds.

Así diciendo, partió la buena mujer, y Lucía y su compañera penetraron en la estancia de la enferma. Aurelia cerró la puerta, se dirigió hacia el lecho con penosos y vacilantes pasos, y se dejó caer sentada sobre él. Traía un pañolón que la envolvía casi todo el cuerpo, y en la cabeza un *foulard* de seda atado debajo de la barba; su tocado revelaba ese abandono propio de los enfermos; pero así y todo, aun resultaba bonita; le brillaban los ojos, y entre sus labios graciosos se descubrían los dientes blancos como la nieve.

Lucía tomó la palabra:

— Supe que al morir mi amiga Laura quedó V. muy mal, y vine con objeto de socorrerla. La portera tiene una pequeña cantidad que la entregué para que atienda á su restablecimiento de V., y espero que éste no se haga esperar. Pero no crea que esto será todo lo que haga en su obsequio, hija mía. Su porvenir me intere-

sa, y deseo saber qué proyecta para tan luego como esté en disposición de trabajar.

— Mi deseo y mi propósito son volver lo antes posible á mi tierra. Estoy muy cansada de París. He sufrido mucho en él....

— ¿De dónde es V?....

— De la Borgoña.

— Yo me encargaré de los gastos del viaje. ¿Piensa V. irse pronto?

— Gracias á V. podré cuidarme, y en cuanto tenga fuerzas me iré. Es decir, si me dejan....

— ¿Quién puede impedirlo?

— La justicia. Es menester que comparezca ante el tribunal de Assises.

— ¡Ah! Sí. En la causa del asesinato de la pobre Laura.... ¿Y cuándo llegará el día de comparecer ante el tribunal?

— No lo sé, señora. Pero supongo que no tarde mucho, á juzgar por lo que me dijeron el día del último interrogatorio. El Juez lleva muy de prisa el asunto, porque como sabe quién es y tiene preso al culpable....

— ¡Ah! Le tienen preso....

— ¿No lo ha leído V. en los periódicos?

— Sí; Mas, ¿será en efecto el criminal ese Pedro de Morlain?

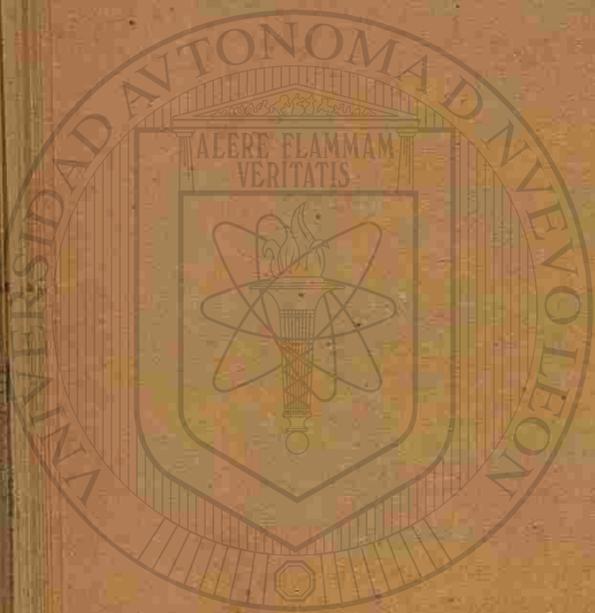
— Sin duda.

— Pero él no ha confesado.

— No es preciso: hay tantas pruebas contra él....

— Yo no sé nada más que lo que dice la prensa; mi amiga y yo tenemos interés por conocer detalles del hecho, y si V. me los diese y aclarase ciertas dudas, se lo agradeceríamos. Es una causa muy curiosa, de esas que interesan sin saber por qué.

— Es V. tan buena, señora (repuso Aurelia), que aunque me cueste gran trabajo, haré un esfuerzo para darle gusto hasta donde las fuerzas me lo consientan.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

XXX.

Lucía y su compañera ocuparon las dos sillas de anea que, con una mesa de pino y el lecho de hierro, constituían el mobiliario de la humilde habitación de Aurelia.

Ésta, sentada á los pies de la cama, estaba muy cerca de las otras dos mujeres, porque la pequeñez del cuarto no consentía otra cosa.

—Según dicen los periódicos, una de las pruebas que se aducen contra el señor de Morlain, es el hallazgo de un botón de la pechera encontrado en la estancia donde

estaba el cadáver de su señora de V. ¿Está segura de que la alhaja en cuestión no se le cayó algunos días antes?

— Segurísima. La hubiera encontrado al barrer el salón.

— ¡Quién sabe! Un botoncito tan pequeño....

— Es verdad; pero brilla, y se distingue muy bien sobre una alfombra oscura. Además, una perla es muy frágil, y mi pobre ama la hubiera pisado probablemente, porque estaba en medio del salón.

— Bien. Es verdad. Pero ¡si hubiese caído cerca de un rincón, y la señora Vivian la hubiera arrastrado con la cola de la bata en los momentos en que luchó con su asesino!.... Si ella misma la hubiese encontrado y colocádola encima de una mesa ó un mueble de los que estaban caídos en tierra, y entonces hubiese rodado hasta el lugar en donde la encontró la justicia!....

— ¡Pudiera ser! No se me había ocurrido eso.... — murmuró Aurelia pensativa.

— Pues aún es tiempo. Todavía puede V. advertírselo al Juez de instrucción....

— Y no lo olvidaré. Es mi deber, y

además, me parece que está V. interesada por el caso....

— Sí; porque le creo inocente.

— ¿De veras?

— Completamente, y me propongo que V. adquiriera mi convicción para que resulte menos hostil cuando tenga que declarar de nuevo.

— ¡No lo soy, señora! Ninguna queja tengo contra él. Todo lo contrario. Siempre fué cariñoso conmigo, y mi declaración es del todo leal.

— No lo dudo. Pero creyéndole culpable, ha presentado V. las cosas de cierta manera que le perjudica. Si llega V. á creer en su inocencia, estoy segura de que ha de verlas por distinto prisma....

— Quizás sea así. Pero lo malo es que ya ha declarado.

— No importa. En otras declaraciones puede V. favorecerle.

— ¡Oh! Siendo inocente, me alegraría mucho de ayudar á esclarecer su inocencia. Mas si no asesino él á mi pobre señora, ¿quién es el asesino?

— Otro hombre. Un desconocido, al cual puede ayudarme á buscar.

— ¡Ah! ¡Si pudiera!.... Pero he sufrido y sufro tanto....

— Tenga V. un poco de valor. Yo se lo ruego....

— Por V. y por él, haré lo que pueda.

— Una de las declaraciones que más perjudican al señor de Morlain, es la de un inquilino de la casa; un tal Bertin. ¿Le conoce V.?

— Sí; de vista. Por haberle encontrado algunas veces en la escalera.

— ¿Es hombre de bien?

— Sin duda. Nadie dice nada malo de él.

— Entonces no debemos suponer que obra de mala fe. Se equivoca confundiendo con otro al señor de Morlain.

— ¿Con quién?

— Eso es menester averiguarlo. Dígame V. Entre los que visitaban á la señora Vivian, ¿no se acuerda de alguno cuyo tipo y cuyo traje se pareciesen al del acusado?

— No, señora. Mi pobre ama no recibía hombres, y así lo dije al hacer mi primera declaración.

— Bueno; de ordinario no los recibiría; pero alguna vez.... por casualidad.... ¿No

recuerda V. ninguno que fuera á verla?

Aurelia apoyó el codo sobre un barrote de los pies de la cama y la cabeza en la palma de la mano, cerró los ojos, y reflexionó unos instantes.

— Sí, sí, — murmuró al cabo, cual si un recuerdo iluminase su inteligencia.

— ¿Recuerda V. alguien? — exclamó Lucía con viveza.

— Creo que sí. Hace unos seis meses vino á visitar á mi ama uno de sus parientes que vive en una provincia.

— ¿Y se parece al señor Morlain?

— En la cara no. Pero se me figura que era alto como él y tenía su mismo tipo.

— ¿Y á qué venía?

— Á pedir dinero. De esto me acuerdo bien. Cuando se fué, mi ama me dijo: «Mi familia se cree que tengo una mina de oro. Hasta los parientes más lejanos vienen á pedirme que les preste. Y lo que es éste, que no espere nada. Porque es un calaverón, capaz de todo, y yo no pago vicios.»

— ¿Eso dijo?

— Poco más ó menos, sí. Porque aunque no recuerdo las mismas palabras que pronunció, conservo en la memoria su sentido.

—¿Y nada de esto ha dicho V. en sus declaraciones?

—No se me ocurrió. Ni me acordaba, ni hubiese recordado sin que V. con sus palabras me despertase la memoria. ¡Claro! Desde el primer momento creí que el señor Morlain era el culpable, y no me ha pasado por la cabeza pensar en otro.

—Pero ahora varía ya. Supongo que no dejará V. de añadir á sus declaraciones lo que acaba de decirme....

—No, seguramente. Pero me temo que con lo adelantada que va la causa no hagan ya caso de mis dudas. ¡Oh! ¡Si pudiese al menos fijar los antecedentes de esta persona de quien puede sospecharse!....

—¿Si hubiese alguien que pudiera darnos esos antecedentes!....

—Quizás en su país....

—¿En cuál?

—En el de mi ama. Era de Nantes, y no faltará quien se preste á averiguar lo que deseamos.

—Yo me encargaré de eso,—exclamó Lucía.

—¿Y si probásemos que esa persona estaba hoy en Paris, ó al menos que no es-

tuvo en su casa el día en que se perpetró el asesinato!.... ¡Quién sabe! Cabrían tantas nuevas suposiciones....

—Es claro (dijo la señora de Ducamp). Desde luego se podría suponer que había vuelto á casa de su pariente para pedirle dinero como la otra vez. Y entonces quizás se averiguara el resto de la historia....

—El señor de Morlain asegura haber entregado cierta suma importante á la señora Vivian. ¿Y quién me dice que su pariente no la mató para robarla?

—Sí, es cierto. Pero yo no supe nada de esa entrega de dinero,—añadió Aurelia con voz débil.

—La mala reputación de ese hombre.... su semejanza con Morlain.... sus reiteradas instancias para obtener dinero.... todo hace despertar sospechas. Mas para buscarle preciso es saber cómo se llama. ¿Por casualidad recordaría V. su nombre?

—Lleva igual apellido que mi señora.

—¿De Vivian?

—No. Mi ama se llamaba así en el teatro; pero el apellido de su familia es Moreau.

—Moreau, en Nantes, y como seña es-

pecial una estatura más que regular. ¿No es esto?

—Sí, señora.

—¿Era rubio ó moreno? ¿Recuerda V. bien?

—Rubio. Estoy segura.

—¿Bien vestido?

—Sí, bastante bien: no con lujo, pero....

—¿Y era persona fina?

—¡Oh! Mucho. Mi pobre señora pertenecía á una muy buena familia.

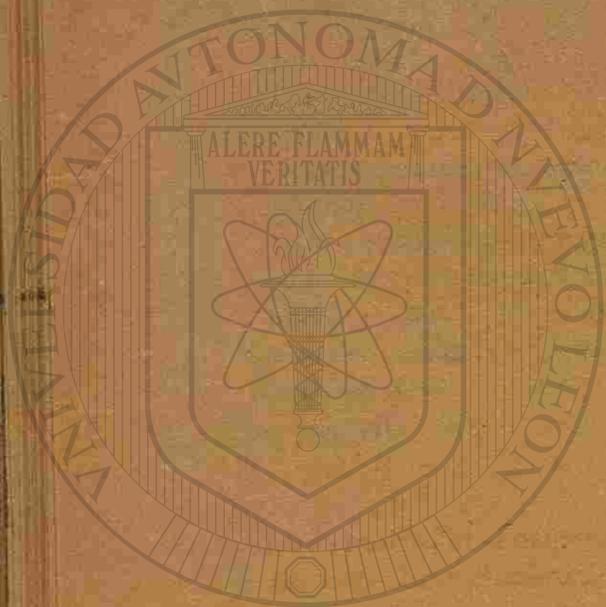
—Con todos estos antecedentes, quizás logremos encontrarle. Pero sus declaraciones de V. tendrían doble valor si se apoyasen en hechos concretos...., y quisiera que por algún tiempo me guardara V. el secreto de lo que me ha dicho. Si descubro lo que me propongo, entonces ¿puedo contar con V.? ¿No se retractará de lo que me ha contado?

—¡Mi mayor placer sería descubrir la verdad y proclamar la inocencia del señor de Morlain!.... Pero.... perdonenme Vds. Tan larga conversación me ha fatigado, me encuentro muy débil, y....

—No la molestamos ya más. Cuidese V.; tenga muchos ánimos, y lo que pueda

necesitar, pídale, que la portera queda encargada de subvenir á ello. Hasta la vista.

Aurelia hizo un gran esfuerzo para acompañar hasta la puerta á Lucía y su compañera. Se tambaleaba, y hubo de apoyarse en los muebles para andar sin caerse. Pero no bien quedó sola, se convirtió en otra mujer. Se irguió, sus labios se contrajeron en una sonrisa diabólica, y acompañando las palabras con una seña indecente y una cabriola, exclamó: «¡Busca, señorita del pan pringao...., que como no encuentres más Moreaux que los que yo te indique!....»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y BIBLIOTECA

XXXI.

Las cinco serían cuando la portera subió á la habitación de Aurelia, cargada con una cesta de viandas.

— Aquí traigo (dijo al entrar) una porción de cosas buenas. Sopa, medio pollito, dulce de grosella y vino añejo de Burdeos. ¿Eh? ¿Qué tal?

— ¡Qué buena es V.!....

— No; yo no. Á las que debe V. dar las gracias, es á las dos cómicas que estuvieron aquí esta tarde. ¡Oh! ¡Las cómicas! Ellas serán lo que se quiera; alegres de

casos y todo, en fin, pero lo que es buen corazón, lo tienen casi todas....

—Estas, al menos, son bien caritativas. Pero su visita fué demasiado larga, y si viera V. qué mal me sentó....

—Tenga ánimo. Coma V.; luego se acuesta, y ya verá mañana cómo está más fuerte que una torre.

— ¡Ojalá! —repuso Aurelia sonriendo.

— ¡Á ver si se me ha olvidado algo! (dijo la portera, registrando la cesta.) No; todo está sobre la mesa. Vaya, buenas tardes; buen apetito, y hasta mañana.

En cuanto quedó sola, la joven miró desdenosa los manjares colocados encima de la mesita, y, en lugar de comer, dió comienzo á su tocado. Á la luz de un cabo de vela se miró en el espejo suspendido en la pared: se quitó el pañuelo de la cabeza, se atusó el cabello con esmero, y con los dientes blanquísimos se mordió los labios para que se enrojecieran más. Luego volvió á ponerse el *foulard* que cubría su rubia cabellera antes de peinarse, y que nunca se quitaba en cuanto venía gente á verla; se envolvió en un gran pañuelo que la señora Vivian le regaló poco antes de morir, y apagando la bu-

jía, entreabrió la puerta. Prestó oído atento; sus ojos se esforzaron por penetrar las tinieblas que reinaban en el corredor, y cuando el silencio le convenció de que nadie la observaba, salió, cerró su habitación con dos vueltas de llave, guardó ésta en el bolsillo, y se deslizó con paso leve hasta ganar la escalera de servicio que daba sobre la principal.

Al llegar al rellano del quinto piso, en donde un mechero de gas apenas disipaba la oscuridad, se detuvo: de nuevo escuchó atenta, y luego de convencerse de que no subía nadie en aquel momento, se dirigió resuelta á la estancia de Bertin, y llamó con los nudillos á compás, dejando pasar un tiempo igual entre uno y otro golpe. Inmediatamente se oyó dentro leve rumor apagado por la alfombra, ó quizás porque los zapatos del que andaba estaban dispuestos para no producir ruido. Rechinó la cerradura, y el cerrojo fué descorrido con sumo tiento; la puerta se abrió poco á poco; Aurelia la empujó con el hombro, y se *escurrió* por la juntura entre el quicio y la hoja.

—No tengas miedo, hombre (mur-

muró, cayendo en los brazos del que abrió). Soy yo, yo misma; tu *culebrita*, que tanto te quiere.

El favorecido por el *reptil humano* devolvió una parte de los besos que recibió, y sin perder un instante tornó á cerrar, siempre con las mismas precauciones. Cuando hubo hecho esto y se volvió, ya Aurelia había cruzado la antesala, y desaparecido en la salita, amueblada confortablemente y alumbrada por una lámpara. Las cortinas estaban echadas, todo cerrado con exquisita precaución: en la chimenea ardía un buen montón de leña; sobre un velador estaban dispuestos dos cubiertos, y muy cerca, encima de un aparadorcillo, se veían una *terrina* de *paté de foie gras*, dos perdices escabechadas, una fuente con ensalada rusa, varias frutas, y dos botellas de *champagne* junto á un tarro de *char-treuse*.

Esta vez Aurelia no miró desdeñosa los manjares; los contempló con fruición, olió el *foie gras*, se relamió los labios, y dijo con alegría:

—Á la mesa. ¡Tengo un hambre que me muero!....

Y sin más ceremonia sentóse delante de su huésped, que, igualmente dispuesto que ella, se sirvió una perdiz entera.

—¿Sabes que hay novedades?—dijo Aurelia, pasado el primer momento que dedicó sólo á su glotonería.

—¿Y qué es ello?

—Dos señoronas han venido á verme esta tarde, y, so pretexto de socorrerme, han tratado de hacerme cantar.

—¿Y tú?....

—He cantado.... lo que convenía para no espantarlas....

—¿Quiénes eran esas señoronas?

—La portera dice que son del teatro. Pero se equivoca: en la vida han pisado el escenario ninguna de las dos. La una, la más joven, parece una señorita bien educada, artista quizás, pero sólo aficionada. La otra no entra en cuenta, porque es sólo acompañante.

—¿Qué querían?

—Convencerme de la inocencia de Morlain y resolverme á declarar en su favor.

—¡Demonio! ¡Pues la cosa no trae malicia! ¡Por lo visto hay amigos que se interesan!....

—Y con fuego, chico. Sobre todo la más joven, tiene mucho interés, y es entusiasta. Debe estar enamorada de nuestro hombre; se la conoce á la legua.

—Pues mucho ojo, pequeña.

—¡Figúrate!.... Echa champagne. Tengo una sed.... Me han hecho hablar....

—¿Qué has dicho?

—Lo que querían. De ese modo confían en mí.

—Muy bien. Pero si creen inocente á Morlain..., supondrán que existe otro culpable verdadero....

—Sí, y van á buscarlo.

—¿Cómo? ¿Tienen algún indicio?

—Los que yo les di.

—¿Acaso les has?....

—Las he puesto en un camino falso.

—Sí, ángel mío, sí.... Echa más vino.... Mi sed aumenta cuanto más bebo....

Bebió un vaso de un solo trago, arremetió con el *foie gras*, y prosiguió después:

—Al ver sus propósitos, se me ocurrió hablarlas de un primo de mi antigua ama, que trataba de sacarle dinero. Las dije que se parece á Morlain, que se llama

Moreau, y vive en Nantes. Gran chasco me llevaré si á estas horas la joven de esta tarde no está en camino para descubrir al miserable.... ¿Eh? Mientras ella se agita en tonto buscando una quimera, la causa terminará, y entonces....

—¡Bien urdido, chiquilla! ¡Á tu salud, culebra de mi alma!....

—¡Á la tuya, alma mía!....

Después del brindis, los dos guardaron silencio. Comían con fruición, como dos personas que saben distinguir los buenos bocados, y son amantes y se disponen á anegarse en placeres.

Aurelia fué la primera que habló.

—Y tú, ¿qué has hecho hoy?— dijo á su compañero.

—Estuve en el palacio de Justicia. Recibí esta mañana una citación nueva para declarar.

—¿Y qué te querían?

—Que me ratificase en las declaraciones precedentes y les diese informes sobre....

—¿Sobre qué?

—Sobre mí.

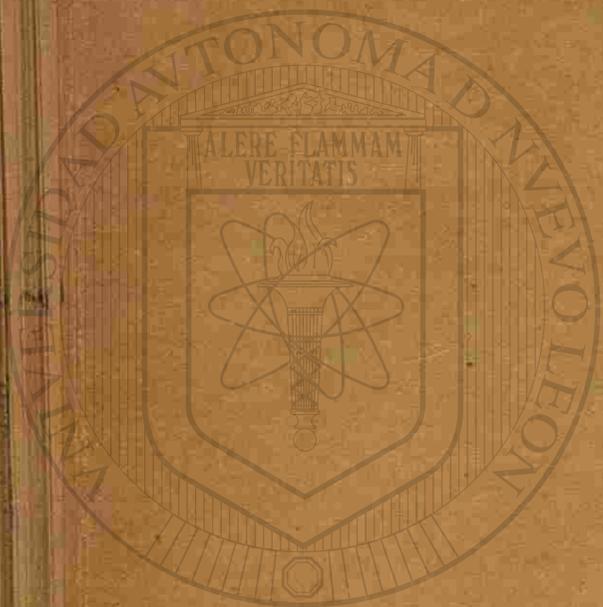
—¿Y los diste?

—¡Ya lo creo! Figúrate que dije: «Se-

ñor Juez: V. S. está en un error en punto á mis antecedentes, y es preciso que yo lo illustre. V. S. cree que tengo más de cincuenta eneros; que mis cabellos y mis patillas son grises; que padezco un reuma crónico que me trae encorvado como un arco de violín, y me obliga á arrastrar una pierna; y que mis ojos, cansados, necesitan gafas para resistir la luz del sol.... ¡He aquí el error, illustre representante de la ley!.... Mi pelo es negro....: sólo que gasto peluca gris.... Mi cuerpo no envidia en agilidad á ningún cuerpo de mi edad; treinta y un años.... Mis ojos ven crecer la hierba sin necesidad de cristales, y más de una mujer se miró en ellos.... No me llamo Bertin; mi nombre, conocidísimo, es Pedro, y mi apellido, más notable aún, Vignot. Fui grabador en metales...., y dejé de serlo por ciertos billetes de Banco que fabriqué y no convinieron á los tenedores de numerario.... He tenido el honor de viajar mucho: conozco la Nueva Caledonia...., de la cual me evadí. Al volver á Francia, el príncipe Polkine me nombró su secretario, y su esposa, la Princesa...., me eligió su amante.... Me cogieron.... por ligero de manos, y tor-

né á viajar por el Pacífico. Pasé tres años en aquella isla que en mala hora descubrió Cook, y logré escapar nuevamente.... Hoy vivo en París, calle Blanche.... piso quinto, donde V. S. tiene una choza.... Paso por ser un honrado inquilino, que paga corriente alquileres é impuestos. Y cuando V. S. se digna desearlo, vengo á decirle lo que se me ocurre. Todo, menos la verdad.» ¿Qué te parece, chiquilla? (acabó riendo Bertin). ¡Hubiera sido de ver la cara del Juez, si le hubiese dicho todo esto!

—Capaz sería de no creerlo,—repuso la *Culebra*. Y con mano firme atacó la ensalada rusa.



XXXII.

Bertin, ó, mejor dicho, Pedro Vignot, que acababa de resumir los detalles de su vida en aquella cínica relación, cuando terminó la comida se sirvió una copa de cognac, encendió un cigarro, y se tendió en una butaca.

Aurelia permaneció en su asiento, apoyó los codos sobre la mesa y en ellos la cara animada por el vino, y le dijo:

—¡Fuera de broma! ¿Qué te han preguntado, y qué has dicho delante del Juez, sobre tu existencia pasada?

— Figúratelo. Los verdaderos antecedentes, los únicos que podía dar sobre su humilde persona el honradísimo Julio Bertin. No hay que olvidar que mi pseudónimo existió. Murió del cólera en Alejandría hace ya un año; yo ocupaba una habitación junto á la suya en el hotel adonde fui á parar luego que me evadí por segunda vez. Aprovechando el miedo de las gentes de la fonda y el desorden, hijo de la epidemia, pude entrar en la estancia del muerto, le quité dinero y papeles, y cátame cambiando á escape de personalidad, porque mientras á él le enterraban de prisa y corriendo, sin preocuparse de quién era, yo me embarqué para Marsella.

— Pero después que comenzó el sumario (dijo Aurelia), la policía habrá tomado informes sobre el tal Bertin en Lyon, que era su patria, y....

— Y como le habrán dicho que dejó muy buenos recuerdos; que fué un modelo de hombres de bien, y no han vuelto á saber de él desde que se embarcó para pasar á Melbourne, en Australia, donde iba á buscar fortuna.... Tropezarían conmigo, y con documentos fehacientes probaría yo que,

después de realizar varios buenos negocios por aquellos países, me vine á mi tierra para descansar, comiéndome las rentas.... Además, niñita, te haces tú muchas ilusiones en punto á la policía de nuestro país, si te crees que se ocupa de averiguar la vida y milagros de los testigos que intervienen en todas las causas. Penetra hasta en los menores detalles de la vida del presunto reo; pero en la del que con una frase ó una mentira bien urdida puede causar la muerte ó la prisión perpetua de un inocente, no se mete para nada. Y si sus declaraciones están conformes con lo que el Juez presume...., entonces no hay que hablar más. Se le cita, se le oye y se le cree, *porque sí....* Ve si es poderosa razón. ¡Pues y la manera de citarle! Eso es muy notable. El alguacil se limita á dejar la citación en casa del portero: cualquiera puede apoderarse de ella, y, con un poco de habilidad, sustituir al verdadero testigo. El testimonio de las gentes apenas se tiene en cuenta, ó se tiene en mucho. Tratándose de probar una deuda de más de cincuenta francos, así lleves cien personas que declaren tus afirmaciones, no valen

para nada; pero si se trata de condenar á muerte á un ciudadano.... ¡Oh! ¡Entonces!.... Entonces basta con uno que afirme que es culpable. Y á veces, ¡vaya unos testimonios que se invocan!....

—Eso lo dirás por ti....

—Sí, precisamente. Cuando afirme por mi conciencia que el día que se cometió el crimen, al tiempo de salir yo de esta casa vi entrar al señor de Morlain, ya verás si alguien lo pone en duda.

—¿Y estás resuelto á afirmarlo?

—¡No que no! Si ahora me retractase y entorpeciera el proceso, recaerían sospechas sobre mí, y como son igual que las cerezas, que una arrastra otras muchas, es muy fácil que llegasen á dar con la verdad...., y entonces, ¡pobre de mí y de mi querida Culebrita!....

—¡No digas animaladas, vaya!.... —exclamó Aurelia, estremeciéndose de pies á cabeza.

—Yo no las digo jamás (prosiguió Vignot con seriedad). Si me atrapasen, no tardarían en devolverme mi verdadero nombre con mis títulos y honores.... y la dulce compañera de mi vida, la que me ha seguido

por doquier, hasta las puertas de la cárcel, y no en ella porque no la hubiesen dejado entrar conmigo, Albertina Jeanrod, en fin, el modelo de mujeres desinteresadas, perdería á su vez el falso nombre de Aurelia con que encubre el efectivo, y le cabría la misma suerte que á mí....

Así diciendo, se puso en pie, y midiendo la estancia á grandes pasos, prosiguió, animándose por momentos:

—Esto no me conviene. Cuando me condenaron por falsificación, ya pasaste tres años en la cárcel, y basta y sobra con aquello. Si nuevamente me cogen, quiero que sea como escapado de presidio, mas no por este otro crimen. Por lo tanto, todos los medios me parecen buenos con tal de lograr mi objeto. Entre el pellejo de Morlain ó los nuestros, éstos me interesan más. Después de todo, él pagará con unos cuantos años de presidio, porque el robo y la premeditación no se los pueden achacar...., y nosotros no escaparemos sin perder yo la cabeza, y sin trabajos forzados á perpetuidad para ti.... ¡Y si merecieras esto!.... Pero no es así. Tú ni pensaste en el asesinato...., porque, en verdad, tampoco yo quería cometerlo. Me

dijiste que tu ama había recibido cincuenta mil francos de Morlain; que estaban en billetes de Banco encerrados en un secreto de cierto mueble del salón.... Entonces decidimos robárselos....; pero nada más. Me conoces bien, y sabes que no soy sanguinario.... Á pesar de mi estancia en la isla de Noua, no obstante haber oído decir á mis compañeros de cadena que vale más matar, porque los muertos no hablan...., no he variado. Fué.... porque la suerte se empeñó. Tú subiste, y me dijiste: «La señora me mandó acostar, y no tardará en dormirse también. Tiene un primer sueño como un poste. Nada es capaz de despertarla por espacio de un par de horas. Baja, pues; es el momento oportuno. Ahora, aquí tienes las llaves de la puerta de la escalera, y una que abre el mueble en donde está el dinero.... El secreto ya le conoces.... Una vez hayamos dado el golpe, ¿quién sospechará de ti? En la casa no sabe nadie que nos conocemos: sólo yo seré la responsable; quizás registrarán mi cuarto; pero como no encontrarán nada, porque todo estará en el tuyo....»

Vignot se detuvo un instante, y mi-

rando á su cómplice con fijeza, añadió:

—¿No fué así como pasó?

—Sí. Así fué,—replicó ella.

—Hice lo que deseabas. Bajé sin ser notado. Andaba con tiento, y llevaba calzado á propósito para no hacer ruido. Abrí la puerta como sé hacerlo yo, y penetré en el salón, que estaba oscuro y silencioso; á pesar de la oscuridad, encontré el mueble; ¡tus instrucciones eran tan precisas! Ya tenía en mi poder los billetes; iba ya á escapar con ellos, cuando de pronto se abrió la puerta de la alcoba, y apareció tu ama con una luz en la mano. La sorpresa la dejó muda un momento; pero bien pronto se repuso, y como era fuerte y valerosa, lanzó un grito, se apoderó de un puñal que había encima de la chimenea, y se me abalanzó como una fiera.... Estaba perdido: si no moría á sus manos, al día siguiente caería en poder de la justicia.... Pensé en ti, te vi presa y desesperada; una voz gritó á mi oído: «¡Mata: los muertos no hablan!....» Entonces la cogí por el brazo y el cuello, la desarmé, ella gritó, yo tuve miedo.... y herí....

Vignot se detuvo y volvió á sus paseos,

mascando el cigarro convulsivamente y lanzando oblicuas miradas sobre Aurelia, que le escuchaba silenciosa é inmóvil en su puesto : después prosiguió :

— La hoja del puñalito aquél, que parecía incapaz de hacer daño, penetró en el corazón. Mi primer golpe fué de maestro. Estaba muerta, bien muerta.... Ya no había remedio.... Ella se tuvo la culpa. ¿Por qué despertó y se me atrevió?.... Subí, y me reuní contigo; lo primero que me preocupó fué el rasguño que me hizo tu ama en el dedo cuando la arrebaté el arma.... ¡Dichosa herida! Sin la suerte de que Morlain se hiciera una semejante, ¿quién sabe si hubiese bastado para perdernos?.... La verdad es que el pobre muchacho no es muy afortunado que digamos....

XXXIII.

Cansado de pasear arriba y abajo por la estancia, Pedro Vignot se colocó en la silla que estaba enfrente de Aurelia, al otro lado de la mesa, y prosiguió :

— Mientras yo me curaba el dedo herido, tú llorabas y te entregabas á la desesperación, diciendo: «¡ Ah! ¡ Si hubiese sabido lo que iba á suceder ! » Te expliqué cómo no era culpa mía, y te convencí, haciéndote observar que, lejos de proponerme matarla, no llevé arma ninguna, y sin la casualidad que puso en mis manos el puñal

aquel, nada hubiese sucedido.... porque, en verdad, yo sólo me defendí.... Querías huir: ¿te acuerdas? Hubiera sido una barbaridad, una locura. Era confesar el crimen y nuestra complicidad mutua.... Hubiéramos caído en poder de los gendarmes antes de ganar la frontera, ó poco después en Bélgica ó en Inglaterra.... Te conformaste por fin; fraguamos nuestro plan.... y si era ó no bueno, díganlo los resultados obtenidos....

—Confieso que eres más sereno que yo, —exclamó Aurelia con acento sombrío.

—Al otro día bajaste á casa de tu ama, como de costumbre; corriste luego á la de la portera representando admirablemente una comedia....

—No lo creas. No fingí (interrumpió Aurelia con viveza). Cuando entré en el salón y vi al cadáver.... vamos, creí volverme loca de miedo....

—¡Sí, ya te entiendo!.... Eres como esas actrices que el día que estrenan una obra, para producir más efecto procuran emocionarse de veras. Sea como fuere, el hecho es que saliste airosa de tu empresa. Á nadie se le ha ocurrido sospechar de nos-

otros. Luego el azar está de nuestro lado. Las primeras sospechas recayeron desde luego sobre Morlain, y nosotros no perdimos la ocasión para sacarnos la espina.... ¡Tus respuestas al interrogatorio del Comisario fueron un prodigio de habilidad!.... Sin decir «él fué», sin afirmar nada en concreto, le echaste encima un sambenito que nadie se lo quita....

Halagada por estos elogios, Aurelia no quiso ser menos que su amante, y le dijo:

—Pero sin ti, que tuviste la idea de declarar que habías reconocido á Morlain en el portal á las diez de la noche, ¿para qué hubieran servido mis declaraciones?

—¡Pues y el detalle del botoncillo de pechera, que fué de tu exclusiva invención! La idea de echarle encima de la sangre de tu ama, después que hacía tanto tiempo que estaba en poder tuyo, fué tan buena, que por sí misma bastaría para fundar la acusación. En fin, los dos hicimos cuanto estaba á nuestro alcance para salvar nuestras cabezas y vivir juntos en adelante; la fortuna nos protege, y á menos que....

—¡Habla!.... —interrumpió Aurelia con sobresalto.

—Á menos que un día te reconozca la policía... Es mi único temor. Á mí es muy difícil que me cojan, porque todos me conocieron, ó con bigote sólo, ó afeitado y rapado á punta de tijera en la cárcel. Ahora, con patillas y el pelo largo, no hay quien me halle semejanza con Pedro Vignot... Esto sin contar con otra porción de circunstancias. Poseo como ninguno el arte de disfrazarme... el de arreglarme la cabeza á mi gusto; es un talento que desarrollé cuando era comparsa en el teatro de la Porte-Saint-Martin... Durante los entreactos, estudiaba la manera de desfigurarme observando al gran maestro, al actor Tailade. Además, ya sabes que en la prefectura no han logrado una fotografía que se me pareciera. Me removía de tal suerte delante del aparato, que ni atado pudieron retratarme, porque, moviendo los ojos y la boca, salí hecho un adefesio imposible... Pero en lo tocante á ti, es otra cosa. Te engañaron prometiéndote un ejemplar, te dominó la vanidad, y en la *Surete*, en el muelle del Horloge, puede verte el que quiera en un álbum con un número de orden... ¡Ah, mujeres! ¡Cuántas os perdéis por vanido-

sas!... El número que corresponde á tu retrato es el mismo que lleva una nota de cierto libro, y que dice así: «Albertina Jeanrod, de diez y ocho á veinte años; de estatura pequeña; cabellos rubios; ojos azules oscuros, muy vivos. Señas particulares: dientes muy blancos un poco puntiagudos; una cicatriz en la mejilla derecha, junto á un lunar; la tez cubierta de manchitas rojizas; tiene la costumbre de acariciarse constantemente los labios con la lengua.»

—De esa me he corregido, — exclamó con viveza Aurelia.

—No del todo. Cuando estás nerviosa, sin querer vuelves á tu antigua costumbre. Y además, la cicatriz y las manchillas del cutis no hemos podido hacerlas desaparecer.

—De todos modos, como hasta la fecha nadie me ha reconocido, creo que en adelante...

—En adelante puede muy bien suceder lo contrario. Estando al servicio de la señora Vivian, apenas salías á la calle, y cuando no tenías más remedio que salir, so pretexto de un dolor de muelas crónico, te cubrías la cara con un pañuelo.

—Y sigo tomando esa precaución....

—Que fácilmente puede convertirse en motivo de sospechas. Hasta ahora sólo has tropezado con el Comisario y el Juez, que no tienen práctica de polizontes. Pero como caigas entre las manos de algún inspector de esos viejos que toda la vida la pasan viendo detenidos.... entonces.... Créeme, Albertina (prosiguió Vignot mirándola con fijeza), Merle no necesita dos minutos para concertarte....

—Pero ese ya no es inspector.... Presentó la dimisión. Tú mismo me aseguraste que abandonó su destino al propio tiempo que su antiguo superior el jefe de seguridad.

—Otro que te reconocería también en seguida....

—Pero si no están empleados....

—Merle es muy activo, y en extremo inteligente; se le aprecia mucho en la prefectura.... Ya sabes que yo estoy al corriente de todo siempre.... Y nada extraño sería que le decidiesen á volver al servicio si hubiese interés en ello....

—¡Bah! ¡Y por qué ha de suceder eso! dijo Aurelia sin convicción, pero llena de

afán por tranquilizarse). Además, ¿dónde podría verme, si nunca salgo de mi cuarto?....

—¿Y cuando vayas á declarar á la Cour d'Assises?

—Pero, ¿en qué quedamos? ¿No me dijiste que me dispensarían de asistir por causa de mi estado de salud, y se contentarían también con leer mis declaraciones?

—Sí, como sigas representando bien la comedia, escaparás de ese peligro; pero yo.... Los dos testigos principales no pueden faltar; uno es menester que vaya.

—¡Luego tienes miedo también de que te reconozcan!

—Algunas veces me acometen dudas....

—Entonces, ¿á qué vienen esas farfan-tonadas? Yo soy un maestro para disfrazarme.... En la Prefectura no pudieron lograr un retrato mío.... No hay quien sea capaz de reconocer á Pedro Vignot bajo las formas del falso Julio Bertin....

—Dije mal. Hay un hombre capaz de conocerme aunque fuera yo dentro de la piel de otro, Merle....

—De lo que menos se acuerda ya es de

ti.... Después de tres años.... Te cree allá en Nueva Caledonia....

— ¡Ni más ni menos!.... Como que en cuanto un forzado se escapa, les falta tiempo para enterar al ministro del Interior, y éste tarda mucho en comunicárselo á la policía, para que lo busque aunque sea debajo de tierra, y mejor aún en París, donde es sabido que acuden todos.... Si Merle siguiera empleado, no daba diez céntimos por mi cabeza....

— ¡Mucho le temes!

— ¡Muchísimo!

— Entonces, si temes por los dos, ¿por qué no huímos al extranjero?

— ¡Imposible!

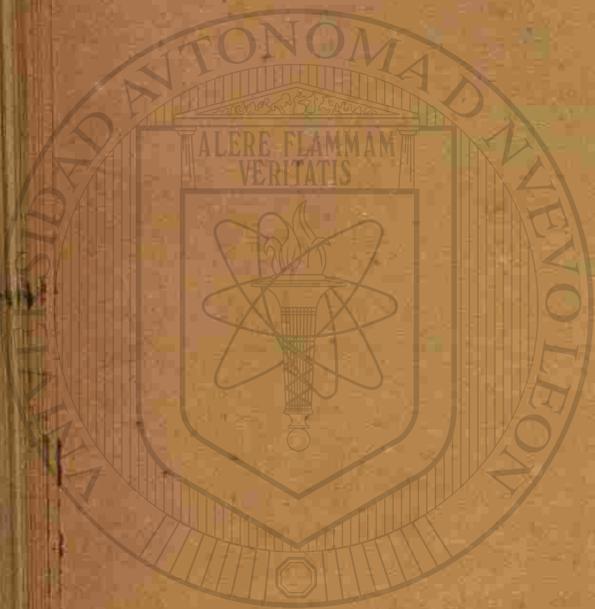
— ¿Por qué? El día siguiente del asesinato, hubiese hecho sospechar nuestra fuga.... Pero hoy que la justicia cree tener entre las garras al culpable.... Tiene su acusado, y le basta.

— Mientras no recaiga condena sobre él, la situación es la misma. ¡Poco partido sacaría de nuestra fuga su defensor! ¡Figúrate!.... Dos testigos de cargo, los más importantes, que huyen de pronto.... Además, sabes muy bien que no podemos abandonar

aún este país. Nos queda por hacer lo más grave....

— ¿Continúas soñando en los dos millones?....

— ¿Me crees capaz de permitir que se me escape tan hermoso botín?....



XXXIV.

La visita de Lucía y su amiga entretuvo á Albertina, y temiendo llegar tarde, acudió á la cita con Vignot, sin ataviarse como de ordinario. Por eso, cuando acabó la comida, pasó al tocador inmediatamente, y substituyó por una bata de seda azul celeste su humilde traje y su mantón. Así transformada, con sus actitudes provocadoras, sus ojos chispeando con fuego infernal, su naricilla remangada y sus cabellos de color rejizo, resultaba excitante como pocas mujeres. Mientras Pedro pronunciaba

la última frase del diálogo de sobremesa, salió ella; volvió á poco, y se acomodó en un sillón enfrente de aquél, al lado de la chimenea. Hablando tranquilamente de sus negocios en voz baja, parecían un honrado matrimonio esperando la hora de acostarse. Se miraban con amor; una serie interminable de miserias soportadas en común, grandes placeres y grandes dolores experimentados en compañía; sus bruscas ausencias debidas á la fuerza de las circunstancias, sus amores siempre amenazados, con frecuencia trocados en pesadumbres, sus mutuos terrores, su complicidad en crímenes que combinaron con las cabezas sobre la misma almohada, y los perpetraron después por acuerdo recíproco, habían acabado por unirlos con vínculos inquebrantables.

— ¿De modo que no has perdido las ilusiones? — dijo Albertina, no bien se arrellanó en la butaca.

— Si no tuviera la de procurarme esos dos millones, y con ellos la de ofrecerte las comodidades y el bienestar que poseerlos supone, ¿hubiese sufrido con calma tres años de cadena? La primera vez era sopor-

table: estaba en Noumea, sobre la tierra firme, y gozaba de una libertad relativa.... que aproveché para largarme.... Pero al volver la segunda, me hicieron pagar cara la evasión. Me echaron la doble cadena primero en la isla de Noua, y luego en el campo de Bourail.... Aquello era espantoso, y ni sé cómo lo sufrí, ni casi cómo pude huir.... Una noche de tormenta los indígenas atacaron el recinto; el pánico se apoderó de los centinelas, y pude tirarme al mar.... Cuando gané la playa, era ya por la mañana, y estaba desnudo, acostado sobre la arena, muriéndome de sed y de hambre.... Unos marineros americanos me tomaron por un náufrago perdido, me recogieron, y me llevaron en su barco á la Australia....

Con el semblante inflamado por un fuego extraño, Albertina se levantó de un salto, y precipitándose sobre su amante, le abrazó con efusión, le cubrió de besos, y murmuró con voz ahogada:

— ¡Pobre Pedro mío!.... ¡Cuánto has padecido!....

— Sí (replicó Vignot, devolviéndola sus caricias). Por eso no quiero sufrir ya más.

Necesito muchos placeres para olvidar esa interminable serie de torturas...

—¿Y cuentas para ello con los dos millones?

—¿Qué otra cosa puedo esperar? ¿Te parece á ti que con los cincuenta mil francos de tu antigua ama tenemos para empezar siquiera? Apenas nos bastarían para cubrir nuestras necesidades por espacio de un año....., y eso no derrochando.... Renunciando, pues, á los dos millones, precisaría *trabajar* más, cometer algún nuevo crimen.... y ya estoy cansado de ellos. Esas cosas salen bien pocas veces, y no conviene tentar á la fortuna.... Ahora lo que más nos interesa es recoger ese dinero, para poder retirarnos á donde tú quieras, á España, á Italia, á América, y allí vivir tranquilos y felices, sin zozobras ni quebraderos de cabeza.

—¡Ah! Eso es muy hermoso, y muy tentador: pero esa fortuna....

—De seguro no se ha movido del sitio en que la dejé hace tres años, pocos momentos antes de ser preso en casa del príncipe Polkine. El escondite era magnífico. Nadie puede sospechar lo que se oculta en

aquel gabinetito oscuro que yo ocupaba en el piso segundo.

— Pero el hotel fué vendido.

— Sí. Lo adquirió el duque de Limours. ¿Y qué?

—¿Habrán hallado quizás los fajos de billetes?

— ¡Calla, mujer! Es imposible. ¿Olvidas que desde el día en que pensé robar al Príncipe comencé á preparar el escondrijo?

— Sí; recuerdo que me dijiste que en el hueco de un armario de pared practicaste un agujero, que, bien cerrado, quedaba oculto detrás de los entrepaños.

— Pues bueno. Después que guardé el dinero, le cerré herméticamente, y....

— Pero como el Príncipe notó el robo al día siguiente de tu prisión....

— Era incapaz de ocurrírsele la clave de mi secreto....

—¿Y la policía?

— Tuvo muy buen cuidado en no dar parte á la prefectura. Su mujer andaba en el asunto, y temió el escándalo, por cuya razón, lejos de investigar, procuró que el misterio más profundo lo envolviera todo.

Albertina apartó su cuerpo del de su amante, apoyándole las manos en los hombros, y mirándole fijo, exclamó:

— Júrame que nunca amaste á la Princesa....

— ¡Te lo juro!.... ¡Vaya una ocurrencia! ¡Amarla!.... Se lo hice creer para asegurar el éxito de mi empresa; para sujetarla, para impedirla que hablase y para tener un aliado traidor en la plaza. A veces nuestro oficio exige ciertas cosas.... ¿Crees que puedo yo querer en el mundo nada más que á mi Culebrita?

— ¿De veras me lo dices? Júramelo otra vez....

— ¡Por mi fe de hombre honrado!....

Y Albertina se dió por satisfecha. Le abrazó con entusiasmo, orgullosa, convencida de que ella era el único objeto de su amor. ¡Creía en la palabra honrada de Vignot!....

— Perfectamente (dijo, luego que satisfizo su afán de caricias). Supongamos que, en efecto, ni Polkine ni la policía descubrieron el escondite, y los dos millones siguen en su agujero sin novedad. Tampoco ha sucedido ningún incendio ni otro

accidente capaz de destruirlos, porque lo hubiéramos sabido. Pero, ¿no habrán hecho obra los nuevos propietarios? Yo vivía cerca del hotel para vigilar; cuando los Duques le adquirieron, vi entrar y salir albañiles y carpinteros. Uno de ellos pudo tropezar con el tesoro....

— ¿Por qué? Desengáñate. Eso no sucede más que en las novelas. En la vida real, los tesoros escondidos se quedan en donde los dejaron. Eso no me inquieta. Lo único que me preocupa es....

— ¿Ves? Algo reconoces que puede echar nuestros planes por tierra....

— Precisamente, una cosa que tú has dicho. Que los Duques han hecho obra. Pero no me asusta porque hayan podido dar con mi tesoro, sino porque hayan cambiado el plano de mis antiguas habitaciones. Por eso he tomado informes en el barrio...., y ahí tienes una prueba de que no se me reconoce fácilmente. Todos me tienen por el verdadero Julio Bertin.... Según las noticias que he adquirido, del saloncito, la alcoba y el tocador que yo tenía, han hecho el estudio de la Duquesa.

— ¡Ah!

—De las tres piezas ha formado una sola.

—¡Y eso te inquieta!....

—Sí; temo que hayan rellenado el armario del gabinetito oscuro para dar más resistencia á la pared, y entonces....

—¡Diablo! ¡Vaya una contrariedad!....

¡Bien podías habérmelo dicho antes!....

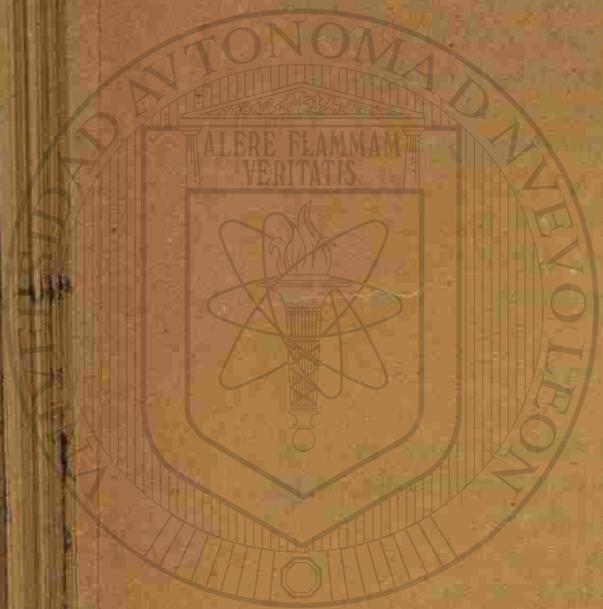
—¿Para qué había de asustarte? Después de todo, no es más que una suposición mía....

—¿Cómo haríamos para saber la verdad?

—Ya llegará su hora. Entre tanto, sólo nos toca tener paciencia. Si me hubiese dejado llevar por la curiosidad cuando volví á París, hubiera procurado introducirme en el hotel. Pero me dominé, temeroso de que en una casa en donde hay tanto criado me cogieran, y me resigné á esperar. Una vez fallada la causa y nosotros del todo tranquilos, ya encontraremos la manera de penetrar hasta donde se encierra nuestro porvenir. Entre tanto, tengamos paciencia.

Una parte de la noche se pasó en el gabinete junto al fuego. El resto en la alcoba, entre caricias y conversaciones referentes

á lo que los dos amantes llamaban *sus negocios*. Cuando comenzaba á rayar la aurora, Albertina se despidió de Pedro Vignot, y con iguales precauciones que había empleado para abandonarle, volvió á encerrarse en su cuarto del sexto piso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

XXXV.

La honradez y la juventud unidas implican la buena fe. Por eso Lucía, no obstante su excelente juicio y su extraordinaria perspicacia, cayó en el lazo, y se dejó engañar de la manera más absoluta por las afirmaciones de la antigua doncella de Laura Vivian. La virtud en toda su pureza rechaza el crimen hasta no poder admitirlo y negarlo.

Al llegar á su casa, la hermana de Jorge llevaba el firme propósito de emprender en seguida su viaje á Nantes para buscar al

:

ilusorio Moreaux que le habían indicado como hombre capaz de ser el asesino de la querida de Morlain. Pero Fontaine recordó que conocía en Nantes á un comisionista de quien se había servido con gran éxito para algunos asuntos comerciales, y propuso escribirle para adquirir los primeros datos. Lucía se resignó á aceptar esta demora, que tal le parecía no ocuparse por sí misma en el asunto, y todo se hizo como Jorge deseaba.

La impaciencia de la joven no se prolongó mucho. El agente de Fontaine tenía verdadero interés por complacer á su amigo; rebuscó, pues, con actividad extraordinaria entre los muchos Moreaux que pueden habitar una ciudad de cien mil almas, y después de prescindir de este por bajo, de aquel por alto, de estotro por joven, y de esotro por viejo; de unos por demasiado morenos, de otros por excesivamente rubios, de algunos por ordinarios, y de muchos porque nunca habían salido de Nantes, escribió asegurando que había hallado al individuo en cuestión. En efecto: coincidían sus señas con las del imaginario pariente de Laura Vivian. Era alto,

rubio, elegante y bien portado: se dedicaba á la gestión de negocios poco limpios, y andaba siempre á la greña con las compañías de ferrocarriles. Por aquella época estaba en la ciudad, vivía en el muelle de la Fosse, y, según aseguraban, poco antes estuvo en París unos días.

Lucía no esperó más. Apenas supo todo esto, sin perder un momento dispuso el viaje en compañía de su ex-maestra y del fiel Francisco, el ayuda de cámara de Morlain. Jorge se prestó á acompañarla; pero sus ofrecimientos eran poco espontáneos: su hermana lo comprendió, y por eso hubo de rechazarlos. Objetaba Fontaine que abandonar París en aquellas circunstancias era contraproducente, y no necesitó grandes esfuerzos Lucía para que contento y satisfecho la dejara partir sola.

En honor de la verdad, debe asegurarse que Jorge Fontaine se engañaba á sí propio. Creía de buena fe en sus gestiones para favorecer á Pedro, y no alcanzaba á reconocer que éstas eran, por lo menos, un tanto lentas é infructuosas. Todos los días, á las

dos de la tarde, se trasladaba á casa de su discípula la duquesa de Limours, penetraba en su estudio, sentábase junto á ella en un ancho diván, y mirándose muy de cerca, tocando casi uno con otro sus dos cuerpos, pasaban largas horas investigando *quién* podría haber dado muerte á Laura Vivian. Pero como el campo de las hipótesis no tiene límite, y fácilmente se pierde éste en los vastos horizontes de lo inverosímil, después de mucho discutir, convenían en lo difícil de su empresa, dominábanles el desaliento, y concluían por reconocer que precisaba refrescar las inteligencias para comenzar de nuevo sus pesquisas. Entonces, por vía de *refresco*, trocaban el curso de su coloquio, y el arte y el amor eran los asuntos elegidos para dar reposo á sus cerebros cansados de buscar una quimera.

Diana interrogaba siempre. Con acento que revelaba su interés fraternal por Jorge, le dirigía incasantes preguntas sobre sus proyectos y sus ideales. Sabía perfectamente que el trabajo y los deberes de hermano, casi paternos, le habían impedido ocuparse en serio del matrimonio y del amor;

esto se lo había repetido Fontaine cien veces, y otras tantas había ella insistido con un «¿De verás?», pronunciado con acento extraño y acompañado de una mirada penetrante hasta lo más íntimo del alma.

En cambio de estas francas confesiones, Diana le hacía á su vez confidente de sus más íntimos pensamientos. Con medias palabras, con adorables reticencias, le contó un mundo de cosas; sus desilusiones, la decepción al ver el matrimonio tal cual es, y no tal cual ella le imaginaba cuando soltera. Porque, á pesar de su aspecto frío, no obstante su aparente indiferencia, ella tenía el corazón muy sensible, estaba organizada para amar, y encerraba en el alma un tesoro inagotable de ternura. El Duque la había querido, era verdad, pero su amor cruzó como un meteoro; era un filón muy pobre ya, que se agotó en seguida, y apenas si comenzaba á ver realizados sus ideales, cuando la ilusión se desvaneció, y, en vez de la hermosa imagen de su ensueño, quedó la escueta figura de un hombre gastado por los excesos y por los años. ¡Había sufrido tanto al tener que encerrarse en una reserva estudiada, después de

haber dado rienda suelta á todos los afanes de su espíritu! Cuando Pedro Morlain se cruzó en su camino, aún estaba ella bajo el influjo de aquel enorme desencanto; todavía le quedaban los restos de una pena aguda é inconsolable al principio. ¡Ansiosa de consuelo, ávida de cariño, aún más ávida que cuando soltera, cerró los ojos, y se dejó arrebatarse por su exaltada fantasía! Pero, ¡cuál fué su pesadumbre al abrirlos á la realidad! Su alma y la de Morlain no congeniaban; mejor dicho, su corazón y el del joven no latían isócronos, porque el de éste no envolvía al otro en sus movimientos, por más esfuerzos que hacía. Y este era un hecho sin explicación; uno de esos hechos psicológicos, extravagantes si se quiere, mas no por esto menos reales: uno de esos hechos, en fin, que, por desgracia, no se definen hasta que la reacción sobreviene.

¡Todo esto lo decía Diana de una manera tan encantadora! Hablaba con Jorge como con un antiguo amigo á quien todo puede confiársele; como si fuera un confesor á quien se le abre el corazón de par en par, pidiéndole en cambio consuelo. Hasta refiriendo los detalles más íntimos de

su vida, resaltaba la castidad en sus palabras, pronunciadas á media voz, y en la expresión de aquellos ojos azules, húmedos y transparentes, que se inclinaban al suelo dominados por el pudor.

Jorge la escuchaba con avidez, con el alma pendiente de sus labios, dichoso é infeliz al propio tiempo, porque pensaba que la suerte dispone á menudo las cosas con la ligereza de un insensato. Si en vez de Pedro hubiera sido él quien se encargara de explotar el rico venero de ternura que encerraba aquel corazón, Diana no lamentaría desilusiones. Sus espíritus gemelos se hubieran fundido, se hubiesen compenetrado para formar uno solo que animara dos cuerpos!....

Un día, pocos después de la partida de Lucía, Fontaine acudió como de ordinario al estudio de la Duquesa. Ésta le esperaba; pero apenas le vió le dijo:

— Hoy, amigo mío, no estaremos juntos más que un momento.

— ¿Por qué? — interrogó Jorge palideciendo.

Diana sonrió al ver su palidez, y repuso estrechándole una mano:

— Cuando sepa V. la causa, verá cómo no me reprocha que le despida tan pronto.

— No comprendo....

— Ayer me arreglé de manera que me presentaron á X***, el ministro de Justicia...., y, como V. comprenderá, no perdí la ocasión para hablarle de Morlain y de su causa.

— ¡ Ah! ¿ Y no temió V. ?....

— Nada. Me valí de V. para explicar mi interés. Como maestro mío y por su notable talento y su amabilidad conmigo, tengo interés en serle útil.... Su mejor amigo de V. está en la cárcel, y bajo el peso de una causa criminal.... Según V., de seguro es inocente, y con tanto calor le defiende, que he llegado á compartir su opinión.... En vista de esto, he rogado al ministro de Justicia que pidiera las piezas del proceso, que las estudiase con detención, y recomendase eficazmente al presunto autor del crimen.

— ¿ Y qué dijo el Ministro ?

— Que me complacería en cuanto pudiera. Pero al propio tiempo me advirtió que los jueces de instrucción son muy celosos de su autoridad, y que el nuestro

tiene fama de ser insensible á todo género de recomendaciones, por elevadas que fueren, además de pecar un tanto por tenaz, autoritario y poco dispuesto á cambiar de opinión.

— No es muy tranquilizador el retrato.

— Pero esto sí lo es. Deseoso el Ministro de probarme sus buenos propósitos, me prometió hacer levantar la incomunicación del preso, para que V. pueda visitarle.... Por eso hemos de separarnos en seguida. Es menester que vaya V. sin tardanza al Palacio de Justicia, y se presente al Juez encargado de la causa. El le dará orden para que le dejen ver á su amigo.

— ¡ Ah! ¿ Quiere V. ?....

— Sí, señor. Quiero que hable V. con Morlain; que le incite á declarar la verdad....

— Pero entonces....

— ¡ Yo! Estoy tranquila. Pedro no cederá á sus consejos de V.....

— Entonces....

— Entonces se convencerá V. de que no le he engañado, y de que, dejándose llevar por su primer impulso, hubiese cometido una ligereza.

—Estoy convencido. Bien lo sabe V. A no ser así....

—¿Qué?

—No obstante mi respeto por V., hubiese hablado.... No siendo, pues, necesaria esta visita....

—Lo es por otro concepto. Hace una porción de días nos agitamos en el vacío, buscando al verdadero culpable. Morlain le busca también sin duda. ¿Quién nos dice que en su soledad, en medio de aquel silencio, no ha logrado más que nosotros? Un indicio que se nos puede haber escapado, quizás le tenga á él sobre la pista.... Así, pues, mi querido maestro, vaya V. á cumplir ese deber, y vuelva pronto para darme noticias.

—¡Ah! ¿Puedo volver? — exclamó Jorge, radiante de alegría.

—¡Sin duda!.... — repuso Diana sonriendo.

XXXVI.

Sin detenerse para nada, Jorge Fontaine se hizo trasladar en un carruaje al Palacio de Justicia. Llegó al departamento correspondiente á los jueces de instrucción, hizo pasar una tarjeta á X^{***}, y fué recibido por éste inmediatamente.

Era un hombre como de cincuenta años, de fisonomía dura y fría, cuya natural severidad se aumentaba por el hábito de ser reservado. Pero esto no era óbice para que sus modales fueran de exquisita finura y supiera tratar como corresponde á las personas de buena sociedad.

—Caballero (le dijo, después de invitarle á sentarse), su nombre de V. me es conocidísimo, y tengo un verdadero placer en poder servirle personalmente. Me han dicho que desea ver y hablar con su amigo el Sr. Morlain.

—En efecto: ese es mi deseo,—repuso Jorge.

—Ofrecí complacerle, dándole la autorización competente, y aquí la tiene V. en regla. Con ella puede presentarse en la cárcel, y el director le facilitará ver al detenido y hablar con él.

—Muchas gracias, caballero. Le quedo reconocido; aprovecho la ocasión para ofrecerle mis respetos, y de paso le diré una cosa que me interesa mucho. Atienda V. mucho al proceso de Morlain. Tengo la certeza de que es inocente....

—Mucho celebraría poder compartir esa opinión (dijo con frialdad el magistrado). Pero diferí de ella, y lo mismo sucede al tribunal de acusación, que halla bastantes pruebas en contra del presunto reo para juzgar necesario someter la causa á la Cour d'Assises....

—Esto había de suceder por fuerza. Des-

de el primer momento se declaró V. en ese sentido.... Pedro de Morlain, le repito, es tan inocente como yo, y no dude V. que el jurado le absolverá. De todos modos, sean las que fueren las consecuencias del proceso, tengo un peso sobre el alma, y no quiero quedarme con él. Desde el día de la detención de mi amigo no he cesado de pedir que se me dejara verle. V. no ha querido complacerme hasta hoy...., y forzoso es convenir en que tanto rigor es inaudito. Sin duda, V. estaba en su derecho; pero cuando todos los jueces de instrucción renuncian á ejercerle con tal exceso, y hasta el Código de instrucción criminal le pone límites, no comprendo....

—Podría responder á esos cargos diciéndole que no tengo que darle á V. cuenta de mis actos (repuso X***, sin alterarse, con acento seco aunque cortés). Pero su amistad con el acusado explica hasta cierto punto sus palabras, y no quiero que me tache de injusto. He usado de mi derecho por interés hacia el señor de Morlain. Creí que el aislamiento le haría reflexionar y comprender que su mutismo y su actitud sólo podían servirle para empeorar su causa.

—Entonces la incomunicación de ahora equivale á la tortura de otros tiempos. Antes, cuando un acusado se negaba á declarar, se le atormentaba hasta que con sus declaraciones satisfacía al tribunal. Ahora se le incomunica, se le aísla de sus semejantes, se le priva de la palabra y se le inflige un suplicio moral tan cruel como los tormentos de la Edad Media.

—Como V. comprende, yo no inventé el procedimiento de la incomunicación (dijo el Juez, siempre con el mismo tono). Lo hallé escrito ya en el Código de instrucción criminal, y lo pongo en práctica cuando me parece oportuno. Y teniendo en cuenta que otras graves ocupaciones reclaman mi presencia, V. me perdonará que dé por acabada esta estéril controversia. He tenido mucho gusto en conocerle, y quedo á sus órdenes.

Jorge Fontaine salió furioso contra el Juez y contra sí mismo. Tenía el propósito de conservar la sangre fría, y no decir una palabra que pudiese descubrir sus pensamientos, y acababa de faltar á él.

Las cuatro serían cuando llegó á Mazas; presentó el pase, y fué en seguida con-

ducido al locutorio. Desde que entró en el medroso edificio, tenía un nudo en la garganta. Un malestar inexplicable, tristeza, angustia. La extraña arquitectura de aquel recinto, el sistema celular aplicado en él con extraordinario rigor, sus reglamentos, todo, le da un aspecto siniestro. Comenzaba á caer la tarde ya; en las anchas galerías, no alumbradas aún por el gas, reinaba una semioscuridad lúgubre y pavorosa; el silencio de aquella tumba de seres vivos se interrumpía sólo por algún que otro chirrido de una cerradura ó un cerrojo, el pesado golpe de una puerta forrada de hierro, ó el andar acompasado de los carceleros acompañando á un detenido, desde el locutorio ó la sala donde el escribano toma las declaraciones, á la celda, ó viceversa.

Jorge, con el corazón oprimido y los ojos preñados de lágrimas, en aquellos momentos sólo pensaba en su amigo. Había olvidado á la Duquesa. Pero de pronto, su recuerdo le vino á las mientes, y pensó: «¿Le diré á Pedro que la conozco?» Sin duda. Debía hacerlo..., pero sin confesar el medio de que se había valido, porque de seguro

su querido prisionero se lo reprocharía.... Es decir, dependería de las circunstancias y de la disposición de ánimo de su camarada. Pero de todos modos, ¿procedía contárselo todo? ¿Sus visitas cotidianas, sus simpatías, su intimidad creciente por momentos? No. Esto no. Pedro quizás padeciera escuchándole; acaso temiera.... Porque, ¡no temía él mismo! Temía amar, y á un tiempo con temor y con alegría, pensaba si aquel amor inconsciente, espontáneo, aún difuso, no había sido comprendido.... ¡Y temía más, algo más grave! ¡Que fuera ya aceptado!.... ¿Y no sería una crueldad inaudita hacer estas confidencias á un hombre tan rudamente herido por la desgracia, que fundaba todo su valor y toda su resignación en el recuerdo de sus amores, y quizás en la esperanza de ellos mismos?

Aquí llegaba en sus reflexiones Jorge, cuando escuchó ruido de pasos, se abrió la puerta del locutorio, y Pedro apareció detrás de la reja.

XXXVII

En Mazas, como en la mayoría de las cárceles, los presos no están en contacto directo con sus visitantes. Dos rejas separadas entre sí por un espacio de un metro poco más ó menos dividen el locutorio, y aíslan á los detenidos. Un guardia se pasea por el callejón, y vigila las acciones de todos. En la Conserjería, la subdivisión es más racional; forma como especie de confesonarios, que permiten hablar á cada prisionero y á sus visitas con más inde-

pendencia. Pero de todos modos, siempre les separa cierto espacio, se ven apenas, á distancia, y los apretones de mano, los abrazos y los besos son imposibles á través de los hierros. No obstante esto, los directores de penales, bajo su responsabilidad, pueden acordar algún beneficio en el sentido de permitir estas dulces expansiones: el de Mazas tenía dadas órdenes particulares sobre Morlain y su amigo, y no sin mutua y agradable sorpresa, éste fué invitado para que franquease la verja, y pudo precipitarse entre los brazos de Pedro.

— Te esperaba (dijo el preso, luego que la emoción se lo permitió). No te reprocho por tu tardanza. Sé que el juez había dispuesto mi incomunicación. ¡Y tenía tantas ganas de verte!.... Antes que nada háblame de Lucía.

— Físicamente está buena. Ahora, tocante á su espíritu no puede decirse otro tanto.

— Sufre por mi causa. ¡Oh! Bien me lo figuraba.... Jamás he dudado de vuestro cariño. No os haré la injuria de preguntaros si me creéis culpable....

— ¡Nosotros...!

— ¿Verdad que tengo razón? Sin embargo, como quiera que se alzan en contra mía pruebas abrumadoras, pudisteis dudar un momento. Dime con franqueza lo que pensasteis.

— Pues bien, sí. Por lo que á mí se refiere, te confieso que un minuto, un segundo solo, menos aún, duró mi sospecha; pero creí en el primer momento que, dominado por la cólera, en un instante de locura, pudiste quizás....

— ¿Pero ya no dudas?....

— ¡Oh, no! Tengo poderosas razones.

— ¿Cuáles?

— En primer lugar, Lucía me hizo reconocer que, habiendo sido víctima de un arrebato inevitable y cometido el crimen, tú mismo te hubieras entregado á la justicia.

— ¡Ah! ¡Eso dice! ¡Qué bien me conoce! Pero ¿qué otras razones tienes para no creerme culpable? ¿Dudas? ¡Nada me ocultes!

— ¡Es que!.... Es asunto bastante delicado....

— ¡Mira que no estaremos juntos mu-

cho tiempo! ¡Habla pronto! ¿Á qué te referes?

— Pues que te empeñas, sea (dijo Fontaine tras largo esfuerzo). Tú no pudiste asesinar á Laura, porque cuando ella caía bajo el puñal de un miserable.... estabas en otro sitio.

— ¿Dónde?

— En la calle Pereire....

— Pero.... ¿Sabes? ¿Cómo? ¿Por quién has averiguado?....

Jorge vaciló un momento, y por fin respondió:

— Por ella....

— ¡Ella! ¿Y quién es ella?

Entonces Fontaine acercó los labios al oído de su amigo, y le dijo en voz baja:

— La duquesa de Limours.

Pedro palideció, miró á Jorge con fijeza, y exclamó:

— ¡Pero de veras, ella!....

— Por medio suyo he obtenido el pase para verte. Acabo de verla, y me encargó que te dijera que agradece tu discreción; pero que, si quieres, está dispuesta á declarar la verdad.

— ¡Hablar! ¡Comprometerse! ¡Perder-

se! ¡Nunca! ¡Antes prefiero mil muertes!....

— Sin embargo, no hay más remedio...., so pena de que seas condenado.

— Lo seré en buen hora. Dile que le ruego, que le exijo, que no pronuncie una frase que pueda comprometerla. Que si lo intentara, su sacrificio resultaría inútil. Diría yo que era falsa su declaración; que apenas la conocía, y que, por consiguiente, nada tengo que ver con ella...., y nadie la creería.... ¡Ah! ¡Ya la conoces!.... ¡La ves, y la admiras!.... ¡Dichoso tú! ¡Verdad que merece mi cariño inmenso, este afán que tengo por sacrificarle hasta mi honra?.... ¡Es una criatura celestial!.... ¡Ella misma fué á buscarte!.... ¡Te conocía, porque yo la hablaba con frecuencia de ti y de tu hermana!.... ¡Es hermosa su conducta! Pero guárdanos eternamente el secreto. Si se llegase á traslucir....

— ¡Piensa en ti! No te fijas en ella sólo....

— ¡En mí! ¿Y qué importo yo? Sabe ella que no soy culpable; lo sabéis tú y Lucía, y con eso me basta....

— La condena....

—Mírame. Ve si la espero tranquilo. Dile que estoy contento en la cárcel; que jamás me sentí más enérgico ni mi corazón fué más feliz....

—Es demasiada generosidad. Comprende que ella ha de padecer, viéndote sufrir tanta desventura....

—No. No sufriré, porque no soy infeliz. Los criminales sí padecerán; pero los inocentes encontramos cierta especie de placer al vernos víctimas de un error humano.

—Pero cuando con una sola palabra....

—Jamás la pronunciaré, ni quiero que ella la pronuncie tampoco. ¿Y Lucía sabe lo ocurrido con Diana?

—Sí. No ignoras que para ella no tengo secretos.

—¿Y qué piensa? ¿Que dice?

—La pobre sólo de ti se ocupa. Eres lo primero para ella. El cariño de hermana que te profesa, ahoga todas las consideraciones posibles.

—Hace mal, Jorge; díselo. Ruégala en mi nombre que modifique su juicio. Dime, ¿no podrá venir á verme? ¿Ahora que está levantada la incomunicación... sería tan

feliz dándola un abrazo!.... ¿Cuándo vendréis?

—Cuando vuelva. No está en París ahora.

—¿Pues dónde está?

—En Nantes.

—No comprendo qué objeto la ha llevado á Bretaña.

—Ocuparse de ti.

—¿De mí?

—Sí. Fué con el propósito de buscar un individuo á quien se pueda atribuir el asesinato de Laura.

—¿Ah! Bien sabía que no seríais capaces de abandonarme, y que vuestro cariño os indicaría el mejor camino para salvarme. Yo no debo ni quiero ofrecerles la coartada; pero tengo el derecho de buscar al culpable y decir á los jueces: «Ese es, no yo, el que debéis condenar.» ¡Gracias, hermanos míos, porque me habéis comprendido! ¿Y qué sospechas recaen sobre ese hombre á quien persigue Lucía?

—Se te parece, en primer lugar; tiene una reputación detestable, y asediaba á Laura, de quien era pariente, pidiéndole dinero.

— Pues no supe nunca nada de eso. Jamás me habló Laura de esas pretensiones. ¿Y le han dicho que era pariente suyo?

— Sí.

— ¿Y vive en Nantes?

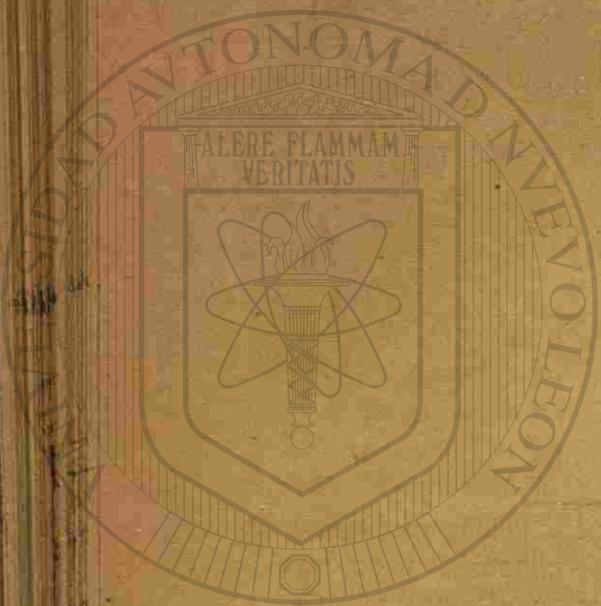
— Sí.

— No tenía familia en ese pueblo. Estoy seguro. ¿Por quién habéis adquirido esos informes?

— Por Aurelia, la doncella de Laura. Lucía fué á verla, y....

— Pues, en tal caso, os han engañado. Esa mujer es mi enemiga.... no sé por qué. Sus declaraciones son terribles.... exageradas.... falsas. Es mentira que yo riñese frecuentemente con su ama, y sabía muy bien que el botón de pechera que dicen haber hallado junto al cadáver de Laura, le perdí muchos días antes. ¡Si le había yo encargado que lo buscara!.... Y, sin embargo, ha dicho lo que más me podía perjudicar. Me es sospechosa. En mis horas de soledad he adquirido la certeza de que esa muchacha oculta algo tenebroso. Escríbele á tu hermana; dile que pierde inútilmente el tiempo; que vuelva en seguida, y juntos buscaremos lo

que tanto nos interesa. ¡Tengo unos deseos de verla! Oigo los pasos del vigilante.... Van á separarnos.... Adiós.... ¡Ah! ¡Oye! Ve á la Duquesa, cuéntala lo que hemos hablado.... y dila.... Perdóname, querido Jorge; pero no sé lo que me sucede cuando pienso en ella....



XXXVIII.

— ¡Está concluído!.... ¡No la veré nunca más!.... Aunque me ahogue de pena, no quiero volver á cruzar con ella ni una mirada.

Esto murmuraba Jorge al abandonar la cárcel, y tales frases reflejaban su carácter y su locura, indomable ya. Agitado, febril, presa de una angustia indecible, tomó por el boulevard. Había despedido el coche al entrar en Mazas, y andaba tropezando con los transeúntes como un idiota. La entrevista con su amigo había desarrollado el

conflicto en un instante. Estaba lleno de vergüenza por su propia debilidad; aquellas palabras fraternales, aquella gratitud que le manifestara Pedro, le herían en el amor propio y en la conciencia.... Se reconocía indigno de cariño y agradecimiento.

Además, le había hecho daño oírle encomiar su amor por la Duquesa, y había sufrido al ver las ilusiones de su amigo, creyendo á pies juntillas en una pasión que no existía, pues que ni Diana abrigó un instante la idea de comprometerse por él, ni su dolor por verle preso era demasiado hondo.

Este malestar, su vergüenza y sus sufrimientos, le revelaron bruscamente, y sin posibilidad de duda, una cosa que no quería confesarse á sí propio hacía ya mucho tiempo: estaba frenéticamente enamorado de la mujer única que debía respetar sobre todas las otras; de la querida de su mejor amigo.

No, no volvería á verla. ¿Para qué? Si nunca había de hacerse amar por ella, era preciso evitarla para sufrir menos. Y si estaba en su ánimo corresponderle; si debía realizar todos sus afanes egoistas... enton-

ces.... entonces era aún más necesario huir, para no incurrir en esa infamia.

Aquel hombre, insensible á todas las ternuras hasta entonces, se había impresionado por fin. Empezó por interesarle la imaginación: ¡sus relaciones con la Duquesa comenzaron de una manera tan extraña!.... Después todo el organismo se sintió invadido; el cerebro se acaloró; los nervios vibraron con energía, y la sangre circuló con ardoroso empuje, haciendo latir el corazón cada vez más fuerte, tanto más, cuanto que su somnolencia, su inacción, le habían conservado íntegra su potencia generadora de ensueños de amor....

Y á pesar de su propósito, Jorge sentía que le faltaban las fuerzas. Diana le había dicho: «*Vuelva V.*,» y él se había comprometido á llevarla noticias de Pedro.

¿Qué hacer? ¿Escribirle dándole cuenta de su comisión? Era lo mejor sin duda. No podía, no era capaz de ir en su busca y verla en su hotel suntuoso, sentarse junto á ella, anegarse en la contemplación de su belleza, al salir de aquel lúgubre edificio en donde su mejor amigo sufría las torturas de la ausencia y el alejamiento del ser

amado, sin más consuelo que sus recuerdos y sus esperanzas.

Y al evocar estos recuerdos y estas esperanzas, acariciadas sin duda á cada instante por su amigo Jorge, palideció. Se le apareció en el acto el hotelito del boulevard Pereire, con su escalera tapizada que conducía al santuario, con su alcoba elegantísima, y en ella un lecho dispuesto....; con su tocador y aquel armario que encerraba el peinador de seda, la prenda aquella que le hizo presentir á la mujer idolatrada....

En esto llegó al boulevard de los Italianos. Miró el reloj, y vió que faltaban pocos minutos para las siete. Aunque quisiera, que no quería, era ya tarde para ir á casa de Diana.

Pensó en comer. Pero ¿en dónde? ¿En su casa? ¿Para qué, si estaría solo! ¿En el Club? Tampoco. Le abrumarían á preguntas, y se vería obligado á satisfacerlas. Necesitaba recogerse dentro de sí propio; requería silencio y soledad; deseaba estar solo consigo mismo.... y con *ella*....

Maquinalmente tomó por la Avenida de la Ópera, entró en casa de Bignon, y se

sentó junto á la primera mesa que encontró vacía.

Volvió á pensar en Pedro. En aquel mismo restaurant comía diariamente casi, cuando gozaba de libertad. ¡Cuán dichoso debió ser muchas veces al ocupar quizás aquella misma mesa, pensando que se acercaba la hora deseada! ¡Con qué delicia saborearía los manjares que le servían!....

Pero el que no debía volver á verla no podía probar bocado. Tenía el estómago contraído como el corazón. Se encontraba en aquel sitio, porque era la hora en que acostumbraba comer, porque estaba rendido de cansancio después de tanta emoción y tras una larga caminata, porque quería escribir á Diana sin perder momento, y de una vez romper aquel encanto.

Pidió papel, tinta y una pluma, y reflexionó. ¿Qué la diría? Que había encontrado á Morlain bueno y animoso. ¿Y después? ¿No sería una imprudencia abordar el punto más importante, decirle que Morlain la rogaba que no se comprometiese por salvarle? Si aquella carta caía en manos del Duque por un accidente imprevisto.... Era un disparate escribir semejante cosa.

A un colegial no se le ocurriría tan enorme insensatez. Resueltamente no escribiría.

Pero entonces, ¿cómo hacer? No podía dejar á la Duquesa en la más absoluta ignorancia. Estaría inquieta, pasaría una noche cruel de zozobras y temores.... ¿Qué culpa tenía ella de haberle impresionado tanto? ¿Qué delito había cometido para condenarla á padecer aquel tormento por toda una noche cuando menos?

—Sea. Lo que debe ser, se hace (murmuró). Iré un instante solo. Le daré cuenta del resultado de mi visita.... y no la volveré á ver. Con aire resuelto salió de la fonda; tomó un coche, pasó por su casa para cambiar de traje, y se hizo conducir al boulevard Malesherbes.

XXXIX.

Daban las nueve de la noche en un reloj vecino, cuando el carruaje se detuvo delante de la puerta del hotel del duque de Limours. Á la misma hora, pocas semanas antes, había tenido lugar la primera entrevista entre Jorge y Diana.

—¿Recibe la señora Duquesa? — preguntó al portero de estrado.

—Tengo orden de hacer pasar al señor, — le contestó.

Le esperaba sin duda, y había dado las órdenes oportunas para que fuera recibido.

En vez de guiarle al estudio, le condujeron al mismo saloncito del piso entresuelo en el cual la vió por vez primera. ¡Pero qué diferencia había en la manera de recibirle la dueña de la casa! ¡Qué distinta acogida merecía entonces!....

Apenas se retiró el criado y los dejó solos, Diana le tendió las dos manos.

Él dudó un momento; pero, impulsado por una fuerza invencible, adelantó un paso, y se las estrechó con efusión.

—Le esperaba á V. antes de comer. No ha sido corta la visita, ¡vaya! Pero ¿qué pálido está V.? ¿Por qué tiembla?

Jorge no tenía fuerzas para hablar.

—Vamos, ya comprendo (prosiguió Diana). Le ha impresionado ver á su pobre amigo en la cárcel. Desde que se fué V., no he dejado de pensar en Vds. ni un solo instante. Los veía á los dos unidos en estrecho abrazo.... He vivido su vida de Vds. con mi pensamiento.... ¿Y qué tal le ha encontrado V.? ¿Tiene ánimos?

—Sí, muchos....

—¿Espera ser absuelto?

—No, Duquesa. Reconoce que su posición es muy difícil; que se aducen pruebas

muy convincentes, y teme que le condenen.

—¿Pero no tiene alguna sospecha contra alguien?

—En concreto, no. Busca.... espera....

Jorge se había sentado junto á Diana; la miraba muy fijo, como si quisiera hartarse de verla, para conservar los menores detalles de su fisonomía cuando ya nunca la pudiera contemplar.

—¿Y qué piensa del otro encargo mío? (exclamó la Duquesa, después de un momento de silencio.) ¿Quiere que declare yo para salvarle?

—No. Todo lo contrario. Me encargó que le suplicase á V. que en nada se comprometiera.

—¿Bien segura estaba yo! Jamás se me ocurrió dudar de su delicadeza y de su lealtad exquisita.... Se habrá sorprendido al oír que V. me nombraba, y cuando le haya V. dicho que me conocía....

—Sí, en efecto.

—¿Sabe cómo me descubrió V.; mejor dicho, cómo me adivinó?

—No me atreví á contárselo.

—¿Qué cree, pues?

—Que V. misma, por su propio impul-

so, sabiendo mi intimidad con él, vino en mi busca, me reveló el secreto, y me rogó que le ayudase á salvarle.

— ¡Ah! ¿Le ha hecho V. creer eso?

— ¿Quizás me excedí?

— Sin duda.

— ¿Por qué? ¡Mi inocente mentira le hizo tan feliz!....

— Por un instante, sí. Pero más tarde le hará sufrir doble el desengaño.

— No comprendo....

— ¡No comprende V. !....

Diana se había puesto en pie; apoyó el codo sobre el mármol de la chimenea, y prosiguió:

— ¿No se le alcanza á V. la falta que ha cometido ocultando la verdad á su amigo?

— Pero, ¿por qué he obrado mal?

— Porque debió V. decirle: «Cuando supe que rehusabas defenderte diciendo que huiste durante la noche en que se cometió el crimen, comprendí que debías tener serias razones para callar; que se trataba sin duda de la reputación de una señora. Entonces, por interés hacia ti, para poder obligar á aquella mujer á que declarase la verdad, procuré adivinar quién era, busqué

y logré encontrarla; pero se negó á hablar, por no comprometerse.... Ana su reputación más que nada, y le interesa más que tu libertad y tu honor.... Sin embargo, me dijo: «Véale V.; pregúntele si quiere que cuente la verdad para favorecerle; que confiese nuestro secreto á la justicia, al público, y si responde que sí, que exige ese sacrificio.... entonces lo pensaré....» En vez de explicarse así, ha usado V. un lenguaje completamente distinto (prosiguió acercándose á Jorge, y mirándole sonriente para dulcificar sus reproches). Según su versión de V., yo fui quien le buscó, no bien supe lo ocurrido, y, desesperada, loca de pena, vine á confiarle su secreto, dispuesta á revelárselo también al juez, al jurado, al mundo entero si era preciso. Y lo hubiera hecho, si no fuera porque V., más prudente y más frío, me hizo reflexiones, y me detuvo, diciéndome: «Primero es menester que sepamos lo que él piensa; precisa preguntarle si quiere que V. se pierda por salvarle á él.» Esta es, en concreto, la actitud que V. me atribuye!....

— Poco más ó menos....

— Pues bien. ¿No comprende V. ahora

lo perjudicial que será para Morlain el desencanto? Á estas horas piensa: «Quiere hacer un sacrificio enorme. Por mí lo olvida todo: familia, orgullo, honor.... No teme caer desde su alto puesto hasta hundirse en el lodo.... Consiente por mi bien que el mundo, que la respeta como á una diosa, la desprecie como á una cualquiera.... Se inmolaría á nuestro amor si la dejara.... ¡Cuán inmensa es su pasión!.... ¡Cuánto me quiere!....»

Jorge, con la cabeza caída sobre el pecho, sombrío y pálido, no repuso una palabra. Diana se acercó más aún, y prosiguió:

— Sí; esta noche, en su soledad, dirá con fruición: «¡ Me adora!....» Y, merced á su ligereza de V., tiene razón para pensarlo.... ¿Cómo no? Semejante sacrificio de mi parte, demostraría un amor sin límites.... Y, como dijo V. muy bien, ese amor le hace del todo feliz. Pero cuando despierte del ensueño, cuando se convenza del error....

— ¡Entonces!.... — murmuró Jorge.

— Cuando recobre la libertad. Porque supongo que no estará preso toda la vida.... Debe ser absuelto, y lo será.... Yo haré

cuanto pueda por lograrlo.... Soy su amiga, y usaré todas mis influencias.... Y en el supuesto de que le condenen, haremos que la pena sea lo menor posible, ó que le indulten.... Pero cuando recobre la libertad, ¿qué sucederá? ¡No lo ha pensado V.!

— No; no he querido pensarlo, — exclamó Jorge.

— Pues sucederá, que su amor, animado por mi supuesta pasión, habrá crecido. Dueño de sus actos, vendrá á buscarme para arrojarse á mis pies en el colmo del delirio.

— ¡Es verdad! ¡Es verdad!

— ¡Y qué actitud será la mía? ¿Qué haré cuando nos hallemos frente á frente? Tendré que decirle: «Su amigo de V. le engañó. No fui yo quien le buscó para revelar el secreto de nuestros amores, sino él quien me sorprendió astuto y testarudo.... Yo le oculté mi nombre, y me persiguió hasta descubrirme.... Entonces me exigió que declarase para salvarle á V...., y no quise...» Y al oír esto, ¡cuál no será su dolor y su desencanto!

— ¡Es verdad! Será terrible....

— Pero indispensable. Y antes que suceda, mejor es evitarlo. Es menester decir

la verdad. A menos que quiera V. que dejemos correr los acontecimientos, y siga él creyéndose que le adoro.... Que acaso el pasado renazca.... Que quizás yo le devuelva sus pesadumbres trocadas en las dulzuras á que aspira.... Que nuestros interrumpidos amores tornen á reanudarse....

— ¡No, eso no! — exclamó Jorge, pálido y tembloroso.

— ¿No quiere V.?

— ¡No; no quiero!....

— Pues yo tampoco.

— ¡Por qué!.... ¿Por qué.... no quiere V. que suceda todo eso? — balbuceó Fontaine, devorándola con la vista, anhelando una respuesta que le convenciese.

— Porque no le amo, — repuso Diana sencillamente.

— ¡Pero antes le amó V. mucho!....

— Nunca. Fué un error, un efecto de espejismo.... ¿Lo duda V.? — prosiguió, mirándole frente á frente.

— Sí....

— Pues es que no se fija en los hechos. Mi conducta, ¿es la de una mujer enamorada? Evoque V. sus recuerdos. Una noche le encontré á V. en aquel hotelito del

boulevard Pereire. Me refirió el error en que incurría la justicia y la desgracia que de sus resuitas afligía á Morlain. Me afecté, es cierto; pero, ¿me vió V. desesperarme? ¿Le di á V. el espectáculo de uno de esos dolores hondísimos que arrancan gemidos de angustia y lágrimas abrasadoras? No.... ¡Ah! ¡Si le hubiese amado!.... ¡Cuán distinta le hubiera parecido, amigo mío!.... Porque yo soy una exaltada, una loca....; pero necesito que me exalten y me enloquezcan....

Pasado el primer instante de sorpresa (prosiguió, bajando la voz), recobré mi sangre fría: conocedora de sus proyectos de V., supe engañarle y escapar.... Pero V. me encontró de nuevo.... Le recibí en mi salón, y entonces le hice mil reflexiones para convencerle de que debía callar, porque mi reputación era lo primero.... ¿Se acuerda V.?

— ¡Sí, me acuerdo de todo!

— Pues bien: cuando se ama de veras, ¿se discurre así? ¡No! Se siente y se obra sin reflexionar, por impulso del corazón.... Si yo hubiera estado enamorada de él, le hubiese dicho: « Antes que nada, su liber-

tad y su honra, sea á costa de lo que fuere....
 ¡Mañana será libre, suceda lo que quiera!....
 Me lo devolverán sano y salvo, que es lo principal.... Luego, ¿qué me importa lo demás?» Y hasta lograr mi objeto, me hubiera V. visto inquieta, ansiosa, febril, no pensando más que en él, y despreciando por él al mundo entero....

Se detuvo un momento para tomar aliento, y lanzando un suspiro, concluyó:

— ¡Pero ya se lo dije á V. ! Pedro no supo enloquecerme.... No le amaba....

Jorge vaciló un instante, como quien se dispone á dar un paso que le causa miedo. Luego se resolvió, y tomándole las manos á Diana y apretándoselas con fuerza, dijo, atrayéndola hacia sí:

— Pero ¿es V. capaz de amar?....

— ¿Que si soy capaz? (replicó ella exaltándose de nuevo.) Como que tengo el corazón virgen y sediento de amor.... Como que siento tal inmensidad de ternura dentro del pecho, que estoy cierta de saciar con ella al más avaro.... Como que considero el amor por encima de los sentimientos más altos.... No creo que existe dicha posible más que procediendo de él.... Pero lo entiendo á mi

manera.... Entiendo que es el abandono de todo el ser material é inmaterial, el abandono del alma y el cuerpo.... El corazón vibrando al influjo de la carne, y la carne enardeciéndose al influjo del corazón.... Sí; yo soy capaz de amar más que ninguna mujer, como ninguna de ellas.... Pero exijo en cambio.... tanto como yo dé.... Quiero las primicias del sentimiento, porque puedo ofrecerlas.... Poco me importa que el hombre dueño de mi cariño haya tenido mil queridas.... si no las amó como yo presiento que se ama.... La virginidad no está en el cuerpo, está en el espíritu; y si ese hombre era virgen de corazón, poseería yo la juventud, la frescura de todas sus ilusiones, de todos sus ideales, como él poseería las mías por entero.

Por un movimiento rápido, nervioso, en el cual había algo de furia de bestia, Jorge enlazó á Diana por el talle, y atrayéndola hacia su cuerpo, la dijo:

— Yo no he amado nunca.... ¿Quiere V. amarme?

La Duquesa echó el cuerpo atrás, pero no hizo resistencia. Se limitó á separar el rostro, exclamando:

— ¿Me ama V., pues, como yo entiendo que es el amor?

— Si; con toda el alma, con todo mi ser....

— ¿Y cree V. poder sentir siempre con igual pasión, con la misma locura?....

— Mientras aliente....

— ¿Sin remordimientos?....

— Los olvidaré por V....

— ¿Me lo sacrificará V. todo? Sus afec-
ciones, sus afanes, su existencia entera,
igual que yo se la sacrificaré.

— ¡Sí, sí!....

— Pues bien.... entonces.... ¡te amo!....

Sus cuerpos se acercaron; sus rostros se
unieron, y sus bocas se confundieron en
un beso.

FIN DE «LOCA DE AMOR.»

(La conclusión de esta novela se ha publicado con el
título de LA CULEBRA.)

LIBRERÍA

DE

EL COSMOS EDITORIAL.

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN
DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

OBRAS DE MEDICINA.

Pesetas.

- Charcot.**—*Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso*, dadas en la Salpêtrière, coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa por D. Manuel Flores y Pla, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1882: Dos tomos en 4.º, con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromolitografiadas. (Quedan pocos ejemplares.)..... 26
- Foussagrives.**—*Tratado de materia médica*, traducido y anotado por el Dr. D. Francisco Javier de Castro, con una introducción de su traductor. Tres grandes tomos en 4.º mayor, con más de 2,000 páginas de lectura y profusión de grabados intercalados en el texto..... 30
- Foussagrives.**—*Tratado de la higiene de la infancia*, traducido y anotado por el Dr. D. Manuel Flores y Pla.—Madrid, 1885: un tomo en 4.º mayor..... 10
- Foussagrives.**—*Higiene y saneamiento de las poblaciones*. Versión castellana del Dr. D. Eduardo Blanco Vázquez.—1885: un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas..... 6
- Foussagrives.**—*Formulario Terapéutico para uso de los prácticos*. Versión española de D. Hipólito Carilla y Barrios. Un tomo en 8.º mayor con grabados..... 5
- Pouillet.**—*Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del ONANISMO EN LA MUJER*. Traducido de la última edición francesa por un Licenciado en Medicina y Cirugía.—1883: un tomo en 8.º mayor. (Quedan pocos ejemplares.)..... 2,50
- Pouillet.**—*La Espermatorreia*. Tratado de las pérdidas seminales. Traducido de la última edición francesa por un Doctor en Medicina.—1884: Un tomo en 8.º mayor..... 2,50
- Pouillet.**—*Tratado de los flujos blenorragicos contagiosos, agudos y crónicos, del hombre y de la mujer, por el útero, la vulva, la vagina y el recto, de sus accidentes y de sus complicaciones, seguido de un Estudio de los flujos blancos no contagiosos por los órganos genitales de los dos sexos*. Traducido de la última edición francesa por el Dr. D. Eduardo Blanco.—1884: un tomo en 8.º mayor..... 4

- Pouillet.**—*Estudio médico-psicológico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del ONANISMO EN EL HOMBRE.* Traducción de D. José Olave y Alonso, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1884: un tomo en 8.^o mayor..... 3
- Dumontpallier.**—*La Metaloscopia y la Metaloterapia ó el Burquismo.* Conferencias dadas por el Dr. Dumontpallier, segundas del *Estudio experimental sobre la Metaloscopia y la Metaloterapia del Dr. Burq.* Traducción de don Manuel Flores y Pla, Licenciado en Medicina y Cirugía.—1883: un tomo en 4.^o (Quedan pocos ejemplares). 3
- Núñez.**—*Estudio médico del veneno de la Tarántula según el método de Hahnemann, precedido de un Resumen histórico del TARANTULISMO Y TARANTISMO, y seguido de algunas indicaciones terapéuticas y notas clínicas.*—1864: un tomo en 4.^o..... 5
- Verdós.**—*Acción terapéutica del alcohol sobre las Pneu-mo y Cardiopatías agudas.* Obra premiada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona.—1884: un tomo en 8.^o mayor..... 2
- Audhoui.**—*Tratado de las enfermedades del estómago.* Versión española de D. H. Carilla.—1884: un tomo en 8.^o mayor..... 2,50

EN PRENSA.

- Jaccoud.**—*Lecciones de clínica médica.* Versión castellana de don Esteban Sánchez de Ocaña.
- Santero.**—*Elementos de higiene privada.*
- Santero.**—*Elementos de higiene pública.*
- Oloriz.**—*Técnica anatómica.*

Los pedidos de todas estas obras se dirigirán al Administrador de El Cosmos Editorial (Montera, 21, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

